
MALDITA
QUÍMICA
LANA LEVY


MALDITA
QUÍMICA
LANA LEVY

Contenido

CRÉDITOS
SINOPSIS
MALDITA QUÍMICA
MALDITA QUÍMICA
MALDITA QUÍMICA
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
EPÍLOGO
CONTACTO
YA DISPONIBLE
YA DISPONIBLE
YA DISPONIBLE

MALDITA QUÍMICA

Primera edición: Abril 2025

Copyright © Lana Levy, 2025

Todos los derechos reservados. Los personajes y hechos que se relatan en esta historia son ficticios. Cualquier similitud con personas o situaciones reales sería totalmente casual y no intencionada por parte de la autora.

Quedan prohibidos, sin la autorización expresa y escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea eléctrico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra, póngase en contacto con la autora.

Email de contacto: lanalevyautora@yahoo.com

Suscríbete a mi lista de correo aquí.

SINOPSIS

Después de una semana desastrosa, con un incendio, una ruptura y un despido —todo en tres días—, Astrid hace lo único sensato: desaparecer del mapa.

Pero no se va a Bali, como hace creer a sus amigas, sino al pueblo manchego en mitad de la nada que en su adolescencia juró no volver a pisar.

Lo que no esperaba era encontrarse allí al hombre más guapo y odioso de la provincia y entrar en guerra con él. Pero, ¿y si enamorarse de alguien como Germán, con los pies tan en la tierra, la deja atrapada para siempre en un lugar que no era parte del plan? ¿Y si quedarse en el pueblo fuera el verdadero salto al vacío?

Una comedia romántica rural con diálogos afilados, tensión sexual no resuelta, una abuela de armas tomar y esa pregunta que todas nos hacemos: ¿qué pasa si cuando ya hemos llegado a dónde debíamos estar?

Maldita química

Lana Levy

CAPÍTULO 1

Había oído hablar de los años horribles. Esas épocas en las que todo se va al carajo sin previo aviso. Pero lo mío no había sido un año, no. Habían sido tres días. En solo setenta y dos horas, mi vida pasó de ser medianamente estable a una telenovela de Antena 3 en horario de máxima audiencia.

Todo empezó con mi novio, siguió con mi trabajo y culminó con mi casa reducida a cenizas.

Pero vayamos por partes.

Preparad las palomitas, porque vais a flipar.

El primer día de mi descenso de los infiernos, llegué a casa de mi novio, Hugo, agotada después de un día infernal en la oficina. Estábamos semiviviendo juntos, pero yo aún conservaba mi apartamento.

Trabajaba en comunicación para una marca de moda, lo que significaba jornadas eternas, aguantar a influencers insoportables y sobrevivir a reuniones donde la frase "esto no es exactamente lo que buscamos" se repetía como un mantra satánico. Pero ese día mi dolor de cabeza se multiplicó por mil, y aprovechando que todo el mundo andaba ocupado con sus cosas, me escabullí y me fui a casa antes de tiempo. De todas formas vivía permanentemente conectada a mi portátil, así que poco importaba el sitio físico donde estaba.

Pero ese día no me encontraba bien.

Lo único que quería era una ducha caliente, pijama y desplomarme en el sofá con una copa de vino. No pedía nada más.

Pero no.

En cuanto abrí la puerta de nuestro piso, supe que algo iba mal.

El abrigo de otra persona colgaba en la entrada. Y no era el abrigo de Hugo, mi novio. Ni de su madre. Ni de su hermana.

Un sexto sentido activó todas mis alarmas. Caminé lentamente hasta la habitación, con mi corazón latiendo con un ritmo que habría preocupado a cualquier cardiólogo.

Empujé la puerta y ahí estaba él.

Mi querido Hugo, con el culo al aire y en plena acción gimnástica con otra. En la cama. En nuestra cama.

No grité. No lloré. No me desmayé.

Solo solté la frase más patética que se me ocurrió:

—¿En serio?

Los dos se quedaron congelados. Hugo me miró con cara de idiota, como si acabara de descubrir que las verduras también tienen calorías. La chica, a la que reconocí vagamente de Instagram (una influencer de fitness con más abdominales que neuronas), se tapó con las sábanas, ofendidísima.

—Astrid… —Hugo empezó a hablar, pero lo corté levantando una mano.

—No. No expliques. No te molestes. No hay nada que explicar.

Recogí mi bolso y mi dolor de cabeza y, con toda la dignidad que pude reunir (que no era mucha, porque llevaba un abrigo lleno de pelos del gato de Hugo y unas ojeras que me llegaban al suelo), salí del piso sin mirar atrás.

La humillación llegó más tarde, cuando mis amigas se enteraron y me invitaron a ahogar las penas en un bar de Malasaña. Entre cerveza y cerveza, hicimos un análisis exhaustivo de la infidelidad de Hugo.

—Siempre supe que era un capullo —sentenció Marina, mi mejor amiga.

—No sé yo. Cuando lo conocí dijiste que tenía pinta de buen chaval.

—Vale, pues lo pensé después.

—Yo lo sospeché cuando se hizo aquel selfie en el gimnasio marcando bíceps —intervino Laura—. Los tíos que se sacan fotos así no son de fiar.

—Lo peor es que no tengo dónde irme —dije, con la cabeza apoyada en la mesa—. Mi propio piso está ahora mismo en obras.

Están cambiando la instalación eléctrica y al parecer la reparación se va a alargar unos días más…

—Pues vente a mi casa —ofreció Marina—. Podemos compartir cama como en los viejos tiempos.

—No quiero invadir tu espacio. Además, quiero estar sola.

—¿Sola y sin casa? —preguntó Laura, alzando una ceja.

—Sola y con un plan.

No lo tenía. Pero sonaba bien.

Y así terminó el primer día del Apocalipsis Astrid.

Día 2: Sin novio y sin trabajo, ¿qué más puede salir mal?

—Astrid, necesitamos hablar.

Nunca una frase me había sonado tan tétrica.

Mi jefa, Sonsoles, me miraba desde el otro lado de la mesa con cara de "esto me duele más a mí que a ti", lo que era una mentira tan grande como la talla de sujetador que ponían en las etiquetas de mi ropa interior. Pero lo supe enseguida. Supe que algo iba mal.

—¿Me vais a echar? —pregunté, directa.

Sonsoles resopló.

—La empresa está en una situación complicada…

—Espera, espera, ¿me vais a echar?

—Estamos reestructurando…

—Sonsoles, ¿me vais a echar o no?

Suspiró, hizo una pausa dramática y asintió.

—Lo siento mucho, Astrid. Pero eres la última que se incorporó al equipo y me temo que…

Bueno, pues ya está. Sin trabajo.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Podemos ofrecerte un mes más.

—Ahorraos el esfuerzo. No quiero ser la última rata en el barco que se hunde.

Salí del edificio con mi caja de pertenencias (una taza, un par de bolígrafos y un cactus medio muerto) y una sensación de irrealidad absoluta.

En dos días había perdido mi novio y mi trabajo.

¿Qué más podía salir mal?

Spoiler: muchas cosas.

Día 3: El infierno literalmente, edición personalizada

Al final había aceptado la oferta de Marina para dormir en su casa. Solo por una noche. Volvería a mi propio apartamento ese día, aunque tuviese que moverme por allí con una linterna.

Me desperté con resaca emocional y recordé que no tenía un trabajo al que ir, así que decidí darme un capricho: una tarde de spa. No podía permitírmelo, pero en ese momento, el dinero era el menor de mis problemas.

Volví a casa de Hugo a recoger mis cosas (él no estaba, gracias al cielo, porque no estaba dispuesta a hablar con él). Puse la tele para distraerme un poco mientras recogía, y fue cuando una noticia me llamó la atención.

Un incendio en el centro de Madrid.

En un edificio…que me sonaba bastante.

Porque era exactamente el mío. Asistí atónita y en directo, en casa de mi ya ex, mientras recogía los últimos trastos de nuestra relación rota, a como mi propia casa se quemaba.

¿La causa? Un cortocircuito en la instalación eléctrica de un vecino que se creía McGyver y había decidido arreglar un enchufe "por su cuenta". Probablemente había interferido con la reparación que estaban haciendo.

Mi piso. Mis cosas. Mis recuerdos. Todo reducido a cenizas.

Me quedé de pie frente a la tele con la sensación de que la vida me había dado una paliza sin previo aviso.

Y entonces lo vi claro.

No puedo con esto.

El universo está conspirando contra mí. Yo me largo.

Necesitaba desaparecer. No es que fuera lo primero que se me ocurrió. Es que lo vi clarísimo.

Si me quedaba en Madrid, la humillación iba a ser total. Mis amigas me invitarían a quedarme en sus casas, mi madre me llamaría cada dos horas para asegurarse de que seguía con vida, y Hugo… bueno, Hugo seguiría con su influencer y su gym.

No.

Yo necesitaba otra cosa.

Un cambio de escenario.

Saqué el móvil y busqué el único número que en ese momento tenía sentido.

—Abuela, ¿qué tal?

Silencio. Luego, un bufido.

—¡Hombre, la desaparecida!

—Creo que necesito unas vacaciones y he pensado…

—No.

—Espera, aún no he terminado.

—Sigues sin saber ordeñar, ¿verdad?

—No tiene nada que ver con ordeñar.

—Mal asunto.

Di unos pasos arriba y abajo, inquieta.

—Escúchame un momento. Voy a ir unos días al pueblo. ¿Te parece bien?

Otro silencio. Luego, un suspiro.

—Cuando llegues, tráeme un par de paquetes de café. Aquí el de la tienda lo mezcla con cebada y parece agua sucia.

Sonreí.

—Hecho.

Colgué y respiré hondo.

Valdemesa.

Un pueblo en mitad de la nada, con más ovejas que habitantes y una abuela que llevaba toda la vida llamándome "señorita fina". Remedios era una mujer recia y complicada que nunca se llevó bien con mi madre, su nuera. Y además ella y yo no pasábamos por nuestro mejor momento, pero a lo mejor unos días me bastarían para recobrar su confianza.

Y bueno, Valdemesa no era precisamente Bali.

Pero, de momento, me serviría. Porque si me quedaba en la ciudad, tal vez me llegaría un cuarto bofetón del universo.

CAPÍTULO 2

Los viajes te cambian. Te transforman. Amplían tu visión del mundo.

O eso dicen.

Yo solo puedo decir que después de siete horas, tres trenes, dos autobuses y un taxi con olor a gasoil y galletas rancias, lo único que se había ampliado era mi paciencia.

Que, por cierto, estaba a punto de agotarse.

—¿Está usted segura de que es aquí? —preguntó el taxista, mirando con desconfianza la casa de mi abuela.

Asentí, aunque la verdad es que yo también dudaba.

A ver, la casa de la abuela Remedios no es una casita rústica y mona con geranios en la ventana. No. Es un casoplón. Un edificio antiguo, con una fachada encalada, contraventanas verdes y un portón de madera de esos que parecen esconder un misterio o un fantasma.

Si no fuera porque mi abuela es más tacaña que el banco de España, pensaría que lo había convertido en un hotel rural para forrarse con los turistas despistados.

—Sí, es aquí —dije, con la voz pastosa de alguien que ha sido sacudido como una coctelera en carreteras secundarias.

Pagué, bajé, y me quedé unos segundos de pie junto a la entrada, arrastrando mi maleta como si cargara en ella con los traumas de toda mi vida.

Ahí estaba. Mi nuevo hogar temporal.

—Si es que lo aguanto —murmuré, suspirando.

Y entonces, la puerta se abrió.

—¿Y ese careto? —dijo la abuela Remedios, apoyada en el marco con cara de pocos amigos.

Ay, la dulzura típica de la Castilla profunda.

—Pues hija, es el careto de alguien que ha cruzado media España en transportes públicos de la Edad Media.

—Podrías haberte quedado en Madrid.

—Sí, claro, estupenda idea. Me habría encantado dormir en el suelo del metro o en la barra de un bar.

Mi abuela se encogió de hombros y me dejó pasar sin más ceremonia. Así era ella. Nunca un abrazo, nunca un "qué alegría verte". Solo una evaluación crítica, como si yo fuera un queso manchego en el mercado.

Pasé al interior y el olor a casa antigua y a guiso me golpeó de lleno. La casa por dentro era enorme, más de lo que recordaba. Pasillos largos, techos altos y muebles de madera que probablemente habían visto más guerras que yo relaciones estables.

—¿Puedo elegir habitación? —pregunté, mirando las escaleras.

—Coge la que quieras, pero la de la esquina de arriba no, que la uso para guardar cosas.

Traducción: trastos viejos, reliquias familiares y secretos que nunca me dejaría descubrir.

Arrastré mi maletón, que, por cierto, le había birlado a Hugo, hasta un cuarto con una cama grande, un armario antiguo y una ventana con vistas a absolutamente nada. Solo campo. Y ovejas. Y más campo.

Suspiré.

La vida rural.

Mi abuela apareció en la puerta con los brazos cruzados.

—¿Vas a contarme qué narices haces aquí o tengo que llamar a tu madre para enterarme?

Me recosté en la cama y la observé. Era una mujer recia, empeñada en vivir sola en aquel pueblo a sus setenta y cinco años, bastante bien llevados, debo decir. Nuestra relación no había sido la mejor y aquellas preguntas inquisitivas y con cero tacto, en fin… típico de ella. No preguntaba por mi bienestar, solo por la información de la que no disponía.

—Digamos que Madrid y yo hemos roto.

—¿Madrid y tú? ¿O tú y aquel tontín de tu novio?

Le lancé una mirada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque los hombres son todos iguales y porque tienes cara de haber dormido en una gasolinera.

No pude evitar reírme.

—No ha sido solo Hugo, por desgracia. He perdido mi trabajo, mi piso y mis ganas de vivir en una ciudad donde el café cuesta lo mismo que un cartón de huevos. Por cierto, he traído tu café.

Me levanté, abrí la maleta y saqué dos paquetes, tal y como me había pedido.

Mi abuela asintió lentamente.

—Ajá. Así que vienes al pueblo a lamerte las heridas.

—Exacto.

—Bueno. Pues date prisa. No me gusta tener gente deprimida por aquí.

—Gracias por la empatía, abuela. Me siento ya mucho mejor.

Ella gruñó y se dio la vuelta.

—Te he hecho lentejas.

—Vale.

—Si no te las comes, te las cenas.

—Vale.

—Y si no, te las desayunas.

Nada como la gastronomía pasivo-agresiva para reconfortar el alma.

Suspiré y me dejé caer de nuevo en la cama.

Ya estaba aquí.

En *fucking* Valdemesa.

Un pueblo con más gallinas que habitantes. Con calles sin semáforos y con tiendas que cerraban a las dos en punto, porque aquí la siesta era religión.Mi móvil vibró en el bolsillo.

Lo saqué y miré la pantalla. Veinte mensajes sin leer:

Marina: *"Tía, ¿dónde estás? ¿Estoy alucinando o he visto el edificio en el que vives ardiendo en las noticias?"*

Laura: *"Por favor, dime que no estás en casa de tu ex."*

Mi madre: *"Me ha dicho Marina que no te encuentra y que ya no estás con ese chico. Astrid,¿dónde te has metido esta vez?"*

Marina otra vez: *"No nos hagas una de tus locuras y te vayas a… no sé, a Bali. Que ya sabemos todas lo que te gusta una buena huida…"*

Sonreí.

Bali.

Ese era un buen plan.

No literalmente, claro. No tenía dinero ni para un Blablacar, mucho menos para un billete de avión a la otra punta del mundo. Pero… ¿y si lo decía?

¿Y si desaparecía virtualmente también?

Podría mandar un mensaje y decir que estaba en un retiro espiritual, alejada del mundo, tomando zumos verdes y meditando al amanecer.

No tendría que dar explicaciones. No tendría que lidiar con las miradas de lástima ni con los consejos no solicitados. Y eso me daría tiempo para pensar en mis próximos movimientos.

Dejé el móvil en la mesilla sin responder a nadie excepto a mi madre. Le dije que todo estaba bien, pero que había salido de viaje. Mi madre era una importante ejecutiva financiera y siempre estaba viajando, así que yo solía ser la menor de sus preocupaciones.

Sí.

Tal vez *Bali* sería mi mejor opción.

CAPÍTULO 3

La mesa estaba puesta con el esmero de alguien que había repetido la misma rutina durante décadas. Un mantel de hule, un plato hondo, una cuchara, hogaza de pan en el centro y una jarra de agua con un leve tono amarillento, gastado por el uso.

La abuela se sentó frente a mí y se sirvió un buen cucharón de lentejas. Después repitió el mismo gesto con mi plato.

—No pongas esa cara, que esto alimenta —dijo, señalando mi plato con la cuchara.

—No he dicho nada.

—No hace falta. Lo llevas escrito en la frente.

Típico de ella. Yo podía ser una tumba, pero mi cara era un libro abierto con letra grande y en negrita.

Removí las lentejas con desgana. Todavía tenía el estómago cerrado por el estrés del viaje y la vida en general. Aun así, me llevé una cucharada a la boca.

Estaban buenas. Maldita sea.

—Bueno, ¿y qué piensas hacer aquí? —preguntó, sin mirarme.

Buena pregunta.

Me encogí de hombros y mastiqué un trozo de chorizo con la lentitud de quien gana tiempo.

—No lo sé. Descansar. Pensar. Huir del mundo. He traído mi ordenador. Supongo que tendré que reconstruir mi currículum y, en un tiempo prudencial, empezar a buscar otro trabajo. No le he dicho a mi madre que me han despedido…porque sé que insistiría en colocarme a trabajar en su banco y en fin…antes muerta, o en Valdemesa.

La abuela Remedios resopló.

—Pues a ver cuánto aguantas aquí.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que nunca te ha gustado este sitio. Desde aquel verano en el que viniste con dieciséis años, dejaste claro que esto te parecía un castigo.

Aparté la cuchara y la miré.

—Bueno, en mi defensa, lo fue. Papá y mamá se fueron de crucero a Alaska y no me dejaron quedarme sola en Madrid. Y su brillante idea fue traerme aquí contigo.

Ella enarcó una ceja.

—¿Tú lo llamas castigo? Yo lo llamo evitar que me dieran una medalla al deshonor por tu culpa.

Ahí estaba. El rencor intergeneracional.

Suspiré.

—¿Aún sigues con eso? Abuela, lo que pasó ese verano…

—Pues claro que sigo con eso, Astrid. Una no se olvida fácilmente de que tu nieta te convierta en la comidilla del pueblo.

No pude evitar reírme un poco. Vale, lo admito. En mi adolescencia fui… digamos que intensa.

—A ver, no fue para tanto. Estaba en una edad complicada, eso es cierto.

—¿Ah, no? ¿Pintar "El cura es un sieso" en la puerta de la iglesia un domingo de misa no fue para tanto?

—Bueno… era un hecho.

—¿Y lo de escribir "Valdemesa es un coñazo" en la tapia del ayuntamiento?

—Me faltó perspectiva.

—¿Y lo de liarte con el hijo del farmacéutico en la parte de atrás del camión de sandías de su abuelo?

Ahí me atraganté con las lentejas.

—¿Cómo sabes eso?

La abuela Remedios me miró como si la pregunta fuera ridícula.

—Astrid, esto es un pueblo. Aquí la gente se entera hasta de lo que piensas.

Me llevé una servilleta a la boca, tratando de disimular mi vergüenza.

—Pues sí, vale, fui una adolescente rebelde. ¿Y qué? Nadie se va a acordar de lo que pasó hace diez años.

—Pues que me diste la peor fama de abuela consentidora que se ha visto en la historia de Valdemesa.

—Ah, ¿eso era? ¿Te preocupaba más tu imagen que mi bienestar y mi salud mental?

Ella dejó la cuchara en el plato con un golpe seco.

—No digas tonterías. Me preocupaba que fueras una niña que pensaba que el mundo le debía algo.

Su respuesta me pilló con la guardia baja.

Bajé la mirada al plato. No tenía ganas de discutir. Ya había tenido suficientes conflictos en Madrid.

—En aquella época sentía que no me entendías.

—No. No te soportaba. No podía lidiar contigo. Les supliqué a tus padres que vinieran a buscarte.

Levanté la vista y la vi sonreír con una pizca de picardía.

—Bueno, la verdad es que yo tampoco me soportaba mucho a mí misma.

Remedios se encogió de hombros y siguió comiendo.

Se hizo entre nosotras un silencio cómodo. De esos que no pesan.

—Lo de devolverte a tu madre con un lacito fue una gran idea.

—Sí, me di cuenta cuando me vi de vuelta en el sofá con mi madre gritándome que iba a acabar de camarera en un bar de carretera.

Remedios rió por lo bajo.

—Pero bueno, al final no saliste tan mal.

—Uy, gracias, qué cumplido.

—Bueno, también es verdad que hace años que no sé nada de ti.

Su tono era neutral, pero sentí el dardo.

Me removí en la silla. Eso era culpa mía y lo sabía.

—No es que no quisiera hablar contigo, es que… —me mordí el labio, buscando las palabras adecuadas.— Nunca quisiste venir a Madrid. Y a mí me costaba un mundo volver aquí.

Ella resopló.

—¿Para qué iba a ir? Ahí todo es caro, ruidoso y la gente camina como si los persiguiera la Guardia Civil.

—¿Ves? Por eso no nos veíamos.

Ella asintió, aceptando la verdad sin dramatismos.

Yo también lo acepté.

No habíamos hecho nada para mantener la relación. Pero aquí estábamos, compartiendo un plato de lentejas y desenterrando rencores a cucharadas.

Después de unos minutos en los que solo se escuchó el ruido de los cubiertos, tomé aire y solté la bomba:

—Abuela, nadie sabe que estoy aquí.

Remedios parpadeó.

—¿Cómo?

—Que no se lo he dicho a nadie. Ni a mi madre, ni a mis amigos. Nadie. He cogido una maleta con cuatro cosas y me he venido de un día para otro.

Ella apoyó los codos en la mesa y entrelazó los dedos.

—¿Y por qué?

Jugueteé con el borde del mantel.

—Porque toda mi vida se ha venido abajo en tres días. Algo ahí arriba —dije, señalando al techo y bajando la voz como si ese algo pudiese castigarme aún más— ha sido pero que muy cruel conmigo. Y ahora mismo no quiero dar explicaciones a nadie. No quiero que me llamen cada cinco minutos para ver cómo estoy. No quiero miradas de lástima. Solo… quería desaparecer un tiempo.

Remedios se quedó callada.

Después, asintió lentamente.

—Vale.

—¿Vale?

—Sí. Si quieres ser una fugitiva, yo no voy a ser la que te delate.

Reprimí una sonrisa.

—Gracias.

—Eso sí —añadió—. Como te pongas a pintar paredes por el pueblo otra vez, te delato yo misma.

Me reí.

Definitivamente, las cosas con mi abuela iban a ser interesantes.

CAPÍTULO 4

Esa noche dormí mal. Entre el colchón con bultos raros, el crujir de la madera y un maldito gallo con trastorno del sueño, me desperté unas diez veces. A las seis de la mañana ya estaba en pie, más por resignación que por voluntad.

La casa estaba en silencio, pero desde la ventana se veía a mi abuela trajinando en el patio con el cubo y la escoba. Aquella mujer no conocía el descanso. A lo mejor ese iba a ser el secreto de su longevidad. Eso y el chupito de aguardiente que se metía entre pecho y espalda todas las noches antes de lavarse los dientes.

Me desperecé y abrí la puerta. Había olvidado lo que era una casa vieja. La madera chirrió como si estuviera avisando a todo el pueblo de que la señorita de ciudad se había despertado.

Bajé a la cocina, serví café de la cafetera que había dejado preparado mi abuela (porque obvio que madrugó más que yo) y me asomé al patio con taza en mano, en plan dueña de una finca que iba a inspeccionar sus tierras.

Lo que vi no me convenció.

A un lado, el huerto de la abuela, con lechugas, tomates y lo que parecían calabacines. Bien por ella, pero yo lo más verde que he tocado en los últimos meses es un aguacate en el *brunch* del domingo.

Al otro, un establo medio derruido y un gallo en lo alto del corral mirándome con un odio que era completamente mutuo.

—Nos vamos a llevar mal tú y yo —murmuré.

Él no contestó, pero sospecho que me mandó a la mierda en idioma gallo.

Suspiré. Necesitaba moverme.

Subí a mi cuarto, me puse un conjunto que gritaba "chica de ciudad intenta parecer rural sin conseguirlo" y salí a explorar un

poco el pueblo.

En cuanto puse un pie en la calle, un ejército de insectos decidió que era la presa perfecta.

—¡¿Qué hacéis?! ¡Soy de Madrid, no sabéis lo que tengo en la sangre! —me sacudí los brazos como si estuviera poseída.

Un anciano que barría la acera me miró.

—Mosquitos tigre. Este año han venido con hambre.

—Genial —murmuré, rascándome la pierna—. Lo que me faltaba, malaria rural.

El hombre se rió y siguió barriendo, como si ver a una forastera peleando con bichos fuera su mejor entretenimiento matutino.

Después caminé hasta lo que parecía una parada de autobús. Quería ver si existía alguna manera de huir si tenía que largarme de allí a toda prisa. Pero lo que encontré fue una casetilla con un mapa medio borrado y un banco de madera lleno de polvo.

Me senté y saqué el móvil. Cero cobertura.

Me reí sin ganas. En casa de la abuela al menos tenía una ramita.

En ese momento, pasó un tractor. El conductor me miró con la curiosidad de quien ve una cabra haciendo malabares.

—¿Esperas a alguien? —preguntó, reduciendo la marcha.

—Al autobús. Aquí no pone la ruta que hace, querría preguntarle al conductor.

Él sonrió, como si hubiera dicho algo gracioso.

—Ah. Pero nunca se sabe muy bien cuándo pasará. Igual a las nueve, igual a las doce.

—¿Cómo que "igual"?

—El conductor para si le apetece.

Yo tenía una ceja tan levantada que casi se me fusiona con la raíz del pelo.

—¿Eso es legal?

—Esto es el pueblo, chiquilla. Aquí el transporte es "esperar a que pase alguien". Yo te recomiendo que te compres un coche.

Con esa respuesta y un gesto de despedida, el tractor siguió su camino y me dejó sentada, con cara de tonta.

Muy bien. Pues no había un autobús fijo, no tenía cobertura y habían empezado a devorarme los mosquitos. Pero al menos había macetas y flores coloridas, y paredes de casas bonitas, así que había algo que sí podía hacer: encontrar rincones del pueblo que parecieran Bali.

Mi idea era clara y además me mantendría ocupada al menos una mañana: si algún día tenía que responder mensajes y afrontar todas esas preguntas que esperaban en mi móvil, quería tener fotos listas para alimentar la mentira.

Me levanté y caminé hasta las afueras del pueblo. Había un pequeño río con vegetación frondosa.

Saqué el móvil.

—Si me coloco aquí, con la luz adecuada… —me hice un selfie, poniendo cara de influencer—. Con un filtro y un pie de foto que diga "Paz interior", cuela.

Después, subí a un pequeño cerro donde había un mirador con vistas a los campos de trigo.

Me senté en la barandilla y saqué otra foto.

—Vale, esto podría ser "Amanecer en Bali" si nadie analiza mucho la imagen.

Sonreí, satisfecha. Al menos estaba sacando algo positivo de mi exilio forzoso.

Luego bajé al centro del pueblo, sintiéndome un poco más segura. Craso error.

Cada paso que daba, notaba las miradas clavadas en mí. Era la zona donde hice las pintadas nocturnas en aquel verano loco que al parecer tanto había traumatizado a la abuela.

La dueña del ultramarinos salió a la puerta con una bolsa de plástico y me analizó de arriba abajo.

Un par de ancianas que estaban en un banco susurraron algo y se rieron.

Una señora con bata de cuadros pasó junto a mí y me lanzó un:

—¡Buen día, hija!

—¡Igualmente!

Y cuando creía que era solo amabilidad, escuché cómo murmuraba detrás de mí:

—Esa es la nieta de la Reme. La que pintó "El cura es un sieso" en la iglesia.

Me giré en redondo, alucinando.

—¡Señora! ¡QUE ESO FUE HACE MÁS DE DIEZ AÑOS!

Pero la señora ya había desaparecido.

Suspiré. ¿Es que nadie iba a olvidar eso?

Resignada, volví a casa.

Cuando entré en la cocina, la abuela estaba cortando cebollas.

—¿Dónde has estado?

—Explorando. Buscando rincones bonitos.

Ella me miró de reojo.

—¿Para qué?

—Para ver si puedo hacerlos pasar por Bali.

Remedios dejó el cuchillo y se giró lentamente.

—¿Qué?

Sonreí, incómoda.

—Pues como ya te conté que… todavía no le he dicho a nadie que estoy aquí. Y cuando me pregunten, pues… pensaba decir que estoy en Bali.

Hubo un silencio.

Luego, la abuela se echó a reír.

No una risita. No un bufido. Se rió con ganas.

—Hija mía, tú estás tonta. De todos los sitios en los que podrías estar, se te ocurre Bali.

—Bueno, tenía que ser algo inverosímil.

Ella suspiró, con una media sonrisa.

—Si te pillan, lo que van a pensar es que estás peor de lo que creen.

—Eso espero.

Vi que estaba a punto de preparar su exquisita y mítica tortilla de patatas, la única razón que, con dieciséis años, me hacía pensar que estar allí no era tan malo.

—Te ayudo a pelar las patatas —anuncié.

Ella se encogió de hombros y me dejó hacer. Observé cómo preparaba la tortilla minuciosamente, con mucho esmero, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo para las tareas más insignificantes. Y seguramente era así. Después nos servimos una copita de vino y nos sentamos a la mesa.

—¿Y qué más piensas hacer aquí, además de tu proyecto fotográfico? ?¿Tienes algún plan concreto?

Pinché un trozo de tortilla.

—No lo sé. De momento, sobrevivir. Y hacerte compañía.

La abuela sonrió. No, si al final nos llevaríamos bien y todo.

—Aquí la ciudad se olvida rápido, te aviso. A lo mejor luego no te quieres ir.

Le di un mordisco a la tortilla y pensé en la falta de WiFi, en los bichos, en el autobús fantasma.

—No creo.

Aunque definitivamente, la ciudad ya se sentía muy, muy lejana.

CAPÍTULO 5

Después de aquella mañana horrible llena de bichos, miradas indiscretas y transporte inexistente, decidí que tenía que intentar enderezar el día y que me merecía algo bonito.

Y por bonito me refería a hacerme unas fotos decentes.

Porque sí, el pueblo estaba lleno de incomodidades, pero había que reconocer que el paisaje era de postal.

Así que me arreglé un poco.

Me coloqué un vestido blanco de lino, sueltecito y con vuelo. Un poco de maquillaje *sun-kissed,* como dicen las influencers (lo justo para que pareciera que mi piel estaba besada por el sol y no abrasada por la desesperación).

Y para rematar, unas amapolas detrás de la oreja de las que tenía la abuela rodeando su huerto, muy de "campesina bucólica en un editorial de Vogue".

Me coloqué los auriculares para no oír chismorreos y caminé hasta los campos de las afueras del pueblo, donde había una valla de madera con vistas a una pradera tan verde que parecía retocada con Photoshop. La había visto desde el taxi el día que llegué y me pareció ideal.

Vi entonces un caballo pastando.

—Perfecto. Esto sí que es material para Instagram. El algoritmo me va a adorar.

Me subí con cuidado a la valla y saqué el móvil. El ángulo era idóneo.

Me giré ligeramente, medio en sombra, con el vestido ondeando y la amapola en su sitio.

—Si esto no dice a gritos "Bali", no sé qué lo hará.

Miré a izquierda y derecha, asegurándome de que nadie estuviera observando mi momento influencer.

O eso creía entonces.

A unos metros, alguien se apoyaba en una cerca. No lo vi en ese momento, pero él sí me estaba viendo a mí.

Yo, con mi pose de ninfa bucólica en su hábitat natural. Yo, con mi vestido blanco de lino y mis amapolas en la oreja, como si estuviera rodando un anuncio de perfume en mitad de La Mancha.

Vaporosa… como Zendaya, vamos.

Y, por supuesto, yo, cayéndome de culo.

No sé muy bien qué pasó. Tal vez me incliné demasiado. Tal vez la valla era vieja. Tal vez el universo efectivamente me odia e insiste en castigarme una y otra vez.

La cuestión es que, en un segundo, estaba posando con toda mi dignidad y, al siguiente, estaba en el suelo, con las piernas enredadas en la madera y el culo plantado en la tierra.

—¡LA MADRE QUE ME PARIÓ!

Escuché un ladrido.

Y después, una risa.

—¿Estás bien o te has roto algo además del orgullo?

Levanté la cabeza.

Y ahí estaba él.

Camiseta gris ajustada. Vaqueros gastados. Barba de dos días. Hombros anchos, brazos fuertes, una sonrisa cínica y ladeada y unos ojos claros que parecían reírse de mí.

Maldita sea.

—¿Tú quién eres? —solté, con la dignidad de alguien que tiene tierra en el pelo.

—Germán. Y tú eres la nieta de Remedios, ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque el pueblo entero lleva dos días comentándolo.

Fantástico. Dos días en Valdemesa y ya era el cotilleo del mes.

Intenté levantarme con algo de elegancia, pero mi vestido no colaboró.

Bajé la vista y lo vi: la tela estaba enganchada en un clavo oxidado de la valla.

—No, no, NO.

Intenté soltarlo con cuidado, pero al menor tirón, se rajó hasta la mitad del muslo.

Respiré hondo.

—Esto es increíble.

—Bueno, si querías un *look* más atrevido, lo has conseguido —comentó el tal Germán.

Le fulminé con la mirada.

—¿Te hace gracia?

—Un poco sí, no te voy a mentir. Pero solo porque parece que no te has dislocado nada.

—Pues me alegro. Porque estoy muerta de felicidad.

—Se nota.

Me crucé de brazos.

—¿Eres el dueño del caballo?

—Sí.

—Pues tenías que haberlo puesto en la puerta.

—¿El qué?

—Un cartel. Algo que dijera: "Peligro: caballo guapo y valla traicionera".

Germán alzó una ceja.

—¿Caballo guapo?

Me sonrojé.

—Me refería al animal. Esto es ridículo.

—Claro.

Cogí aire.

—¿Me vas a ayudar o piensas seguir disfrutando del espectáculo?

Él sonrió otra vez y se acercó.

Demasiado.

Olía a campo, a cuero y a algo levemente cítrico.

O sea, fatal para mi estabilidad emocional.

Tiró suavemente de la tela y la liberó del clavo.

—Listo. Aunque creo que tu vestido ya ha pasado a mejor vida.

—No pasa nada. Tengo más.

—¿Vestidos blancos casi transparentes como este?

Apreté los labios. Maldito perceptivo.

—¿No tienes cosas que hacer? ¿Aquí no trabajáis? —pregunté, con las manos en las caderas.

—Sí. Pero Floqui quería venir a ver el desastre.

El perro, un bicho enorme de pelo negro y ojos brillantes, me miraba con interés.

—Hola, Floqui —dije, con una voz más dulce de la que pretendía. Me agaché un poco para acariciarlo. Tenía un pelaje suave y brillante.

—A él sí le hablas con cariño, ¿eh?

—Porque él no se ha reído de mí.

—Bueno. Dale tiempo.

—Idiota —gruñí entre dientes.

Germán sonrió, divertido.

—Bueno, te dejo para que sigas con tu sesión de fotos. Pero si te caes otra vez, no te preocupes. Estoy seguro de que Floqui sabrá cómo ayudarte.

Y sin más, se alejó.

Me quedé mirando su espalda, lo odiosa y ancha que era, la forma en que sus hombros se movían bajo la camiseta.

Suspiré.

—¿Por qué lo bueno siempre viene con problemas?

Floqui se giró y me miró con cara de "no te hagas la ofendidita, porque te ha encantado".

—Cállate, Floqui.

Y con lo poco que quedaba de mi dignidad, salté otra vez la valla y me marché.

CAPÍTULO 6

Me dolía el brazo. Llevaba diez minutos con él en alto, como si estuviera invocando a los dioses de la cobertura, y no servía de nada. No sé por qué insistía, la lógica decía que en un pueblo con más tractores que farolas, el WiFi no era una prioridad para nadie.

—Nada, no hay manera —murmuré, girando el móvil en todas direcciones, como si el aire rural pudiera bendecirme con una miserable rayita de señal.

—Pues bájalo ya, hija, que pareces un aspersor averiado —gruñó la abuela desde el sillón, con la vista fija en la tele—. Me parece que por las mañanas en la iglesia sí hay WiFi. Si te acercas mañana podrás captarlo.

—¿Por las mañanas?

Suspiré y me acomodé, mirando la pantalla sin verla. Pasapalabra avanzaba a su ritmo despiadado y mi abuela mascullaba respuestas antes que el pobre desgraciado del concurso. Era buena, la tía.

Yo, en cambio, tenía otras prioridades más importantes: como decidir cuál de mis fotos inauguraría la gloriosa serie "Astrid en Bali".

Abrí la galería de fotos en mi móvil y empecé a hacer *scroll.*

Campo florido. Muy bien.

Yo con la luz dorada del atardecer. Perfecto.

Mi vestido blanco ondeando en la brisa. Maravilloso.

Yo con una amapola en la oreja, mirándome el hombro con expresión etérea. Poético y estratégicamente sensual.

Yo cayéndome de culo un segundo antes de que mi móvil volara por los aires. Bueno, esa no.

Apreté los labios, valorando mis opciones. No es que necesitara engañar a nadie —bueno, sí—, pero la idea de que el idiota de Hugo pudiera por casualidad ver la foto y rabiar un poco me llenaba de satisfacción.

No podía llamarme, claro. Porque lo había bloqueado. No quería que aquel energúmeno volviera a cruzarse en mi camino nunca más.

Sonreí, satisfecha. Pequeñas alegrías de la vida.

—Por cierto, ¿qué te ha pasado en el vestido?

La voz de mi abuela me sacó de mi análisis artístico. Miré la raja en la tela y gruñí, recordando mi "episodio".

—Se enganchó con un clavo oxidado que algún tonto ha puesto en una valla sin motivo alguno y, bueno…una caída ridícula.

La abuela Remedios arqueó una ceja.

—¿Y te has caído sola o te ha empujado alguien?

—Me caí sola, gracias. No necesito ayuda para hacer el ridículo.

Mi abuela negó con la cabeza y volvió a la tele.

—Pues quítate el vestido y dámelo, que te lo zurzo.

La miré como si acabara de ofrecerme un riñón.

—¿Me lo… qué?

—Zurcir. Coser. Arreglarlo, niña, que hablas como si fueras del futuro.

—Abuela, el vestido lo doy por muerto.

—Bah. Hoy en día tiráis la ropa por una tontería. Antes un vestido tenía tres vidas. La primera puesta, la de arreglarlo y la de trapo para limpiar.

La imaginé recortando mi precioso vestido blanco de lino y usándolo para limpiar cristales. Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Te lo regalo si quieres, pero paso de ir con parches.

Ella se rió, me dijo que si yo pensaba que era de su talla y condición, y volvió a concentrarse en la tele, pero la conversación al parecer no había terminado.

—¿Y dónde te caíste?

—En el campo.

—¿En qué campo?

Hice un gesto vago.

—Uno con un caballo suelto y medio deprimido.

Su mirada se afiló.

—¿Las tierras de Camilo?

—¿Y cómo voy a saberlo? Al parecer eran de un tonto con perro que pasaba por ahí. Seguro que puso él el clavo por puro

aburrimiento. No parecía tener mucho que hacer.

La abuela me miró de reojo y sonrió de una manera que no me gustó nada.

—Sí, ese es el hijo de Camilo. El mediano. Germán, se llama, es un buen muchacho.

—Sí, estupendo. Me vio caerme y se rió en mi cara. Todo un caballero.

—Ese muchacho tiene carácter y no se deja impresionar. Me gusta. A mí me echa una mano con el huerto de vez en cuando.

—No me interesa.

—Pues debería. Un hombre trabajador, serio, con tierras y sin tonterías. Eso te convendría.

Tuve que taparme la boca para no escupir de la risa.

—¿Me estás diciendo que me convendría casarme con Germán?

—Bueno, casarte no sé, pero te vendría bien un hombre que te pusiera un poco los pies en la tierra.

Me quedé en silencio, procesando la burrada que acababa de soltar la abuela.

¿Germán?

¿Yo con Germán?

Por favor.

Para empezar, odiaba a los hombres que eran más guapos que yo. Y este, encima, tenía la poca vergüenza de oler bien.

Sacudí la cabeza y volví a mis fotos.

—Parece que ahora tengo un poco de cobertura. Voy a subir unas fotos a Instagram.

—¿Para qué? —preguntó mi abuela con genuina confusión.

—Para entretener a la gente.

—¿Pero a quién le interesa verte?

Una pregunta excelente.

—Pues a setenta y dos mil personas, abuela. Más las que decida el algoritmo.

Ella frunció el ceño.

—¿Tantos amigos tienes?

—Se llama ser una persona interesante en redes.

—Se llama perder el tiempo.

No discutí. Al fin y al cabo, ella estaba pasando la tarde viendo gente deletreando palabras.

Subí la foto más estratégica de todas: la del atardecer, con el vestido perfecto y mi trabajadísima expresión de "estoy en paz con el universo". Esa como cabecera. Después añadí algunas más de propina.

Ubicación: Bali, Indonesia.

Puse un título ridículamente espiritual: "A veces, perderse es la única manera de encontrarse".

Qué asco daba.

Pero me iba a echar unas buenas risas.

Antes de irme a dormir, miré el móvil. En la parte de arriba de la casa, si levantaba el brazo lo suficiente y lo acercaba a la ventana, llegaban ramalazos de cobertura. Y al parecer los *likes* llegaban también a velocidad de crucero.

Mi ego, masajeado y encantado, por supuesto.

Me acurruqué en la cama, feliz ante mi pequeña y ridícula maldad, y me dormí pensando en lo maravilloso que era el autoengaño. Era un placebo delicioso.

CAPÍTULO 7

Me desperté por la mañana, no con el dichoso gallo, sino con el sonido insistente de mi móvil vibrando sobre la repisa de la ventana. Notificaciones, mensajes, llamadas perdidas. Un tsunami digital.

Me desperecé, cogí el teléfono y lo desbloqueé.

Grupo: CHICAS CON GLAMOUR

Laura: *Tía, ¿¿¿estás en BALI???*
Marina: *¡Pero qué dices! Cuéntanos TODOOOO*
Carmen: *No me lo puedo creer. ¿Cómo te has ido sin avisar?*
Laura: *Me cago en todo, si lo llego a saber, pido vacaciones y me voy contigo.*
Marina: *En serio, Astrid, ¿qué está pasando?*
Oh, mierda.

Abrí Instagram y revisé los comentarios en la foto.

@hugo_the_real_deal: *Vaya, vaya. Qué rápido has pasado página.*

Ah. Ah.

No sabía qué me irritaba más: que lo hubiera visto o que le hubiera dolido. Bueno, en realidad sí lo sabía, y lo segundo me daba un placer culpable. Pero lo que no sabía era como tenía el semejante morro de escribirme después de lo que me había hecho.

Pero por otra parte… tal vez me había pasado un poco. Lo de la foto era ridículo…infantil. No es que fuese una mentirosa compulsiva, solo… una embellecedora de la realidad. Pero aquello podía ser un problema.

Dejé el móvil boca abajo y volví a la cama para hundirme en aquella almohada con ligero olor a naftalina.

Tal vez lo mejor sería desaparecer un poco de las redes. No mucho, solo lo justo para que la gente no hiciera demasiadas preguntas.

Además, tenía cosas más importantes que hacer.

Como desayunar.

Me levanté, me puse unas chanclas y bajé al patio, donde me esperaba un ambiente un poco más fresco y una mesa de madera en la que la abuela había dejado café y pan.

De la Reme, sin embargo, ni rastro.

En su lugar, una nota garabateada con su letra de médico frustrado:

"Voy al mercado. No desordenes nada."

Genial. ¿Y por qué no me había llevado?

¿No quería que la vieran conmigo?

Una descarga paranoica me atravesó el cerebro.

—No seas tonta —me dije a mí misma, untando un trozo de pan con mantequilla—. Probablemente solo es su rutina y punto.

A la abuela le encantaba madrugar. Aun así, no me gustó la idea de que estuviera por ahí sin mí. A lo mejor pensaba que iba a hacer el ridículo.

Y no la culpaba, viendo mis antecedentes. En aquel pueblo aún no se me perdonaban mis pequeños desvaríos de juventud.

Mi vista se desvió al interior de la casa, donde, sobre una silla, estaba mi vestido blanco.

Lo miré con desconfianza.

Me acerqué y lo levanté con dos dedos.

Estaba…¿cómo había dicho la abuela? Zurcido. Y más corto.

Remedios, en su infinita sabiduría, había decidido no solo repararlo, sino convertirlo en un minivestido. No era mala idea.

Un vestido con historia.

Suspiré y me deshice de la camiseta enorme que usaba para dormir.

—Venga, veamos a ver qué tal ha quedado.

Me lo pasé por la cabeza y estaba ajustándolo cuando…

Alguien llamó a la puerta.

Y luego LA ABRIÓ.

—¿Hola?

Un escalofrío me recorrió la espalda.

NO.

No.

Puede.

Ser.

Me giré lentamente, con el vestido a medio poner, y ahí estaba él.

Germán.

De pie en el umbral, con su aspecto de "estoy bueno sin intentarlo", y una bandeja en las manos. Y fresco como una lechuga el tío, como si llevara cinco horas levantado.

Y yo, en bragas y con el vestido colgando de los hombros.

—¿Pero qué coño…? —exploté.

Él parpadeó y luego sonrió.

—Uy. Perdón.

—¿¡Perdón!? ¿Qué haces tú aquí?

Se encogió de hombros.

—Traerte esto.

Levantó la bandeja como si aquello explicara su asalto domiciliario.

—¡¿Y eso justifica que entres sin más?!

—En los pueblos se hace así, ¿vale, Madrid?

—¡No, en los pueblos normales se llama antes de irrumpir en casa ajena como un psicópata!

—No es casa ajena, es la de Remedios. Además, he llamado.

—¡Pues ahora yo vivo aquí!

—Ya, pero yo vengo desde siempre a traerle cosas.

Me quedé boquiabierta.

¿Qué clase de lógica cavernícola era esa?

Él no parecía mínimamente afectado. De hecho, parecía estar pasándoselo bien.

Su mirada bajó fugazmente a mis piernas.

—Ese es el vestido que te rompiste, ¿no? Te queda mejor corto.

Me puse roja.

—¡Date la vuelta al menos, animal!

Se giró con toda la calma del mundo y me dejó tiempo para terminar de vestirme.

Cuando volví a mirarlo, seguía allí. Alucinante.

—Fuera.

—Pero es que ni siquiera has visto lo que he traído.

—Me da igual.

—Es un bizcocho. De mi madre.

Fruncí el ceño.

—¿Tu madre?

—Sí, mi madre es la dueña de la pastelería del pueblo. Lo ha hecho esta mañana.

Joder. Eso complicaba las cosas.

No podía echarle con el bizcocho en la mano. No sería civilizado. Y además, me encantan los bizcochos caseros.

Lo miré con recelo.

—¿Qué clase de bizcocho?

Sonrió, con esa expresión de "sé que te voy a ganar".

—De limón y almendras.

Mi estómago traicionero emitió un ruido de puro interés.

Mierda.

—¿Y si está envenenado?

—Pues entonces será un final trágico, pero con buen sabor.

Apreté los labios.

No quería aceptarlo, pero olía bien. Di dos pasos en su dirección.

Y él también avanzó.

Pero eso no era relevante.

Crucé los brazos.

—Vale. Gracias, a tu madre, no a ti. Ahora vete.

—¿Ni un café?

—¿Quieres que me dé un infarto?

Germán se rió por lo bajo y dejó la bandeja sobre la mesa.

—Está bien, me voy. Que aproveche, Astrid.

—Y la próxima vez esperas a que te abra la puerta, Germán.

—¿Eso significa que quieres que vuelva a verte?

Me dedicó una sonrisa de suficiencia y se fue, dejándome con una especie de balbuceo ridículo en la boca. Me quedé mirándolo mientras cruzaba el umbral y desaparecía de mi vista.

Luego miré el bizcocho.

Olía divino.

Y por más que me fastidiara, tuve que admitirlo:

Ese hombre y su perro estaban empezando a ser un problema. Bueno, más bien él. El perro pobre no tiene culpa de nada. Bastante con tener un dueño tan…impertinente.

Impertinente, cínico, sobrado, arrogante…

…Y asquerosamente guapo.

CAPÍTULO 8

Ya más calmada, desayuné en el patio con el bizcocho de limón y almendras que, para mi desgracia, estaba espectacular. Lo intenté con un solo bocado, pero después del primero vino el segundo, y luego otro, y cuando me di cuenta, había devorado media bandeja.

Me debatí entre la culpa y el placer. ¿Acaso mi odio hacia Germán debía extenderse a los productos horneados de su madre? No. Era un bizcocho inocente. Y delicioso, para colmo.

Pensé en hacerle llegar un mensaje para agradecerle. Seguro que la abuela tenía su número, pero descarté la idea de inmediato. No podía sentar precedentes. En su mente prehistórica, ya se había tomado demasiadas libertades entrando en nuestra casa como si fuera la suya. Un mensaje podría interpretarse como una invitación abierta a seguir con sus costumbres salvajes.

Sin embargo, podía agradecer de otra manera. La gratitud es un pilar muy importante para mí. Y además en Bali seguro que también la practican mucho.

Me levanté en busca de la abuela, que ya había vuelto de hacer la compra y se encontraba en la cocina haciendo algo que olía a guiso contundente. Apoyé un codo en la mesa y me balanceé un poco, intentando sonar casual.

—Oye, ¿qué te parece si vamos esta tarde a la pastelería?

Remedios levantó la vista del puchero y puso la cuchara de madera en ristre.

—¿Tú queriendo ir conmigo por la calle? ¿A dónde quieres llegar?

Chasqueé la lengua.

—No es nada raro, abuela. Solo quiero darle las gracias a la madre de Germán por el bizcocho.

Mi abuela pareció debatirse entre la sospecha y el orgullo.

—Ajá. Y no puedes hacerlo con un mensaje como la juventud moderna.

—No. Además, no tengo el número de la mujer.

Remedios se encogió de hombros y volvió a remover el guiso.

—Está bien. De todas maneras hace tiempo que no paso a saludarla.

Me crucé de brazos y la miré de reojo.

—¿Crees que Germán estará allí?

La abuela soltó una risita.

—¿Te asusta el muchacho?

—No me asusta. Me da pereza.

—Pues no tienes nada que temer, no estará. A estas horas estará en el campo, haciendo cosas de hombres.

Suspiré aliviada.

—Genial.

No necesitaba más encuentros incómodos ni más miradas sarcásticas de su parte. Me bastaba con la humillación de que mi abuela se hubiera reído en mi cara cuando le conté cómo había entrado en casa sin esperar a que le abriese.

—Eso se hace en los pueblos —me había dicho entre risas, como si fuera lo más normal del mundo.

—Bueno, pues este pueblo necesita actualizarse.

Pero claro, a ella le había parecido lo más natural del universo. Y lo peor es que su risa había sido más de *"Qué tontita eres"* que de *"Qué barbaridad ha hecho Germán"*.

Aun así, aceptó ir conmigo, y a media tarde nos pusimos en marcha hacia la pastelería.

El pueblo tenía ese aire de calma suspendida en el tiempo, con calles de piedra y fachadas encaladas que reflejaban el sol con fuerza. A medida que caminábamos, la gente nos saludaba con ese tono de curiosidad apenas disimulada. Porque claro, la nieta pródiga había vuelto, y era el cotilleo del momento.

Entramos en la pastelería y un aroma embriagador nos envolvió al instante. Azúcar, mantequilla, canela… Aquello era el paraíso hecho comercio. Detrás del mostrador, una mujer de unos cincuenta

y tantos, con el pelo recogido en un moño y una sonrisa cálida, nos recibió con entusiasmo.

—¡Remedios, cuánto tiempo! —exclamó, saliendo de detrás del mostrador para darle dos besos a mi abuela.

—Isabel, hija, que nos tienes a todos más gordos con tanta repostería.

—Bueno, alguien tiene que hacerlo —rió la mujer, dándole una palmada cariñosa en el brazo antes de volverse hacia mí—. Y tú debes ser Astrid. Mi hijo me ha hablado de ti. Anda que no has crecido.

Asentí, un poco incómoda con la familiaridad. A saber qué le habría dicho ese sieso.

—Sí. Quería darte las gracias por el bizcocho. Estaba… bueno, espectacular.

Isabel sonrió con satisfacción.

—Me alegro. Germán me dijo que seguramente le pondrías pegas. Es un exagerado.

Respiré hondo.

—Sí, lo sé.

La mujer se rió, pero luego su expresión se suavizó. Se acercó un poco más a mí hombro y me habló en voz baja.

—Y tú no hagas caso de lo que diga la gente, ¿eh? Que aquí están todas muy aburridas.

Fruncí el ceño.

—¿Perdón?

—Lo que te pasó aquel verano. Eso es agua pasada.

Me entraron los siete males.

Ese *aquel verano* pesaba sobre mis hombros como una losa.

Sabía que mi retorno al pueblo despertaría algunos murmullos, pero escuchar la mención de mi antiguo desastre me revolvió el estómago.

—Oh… eh… claro —murmuré, incómoda.

Mi abuela intervino con un tono más ligero.

—Bah, si la gente sigue hablando de eso, es porque no tienen nada mejor que hacer. Tú ni caso.

—Exactamente —confirmó Isabel—. Además, Germán no guarda ningún rencor.

Abrí la boca, sorprendida.

—¿Germán?

—Sí, ya sabes, fue el que tuvo que repintar media fachada de la iglesia porque en un principio el cura pensó que había sido él. La cuestión es que nunca lo desmintió. Era un poco tonto a esa edad este hijo mío. Pero en fin. Que no te preocupes. Que ese agua está más que pasada.

Ah.

Esa parte de la historia no la conocía.

Me moví inquieta en el sitio y me apresuré a cambiar de tema.

—Bueno, en cualquier caso, gracias por el bizcocho.

—De nada, mujer. Cuando quieras, pasa por aquí y te preparo otro.

Mi abuela aprovechó la oportunidad para meter baza con una sonrisa cómplice.

—Mira qué maja eres, Isabel. Casi casi como para ser consuegras.

Mi mandíbula se desencajó.

—¡¿Qué?!

—Ay, mujer, no me digas que estos dos no harían buena pareja —dijo Isabel, uniéndose a la broma.

—¡Dios mío, no sé que estáis tramando! Pero antes me meto a monja.

Las dos rieron con ganas.

Yo, en cambio, quería evaporarme.

—Anda, anda, no pongas esa cara. Nadie te va a casar a la fuerza —dijo mi abuela, dándome una palmadita en el brazo—. Pero no me negarás que Germán es un buen mozo.

—Seguro que lo es —dije, con un suspiro dramático—. Para otra.

Isabel negó con la cabeza, todavía sonriendo, y volvió a su mostrador.

Nos sentamos en una de las pequeñas mesas y pedimos café con unas pastas de almendras. Y aunque la conversación se desvió a

otros temas, yo no podía dejar de pensar en lo que había dicho Isabel.

Eso es agua pasada.

¿De verdad lo era?

Porque a cada día que pasaba aquel verano loco de mi adolescencia estaba cada vez más presente.

CAPÍTULO 9

Con el soniquete de Pasapalabra, me quedé un poco adormilada en el sofá, después de cenar. Me despertó el móvil vibrando insistentemente sobre el brazo del sofá. Me froté los ojos, medio dormida, y al ver el nombre en pantalla, sentí un escalofrío recorrerme la espalda.

MAMÁ.

—Mierda.

Durante un segundo pensé en no contestar, en dejarla en *visto* como había hecho con el resto del mundo, pero mi madre no era de las que se rendían. Si no cogía, llamaría a Remedios, su suegra, no muy santa de su devoción. Y si no la encontraba a ella, perseguiría a la mismísima INTERPOL para dar conmigo.

Cogí aire y deslicé el dedo por la pantalla.

—Hola, mamá.

—¡Astrid! —el tono de alivio en su voz me hizo sentir una punzada de culpa—. Por fin. ¿Dónde demonios estás? Está todo el mundo preguntándome por ti.

Tragué saliva.

—Bueno… verás…

—No me vengas con misterios. Te he llamado cien veces.

—Ya… Es que… estoy en Valdemesa.

Hubo un silencio. Un silencio contundente, cargado de incredulidad y probablemente acompañado de un arqueo de cejas al otro lado de la línea.

—¿Perdona?

—Estoy en casa de la abuela.

—¿En Valdemesa?

—Sí.

—Pero… si me han comentado que tú subiste fotos en Bali.

Me mordí el labio. Ya no había escapatoria.

—Vale, sobre eso… era una bromita.

—¿Una qué?

—Una broma. Un chiste. Un experimento social.

—Astrid.

—Vale, mamá, era una pequeña trola. Pero una trola con buenas intenciones.

—¿Y cuáles eran exactamente esas buenas intenciones?

—No lo sé. En ese momento me pareció gracioso.

Mamá suspiró al otro lado de la línea. Ese suspiro que precedía a los discursos de madre decepcionada.

—Astrid, cariño, ¿quieres explicarme qué está pasando?

Me hundí en el sofá y cerré los ojos. La abuela hacía como que estaba concentrada en la tele, pero en el fondo no perdía ripio de la conversación.

—Todo se ha ido a la mierda, mamá.

—¿El trabajo?

—Muerto.

—¿Hugo?

—Más muerto.

—¿Tu casa? ¿Tus cosas?

—Quemadas.

Otro silencio.

—¿QUÉ?

—Bueno, vale, no entero, pero sí un buen trozo. Hubo un incendio…y los apartamentos de mi planta quedaron chamuscados. Al parecer tardarán meses en ser otra vez habitables.

—Astrid, ¿puedes explicarme por qué no me lo has dicho?

—Porque no quería que me salvaras, mamá. Se me vino todo encima en un par de días. Quería… no sé, desaparecer un rato.

—¿Y elegiste Valdemesa?

—Sí.

—Pero si has odiado ese pueblo toda tu vida.

—Bueno, las opciones no eran muchas.

—Astrid, hija, no seas tonta. Vente a casa. Puedes quedarte aquí conmigo hasta que todo se solucione. No tengo más viajes previstos

este mes.

Mi pecho se contrajo. Madrid me quemaba.

—No, mamá. No puedo.

—¿Por qué?

—Porque todo está ahí. Hugo está ahí. Mi ex trabajo está ahí. Todo lo que me ha salido mal en la vida está ahí.

Mi madre guardó silencio un momento y luego habló con más suavidad.

—Cariño, pero es que huir cuando las cosas vienen mal dadas no es la solución.

—No estoy huyendo.

—Estás en un pueblo perdido de La Mancha fingiendo estar en Bali.

—Técnicamente, lo de Bali solo ha sido para Instagram.

—Astrid.

Suspiré.

—Déjame estar aquí un tiempo, mamá. Solo hasta que me aclare. Además, quería pasar unos días con la abuela.

Esa última debo reconocer que no era una de mis grandes motivaciones. Mi madre no sonó convencida, pero no insistió más.

—Está bien. Pero si necesitas algo, lo que sea, dime.

—Vale.

—Prométemelo.

—Prometido.

Colgamos. Me quedé mirando el techo un momento, tratando de asimilar la conversación.

—¿Tu madre?

Me incorporé y vi a la abuela, que había girado la silla y todo para enterarse mejor. Tenía su chupito milagroso en la mano, preparada para metérselo entre pecho y espalda.

—Sí.

—¿Le has contado la verdad?

—Sí.

—¿Y sigue viva?

—Por ahora sí.

Remedios se levantó y vino al sofá. Entonces se sentó a mi lado y me miró con ese gesto suyo que ella pensaba que era un derroche de sabiduría y paciencia infinita.

—¿Qué tal la siesta?

—Bien, hasta que mamá me despertó para sermonearme.

—Es su obligación.

—Lo sé.

Bebió un sorbo de su aguardiente y luego me miró con una sonrisita astuta.

—¿Sabes a quién también le vendría bien un poco de este agüita?

Fruncí el ceño.

—Ni lo digas.

—Germán.

Me revolví en el sofá, incómoda. Tal vez era hora de irse a la cama. Me acostaba casi al anochecer, para evitar que lo del gallo me cabrease tanto. Hacía siglos que no madrugaba tanto.

—Abuela, por favor.

—Es un buen muchacho.

—Me da igual si ha rescatado gatitos de un incendio y les ha construido una urbanización con sus propias manos. Me cae mal.

—Eso dices ahora.

—No, lo digo siempre.

La abuela sonrió con esa expresión que me sacaba de quicio.

—Astrid, cariño, yo creo que un buen hombre te haría bien.

—¿Ah, sí? Pues dime tú, abuela, si tan recomendable es tener un hombre en tu vida, ¿por qué decidiste quedarte viuda?

Se rió con ganas.

—Porque tu abuelo me dejó la vida resuelta.

—Ah, claro. O sea que el secreto no es un buen hombre, es uno que se muera en el momento adecuado.

—Exactamente.

Me eché a reír.

—Me das miedo.

—Hago lo que puedo.

Sacudí la cabeza y me incorporé.

—Mira, abuela, acabo de pillar a mi ex con otra en la cama. No tengo ganas de buscarme a otro.

—Ya, bueno, pero Germán no es tu ex.

—Exacto. Y no lo será jamás.

Ella dio otro traguito y me miró como si estuviese conspirando.

—Veremos.

Me levanté.

—Creo que voy a darme un baño y a meterme en la cama con un libro, antes de que sigas emparejándome con la mitad del pueblo.

—Mañana si quieres podemos dar otro paseo.

—Sí, por qué no. Otro paseo entre miradas curiosas.

—Al pueblo le das vidilla, mujer.

—Sí, claro. Soy como un culebrón en directo.

Y con ese pensamiento, me metí en el baño, con la sensación de que aquella conversación sobre Germán, lejos de estar finiquitada, solo acababa de empezar.

CAPÍTULO 10

Después de varios días en Valdemesa, empezaba a acostumbrarme a los madrugones involuntarios, a los silencios rotos solo por el canto de los gallos y al menú inmutable de mi abuela, que consistía en legumbres contundentes a la hora de la comida y algo frito a la cena. Y fruta, mucha fruta que ella pelaba con mucha diligencia. Hasta había perfeccionado el arte de hacerme la dormida cuando llamaban a la puerta para evitar visitas no deseadas.

Pero también sabía que no podía estirar esta especie de retiro indefinidamente. Tarde o temprano tendría que mover el culo y buscar trabajo.

El problema era internet. O, mejor dicho, la falta de internet.

El WiFi en casa de mi abuela era, obviamente, un concepto abstracto, como la democracia en algunos países. Así que esa mañana me calcé unas sandalias, cogí mi portátil y me dirigí a la plaza del pueblo, donde, según me había informado un vecino muy hablador, el WiFi del Ayuntamiento a veces daba para algo más que abrir WhatsApp. Y además no funcionaba solo por las mañanas, como el de la iglesia.

Me senté en un banco de piedra a la sombra de un árbol y abrí el portátil. Pronto noté que algunas personas pasaban a mi lado y se quedaban mirando con discreta fascinación, como si nunca hubieran visto a alguien enfrentarse a un portátil en plena vía pública.

—¿Vas a venderlo? —me preguntó un niño que apareció de la nada.

Lo miré, confundida.

—¿Qué?

—El ordenador. ¿Vas a ponerlo en el mercadillo?

—No, lo estoy usando. ¿Y tú no deberías estar en el colegio?

El niño frunció el ceño.

—¿Para qué?

—Para labrarte un futuro y poder huir de aquí.

—Digo que para qué es el ordenador.

—Para trabajar.

El chaval soltó una carcajada y salió corriendo. Fantástico. Mi vida era un chiste para un menor de diez años.

Pero la peor parte fue cuando la abuela apareció de repente. Había salido a buscarme.

—Anda, deja ya ese trasto y ven a ayudarme.

—¿Con qué?

—Las gallinas.

Sentí un escalofrío.

—No sé si estamos listas para ese nivel de compromiso, abuela.

—No seas exagerada. Solo quiero que me eches una mano.

Suspiré. No tenía excusa válida para negarme. Guardé el ordenador y la seguí hasta casa. Nos plantamos delante del gallinero, que estaba en un rincón del patio. Las gallinas picoteaban el suelo con esa actitud de superioridad que tienen las aves cuando saben que te incomodan.

—¿Y qué hago exactamente? —pregunté, con los brazos cruzados.

—Sujeta esa mientras recojo los huevos. Mira qué hermosos.

Señaló a una gallina gorda y blanca. Demasiado blanca. Me daba la sensación de que esperaba pacientemente su momento para atacarme y cobrarse una venganza ancestral.

—¿No hay una forma más… tecnológica de hacer esto?

—Sí, se llama usar las manos.

Resoplé y me acerqué con cuidado.

—A ver, gallina. Tú y yo no tenemos por qué llevarnos mal.

Extendí las manos y, en cuanto mis dedos rozaron sus plumas, salió disparada con un escándalo digno de una película de terror.

—¡ABUELA! ¡ESTÁ FUERA DE CONTROL!

—¡Pero cógela, mujer!

—¡¿CÓMO SE COGE UNA GALLINA?!

La abuela Remedios suspiró, como si de verdad no entendiera que me estaba enfrentando a una criatura de fuerzas

sobrenaturales. La gallina esquivó mis intentos de captura con agilidad felina y salió del gallinero a la carrera. Incluso llegó a la calle.

—¡ABUELA, QUE SE ESCAPA!

Corrí detrás de ella, pero el animal se movía como si tuviera entrenamiento militar. Doblé la esquina y casi me estampo contra un muro de carne y hueso.

Bueno, no era un muro. Era Germán.

Y, para mi absoluta desgracia, acababa de ver toda la escena.

—¿Corres por deporte o te ha abandonado tu sentido del ridículo? —preguntó con una media sonrisa.

Me aparté un mechón de pelo de la cara y resoplé.

—Estoy persiguiendo una gallina.

—Ya veo.

Miré a mi alrededor. El animal había desaparecido.

—Mierda.

—Tranquila, seguro que no ha huido a Bali.

Lo fulminé con la mirada.

—¿Por qué dices eso?

—Mi hermana pequeña tiene Instagram.

Resoplé. Dios, qué ganas me estaban entrando de soltarle un tortazo a aquel impertinente. Menos mal que no soy violenta.

—¿Qué haces aquí?

—¿Yo? Dando una vuelta. Tú eres la que va por el pueblo al grito de "¡ABUELA, SE ESCAPA!".

Ignoré su burla y miré a mi alrededor. En ese momento, la gallina reapareció tranquilamente junto a Germán, como si toda aquella persecución hubiera sido fruto de mi imaginación.

—Tu presa ha vuelto —señaló.

Inspiré hondo y avancé a por ella, decidida.

—Vale, gallina. Se acabó. No me vas a humillar más.

Me lancé a por ella. La gallina esquivó mi ataque con un ágil giro de cadera y, en el proceso, tropecé y me fui de bruces al suelo.

Germán, cómo no, estalló en carcajadas.

—Definitivamente no durarías ni un mes como ganadera.

Me levanté con dignidad, quitándome el polvo de la ropa.

—Porque no quiero.
—Porque no puedes.
—Porque no quiero.
—Porque no puedes.
—¡Porque no quiero!
Germán cruzó los brazos, muy entretenido.
—Demuéstralo, Madrid.
—¿Cómo?
—Coge la gallina.
Lo miré con los ojos entrecerrados.
—Eso es trampa.
—¿Cómo va a ser trampa?
—Porque sabes que no quiero tocar a ese bicho.
—Entonces lo que digo es cierto.
—Eres muy insoportable.
—Y tú muy cabezota.

Nos quedamos mirándonos, en un duelo silencioso. Yo enfadada, él disfrutando como nunca. Finalmente, Germán suspiró, se agachó y cogió la gallina con una facilidad insultante.

—Toma.

Me la tendió y la colocó con cuidado entre mis brazos. La noté calentita y tranquila.

—Vale, y ahora…¿qué quieres que haga?

—Dársela a tu abuela. Ah, y tengo algo para ti.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó una especie de USB.

—Con esto podrás conectarte a internet sin problemas. Te lo presto. Supongo que necesitas WiFi, ¿no?

—Pero, ¿tú cómo sabes…?

—Así podrás seguir subiendo tus fotos de Bali.

Soltó una carcajada, se dio media vuelta y se largó por donde había venido.

Y yo me abracé a la gallina como quien recibe una bomba a punto de estallar y caminé de vuelta a casa con la dignidad hecha trizas. Detrás de mí, ya a lo lejos, Germán volvió a reírse.

Y yo me prometí que algún día me vengaría de aquel idiota. Aunque tenía que reconocer que el trasto del WiFi no me venía nada

mal.

CAPÍTULO 11

Tener internet en Valdemesa era poco menos que un milagro. Un regalo divino. Un acontecimiento histórico que debía celebrarse con fanfarrias y fuegos artificiales.

Pero en realidad lo único que había hecho falta para lograrlo era aquel *pen* USB que me había prestado Germán, el muy paleto. Al principio, cuando lo sacó de su bolsillo tras nuestro ridículo episodio con la gallina, dudé seriamente en aceptarlo. Primero, porque desconfiaba de que no tuviera algún virus que, de repente, me bloqueara el portátil con una pantalla negra llena de líneas de código incomprensibles, cual película de hackers de los 2000. Segundo, porque aceptar su ayuda era como perder un punto en una batalla que aún no había declarado, pero que ya sentía que estábamos librando.

Sin embargo, la necesidad pesó más que el orgullo, así que le había dado las gracias con la boca pequeña y, al llegar a mi habitación, enchufé el pincho al ordenador con la resignación de quien vende su alma por un par de megas.

Mi plan ya estaba más claro: buscar trabajo, ser una adulta responsable, recuperar mi vida.

Lo juro.

Me había mentalizado, incluso me hice un café para sentirme más productiva. Pero apenas se cargó la pantalla y vi el icono de Instagram, mi dedo se movió solo.

Y ahí estaba el desastre.

Mis fotos en "Bali" lo habían petado. No, peor. Se habían viralizado.

Comentarios.

Mensajes.

Compartidos.

Gente preguntando dónde era exactamente ese lugar. Alguna cuenta de viajes con miles de seguidores había republicado una de mis fotos con la descripción: *"No sabemos dónde es, pero queremos ir AHORA."*

Oh, no.

Abrí los mensajes privados con el corazón encogido. Gente que hacía AÑOS que no veía.

"¡Tía, qué fuerte! ¿Cómo has acabado en Bali?"
"Me muero de envidia. Pensé que estabas sin un duro."
"Qué calladito te lo tenías. Pensaba que estabas en Madrid."

Mierda, mierda, mierda.

Apagué el portátil de golpe y me froté la cara con las manos. Esta tontería se me estaba yendo de las manos.

No tenía ni idea de cómo había pasado, pero de repente mi pequeña mentirijilla ya no era tan pequeña. Y ahora, si alguien descubría la verdad, no solo quedaría como una impostora sino también como una completa payasa.

No me preocupaba que mis amigas se enteraran, ellas me conocían y entenderían que esto era una simple chorrada mía. Pero el problema era que el resto del mundo no. Y lo peor de todo es que si alguien decidía indagar un poco, el castillo de naipes se vendría abajo en cuestión de segundos. ¿Era muy tarde para borrarlas y ponerle un candadito a mi cuenta durante un tiempo prudencial?

Revisé las fotos que había posteado. Las miré atentamente en la pantalla. ¿Había en ella algún detalle que clamase al cielo de Valdemesa?

Suspiré hondo y me dejé caer de espaldas en la cama.

Vale, nada de Instagram por un tiempo. Era hora de desaparecer.

Pero entonces, mientras miraba el techo y trataba de poner en orden mi vida, otra idea me asaltó la mente.

Prestarme el WiFi no lo iba a redimir tan fácilmente. Estaba claro que Germán era un sádico y disfrutaba viéndome en apuros. Y casualmente ya eran tres las veces que se había reído en mi cara. No podía ni imaginarme las que lo había hecho en privado.

Así que mi próximo movimiento estaba muy claro.

La venganza.

Me giré de lado, abrazando la almohada y entrecerrando los ojos con una sonrisa malévola.

Germán.

Ese ganadero con sonrisa fácil y brazos de hombre que levanta pacas de heno como si fueran de corcho. Ese desgraciado.

Se había reído de mí. De mi caída en la valla, de mi pánico con las gallinas, de mi vestido roto… y encima me había visto en bragas.

No podía permitirlo.

Era el momento de la justicia poética.

Me incorporé en la cama, apoyando el codo en la almohada, mientras mi mente empezaba a maquinar. Tenía que hacer algo que le dejara claro que yo no era una ciudadana indefensa en este juego de pueblo contra forastera. Algo que le hiciera entender que no se reiría de mí impunemente.

¿Pero qué?

Podría esconderle el móvil y hacerle creer que lo ha perdido. Pero no, eso era demasiado infantil.

Podría pintarle las ovejas con spray y hacer que parecieran vacas. Me mordí el labio, imaginándome la escena. Tentador, pero no, pobrecitas, no quería terminar con una denuncia por maltrato animal. Además, no tenía buenos recuerdos con los sprays.

Podría convencer a todo el pueblo de que Germán y yo estábamos saliendo.

La idea me golpeó como un rayo.

Me incorporé de golpe y sonreí. Eso sí que sería gracioso. Me imaginé a las viejas del pueblo susurrando, a su madre felicitándolo por haber "sentado cabeza", a las vecinas diciéndole que éramos una pareja perfecta, a Germán intentando desmentirlo mientras todos lo miraban con sorna.

Sería glorioso.

Me tumbé otra vez en la cama, con una sonrisa de satisfacción. Aquello era perfecto. Él creía que podía reírse de mí sin consecuencias, pero ya vería que yo también sabía jugar sucio.

Estaba en plena fantasía cuando la voz de mi abuela me sacó de mi ensimismamiento.

—¡Astrid!

—¿Qué? —respondí sin moverme.

—Te buscan.

Arrugué la frente.

—¿A mí? ¿Quién me va a buscar a mí?

—Germán.

Mi sonrisa desapareció en un instante.

—¿Qué hace aquí?

—No lo sé, pero viene con el perro.

Me incorporé de golpe y me asomé a la ventana que daba al patio.

Allí estaba. Plantado en la puerta, con Floqui sentado a su lado, con esa pose de tipo seguro de sí mismo que tanto me sacaba de quicio.

—¿Astrid? —insistió mi abuela—. Baja, no seas maleducada.

Mi corazón empezó a latir más rápido.

¿Lo había invocado?

¿Cómo demonios sabía él que estaba tramando algo?

Me miré en el espejo rápidamente. Pelo alborotado, camiseta gigante y agujereada de estar por casa, cara de haber estado conspirando en la cama durante media hora.

No estaba preparada.

Tragué saliva y me arreglé a toda prisa lo mejor que pude.

—Vale, voy.

Porque si Germán pensaba que iba a pillarme desprevenida, lo llevaba claro.

La batalla acababa de empezar.

CAPÍTULO 12

—Es viernes.

Germán lo dijo como si aquello fuera una revelación trascendental, una verdad universal que debía cambiarme la vida.

Lo miré desde el umbral de la puerta con los brazos cruzados y una ceja arqueada. Floqui, su perro, se había tumbado cómodamente en el suelo, como si esta conversación fuera a alargarse más de lo necesario.

—¿Y qué? —repliqué, con una sonrisa condescendiente—. ¿Vas a hacer algún ritual satánico en el campo? ¿Sacrificar un par de gallinas? Ah, no, espera. Las gallinas ya me odian lo suficiente como para no necesitar más razones.

—No —se apoyó en el marco de la puerta y sonrió, ladeando la cabeza—. Hay un concierto en la plaza del pueblo.

Me reí en su cara.

—¿Un concierto?

—Eso he dicho.

—¿En esta plaza?

—Esa misma.

—¿En este pueblo?

—Joder, Astrid, ¿cuántas veces lo tengo que repetir?

—Hasta que tenga sentido.

Germán soltó aire y cruzó los brazos sobre su pecho.

—No me mires así, Madrid. Es un concierto de rock.

—Oh, claro. ¡Un concierto de rock en Valdemesa! —exclamé con sarcasmo—. No puedo esperar ni un segundo más para ver a los Rolling Stones aparecer con su jet privado.

—No son los Rolling Stones.

—¡No me digas!

—Es un grupo de por aquí.

—¿Cómo de por aquí? ¿Tan de por aquí como para que el cantante también sea el panadero y el bajista, el carnicero?

Germán sonrió de forma condescendiente, y eso me irritó más de lo que esperaba. Porque sus sonrisas lo embellecían mucho.

—Son buenos. Te van a gustar.

—Lo dudo.

—También hay un *food truck*.

Parpadeé.

—¿Un qué?

—*Food truck.*

—Lo siento, creo que tu boca de ganadero dijo algo en inglés y mi cerebro entró en cortocircuito.

—Astrid, ¿en serio nunca has oído hablar de un *food truck*?

Me encogí de hombros.

—Sí, pero jamás pensé que vería uno en Valdemesa.

—Pues hoy es tu día de suerte. Vienen de la ciudad y hacen unas hamburguesas que flipas —se apartó de la puerta y empezó a bajar los escalones hacia el patio—. Así que venga, ponte algo decente y vamos.

Solté una carcajada.

—¿Perdona?

Se giró y me miró otra vez con esa expresión de suficiencia que me ponía enferma.

—Te invito a una hamburguesa.

—¿Me invitas?

—Sí.

—¿Y por qué harías eso?

Germán sonrió con picardía.

—Porque me gusta ver cómo sufres cuando descubres que algo de este pueblo te encanta.

Le sostuve la mirada con desconfianza.

—¿Y si digo que no?

—Pues me la como yo.

—Qué tragedia.

Germán suspiró, sacudiendo la cabeza.

—Lo que pasa es que te da miedo pasarlo bien.

—Claro, muchísimo miedo.

—Vamos, Madrid, es viernes. Haz algo con tu vida.

Lo observé con atención, preguntándome cuál era su verdadera intención. ¿Por qué demonios quería llevarme con él? ¿Quería fastidiarme? ¿Molestarme un rato? ¿Demostrarme que podía meterme en sus planes cuando le diera la gana?

¿O había algo más?

Sea como sea, esto era una oportunidad.

Si quería vengarme de él, tenía que conocerlo un poco mejor. Sacarle información. Hacerle creer que bajaba la guardia mientras recopilaba datos sobre su vida, sus debilidades, su pasado. Si quería jugar sucio, debía hacerlo bien.

—Vale —dije finalmente, apoyándome en el marco de la puerta—. Pero la hamburguesa la quiero con extra de queso.

—Lo que quieras, princesa —me guiñó un ojo antes de darse la vuelta y echar a andar con Floqui.

—¡Eh! ¿El perro también viene?

Me ignoró.

Y así, sin quererlo, me dejé arrastrar hasta una trampa.

La plaza estaba irreconocible.

Había farolillos de colores colgados entre los edificios, el escenario era pequeño pero estaba bien iluminado, y la gente —mucha más de la que había imaginado, supongo que habían venido de otros pueblos— se agolpaba alrededor del *food truck*, esperando su turno con impaciencia.

La banda ya había comenzado a tocar cuando llegamos. No era exactamente lo que yo consideraría "bueno", pero tampoco era la catástrofe sonora que había esperado. Sonaba como un rock ochentero, como Barricada y esas cosas. Cutre pero con cierto encanto.

Germán me tendió una hamburguesa envuelta en un papel grasiento y se apoyó junto a mí en una de las mesas de madera.

—¿Te has vestido especialmente para la ocasión?

Bajé la mirada a mi atuendo: vaqueros ajustados, botines y una blusa negra.

—Sí, he querido rendir homenaje al *glam rock* con mi atuendo.

—Pues yo veo más "chica que va al Starbucks en la Gran Vía".

—¿Y tú qué? ¿Ganadero por el día, motero por la noche?

—Algo así.

Nos miramos un segundo demasiado largo.

—Prueba la hamburguesa —me instó.

—Si me envenenas, te denunciaré.

—Si quisiera envenenarte ya lo habría hecho con el bizcocho.

Chasqueé la lengua y le di un mordisco.

Estaba deliciosa. El queso fundido, la cebolla caramelizada, aquella grasa escurridiza que se deslizaba en mi boca y de la que me iba a arrepentir por la mañana…

Traté de disimular mi placer, pero Germán ya me estaba mirando con una ceja arqueada.

—¿Qué tal?

—Podría ser peor.

—Admite que te encanta.

—Admitiré que no está mal.

—Madrid, eres lo peor…

Suspiré intensamente.

—Está buenísima.

Él sonrió, hinchado de orgullo.

—Sabía que te iba a gustar.

—No te emociones, esto no significa que me vuelva una aldeana.

—Tiempo al tiempo.

Nos quedamos en silencio, observando el escenario mientras la banda tocaba una versión de *Highway to Hell*. Fue entonces cuando cometí el error.

Lo miré. De verdad lo miré.

Y esa fue mi condena.

Las luces del escenario lo iluminaban de forma intermitente, pero en ese momento en particular, su rostro se perfiló con un brillo ámbar. El contorno de su mandíbula, la curva de su nariz, el brillo en sus ojos.

Tenía que reconocer en el más absoluto de los secretos que Germán estaba buenísimo.

Tuve que apartar la mirada inmediatamente.

No. No. No.

—¿Te has atragantado? —preguntó, pillándome in fraganti.

—¿Qué?

—Que has puesto una cara rara.

—No he puesto ninguna cara.

—Claro que sí. Como si te hubieras dado cuenta de algo.

Respiré hondo y forcé una sonrisa.

—Sí. Me he dado cuenta de que tengo un plan para vengarme de ti.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y te aseguro que será legendario.

—Bueno, bueno… —mordió su hamburguesa con calma—. Tengo ganas de ver qué se te ocurre, Madrid.

—¿Vas a seguir llamándome Madrid?

—Si lo prefieres puedo llamarte Bali.

Me fulminó con la mirada antes de girarse de nuevo hacia el escenario, disfrutando del concierto como si yo no acabara de amenazarlo con una represalia épica.

Maldito cabrón.

Y *maldita química.*

Lo peor era que él tenía razón.

Algo había cambiado.

Y esa noche, mientras el rock ochentero retumbaba en la plaza, fingí que no había pasado nada. Pero algo había pasado.

Y era peligroso para mi maltrecho corazón.

CAPÍTULO 13

La banda de rock terminó su último tema entre aplausos y vítores de un público entregado que, si bien no era multitudinario, compensaba con entusiasmo lo que le faltaba en número. Yo seguía de pie junto a Germán, con mi vaso de cerveza en la mano y tratando de ignorar el hecho de que, durante el concierto, me había dado cuenta de que me atraía.

Mucho.

Lo cual era ridículo. Absurdo.

A lo mejor era por la cerveza.

Así que, cuando el DJ empezó a pinchar música y la gente comenzó a bailar en la plaza, decidí que lo mejor era distraerme. Giré la cabeza, buscando cualquier cosa que me apartara de esa idea incómoda. Y entonces, un chico se acercó directamente hacia mí.

Mi instinto urbanita se activó al instante.

Vale, va a intentar robarme el bolso.

Agarré con fuerza el bolso, lista para soltarle una mirada de advertencia o, si era necesario, un codazo bien dirigido. Pero, antes de que pudiera hacer algo, el supuesto ladrón me sonrió con un gesto entre nostálgico y divertido.

—Joder, sí que te has vuelto desconfiada, Astrid.

Lo miré con el ceño fruncido. Me sonaba.

—¿Nos conocemos?

—¿Me lo dices en serio?

Me fijé mejor en su cara. Ojos claros, pelo castaño algo alborotado, una sonrisa descarada. Y entonces me golpeó la memoria como un bofetón.

—¡Sergio! —abrí los ojos, sorprendida—. Mi amor de juventud.

Era el niñato con el que me di cuatro besos detrás del camión de sandías en aquel verano del caos.

Él se echó a reír.

—Tampoco hace falta que lo digas así.

—Es que eras un crío.

—Teníamos la misma edad.

—Pero yo era más madura.

—Eso es discutible. Aun me acuerdo de ciertas pintadas en la pared del Ayuntamiento…

Sonreí, todavía sorprendida. Hacía años de aquello. Sergio había sido una de esas historias absurdas de verano, un flirteo adolescente sin consecuencias. Nada demasiado intenso. Nada digno de recordar.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Vivo aquí. Bueno, en realidad ahora vengo y voy, trabajo fuera, pero mis padres siguen en el pueblo.

Asentí, aún evaluando la situación.

—Me ha sorprendido verte —continuó él—. No pensé que volverías.

—No era mi plan, créeme.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Es una larga historia. Pero bueno, estoy visitando a mi abuela —dije, sin ganas de entrar en detalles.

—Bueno, pues me alegro de verte. Estás igual que antes.

—Lo dudo, pero gracias.

Fue entonces cuando Germán, que había estado a mi lado todo este tiempo en un llamativo silencio, decidió intervenir.

Se acercó un poco más, lo justo para que su presencia se notara.

—¿Qué pasa, Sergio? ¿A mí no me saludas?

La sonrisa de Sergio se estrechó un poco, como si acabara de darse cuenta de que nuestra conversación no era tan privada como pensaba.

—Nada, hombre. Solo saludaba a Astrid.

—Ya veo.

El tono de Germán era casual, pero había algo en su postura, en su mirada, que indicaba otra cosa. Y entonces, me di cuenta.

Estaba marcando territorio.

Dios mío.

¿Estaba celoso?

La idea me abofeteó como un rayo y me costó horrores no soltar una carcajada ahí mismo. Germán estaba haciendo lo imposible para parecer indiferente, pero su lenguaje corporal lo delataba. Y a mí me divertía muchísimo.

Sergio captó la indirecta y, después de unos segundos incómodos, decidió retirarse.

—Bueno, pues nada, nos vemos.

—Nos vemos —respondí, con una sonrisita maliciosa.

Cuando Sergio desapareció entre la gente, me giré hacia Germán con los brazos cruzados.

—Vaya, vaya… —murmuré—. ¿Te pasa algo?

—¿Por qué iba a pasarme algo?

—No sé, dime tú.

—No tengo nada que decir.

—Ah, ¿no? Porque yo diría que acabas de espantar a ese chico como si fueras mi novio celoso.

Germán bufó.

—No digas tonterías, Madrid.

—¿Tonterías? No me ha parecido una tontería.

—Lo único que he hecho es estar aquí.

—¿Ah, sí? Pues *estar aquí* ha sido suficiente para que Sergio se acojonara y saliera corriendo.

Germán me miró con los ojos entrecerrados.

—Eres insufrible.

—¿Por qué? ¿Porque tengo razón?

—Porque te encanta sacar de quicio a la gente. Disfrutas.

—No es mi culpa que sea tan fácil contigo.

Se quedó mirándome unos segundos, evaluándome. Entonces, sacudió la cabeza y suspiró.

—Venga, que ya se ha acabado esto. Vamos a casa.

—¿Quién dice que quiero irme contigo?

—Astrid, estás en pijama mentalmente desde hace media hora.

—Bueno, eso sí.

Debo reconocer que desde hace años mentalmente soy una anciana a la que no le gusta trasnochar.

Salimos de la plaza entre la multitud que comenzaba a dispersarse. Caminamos en silencio un rato, bajo el cielo despejado de Valdemesa, con las luces de las farolas proyectando sombras alargadas en el suelo.

Cuando llegamos a la puerta de mi casa, me crucé de brazos.

—Bueno, pues nada. Ha sido un placer.

—Claro.

—Gracias por la hamburguesa.

—De nada.

—Y por la distracción.

—Para eso estamos.

Nos quedamos en silencio. Algo extraño flotaba en el aire.

Entonces, sin previo aviso, Germán acortó la distancia entre nosotros y me besó.

Y yo le correspondí.

Fueron solo unos segundos. Pero fueron unos segundos de puro caos interno.

Porque, en el momento en que sus labios tocaron los míos, mi cerebro dejó de funcionar.

El calor de su boca, la presión justa, la sensación de su cuerpo tan cerca del mío… me hicieron olvidar hasta mi propio nombre.

Y eso fue un problema.

Porque tendría que haberlo empujado inmediatamente. ¿Qué demonios se había creído? ¿Que me vendía por una hamburguesa pringosa?

Pero no lo hice.

Tardé demasiado.

Cuando finalmente me separé de él, el daño ya estaba hecho.

—¿Pero qué coño haces? —solté, empujándolo un poco, aunque ya era tarde para disimular.

Germán sonrió.

Maldito cabrón.

—¿No es evidente?

Mi cerebro estaba en llamas.

—No vuelvas a hacerlo.

—Si tú lo dices…

¡¿Si tú lo dices?!

—Buenas noches, Madrid. Espero ansioso tu venganza.

Germán se alejó tranquilamente, como si no acabara de provocar un cortocircuito en mi sistema nervioso.

Y yo me quedé allí, de pie en la puerta de casa de la abuela, con la respiración agitada y el pulso disparado. Cuando finalmente entré, cerré la puerta de golpe y apoyé la espalda contra ella.

Me temblaba todo.

Mierda.

Mierda, mierda, mierda.

Esto no podía estar pasando.

Pero había pasado.

Y ahora, ¿qué?

CAPÍTULO 14

El sol me despertó antes de lo que me habría gustado, colándose sin piedad por las rendijas de la persiana. Me removí en la cama con un gruñido, sin ganas de enfrentarme al día. No exactamente por pereza, sino porque mi cabeza seguía dando vueltas a lo de anoche.

A lo que había pasado con Germán.

O, mejor dicho, a lo que me había hecho Germán.

Ese maldito beso.

Ese beso que no vi venir, que no pedí, y que, para colmo, me gustó.

Me odié en el mismo instante en que sentí cómo me temblaban las piernas al entrar en casa, cómo el pulso se me aceleró de puro desconcierto.

Lo peor no fue solo el beso en sí, sino cómo me lo había dado. No fue torpe ni impulsivo. No. El cabrón sabía perfectamente lo que hacía. Fue lento, seguro, con esa mezcla de desafío y satisfacción que me puso furiosa.

Y lo empujé, sí. Pero no lo hice *rápido.*

Por supuesto, él se rió. Sonrió como si hubiera ganado algo, como si ya supiera la respuesta antes de hacer la pregunta. Y yo, indignada, entré en casa con la cabeza a punto de estallar.

Así que ahora, tumbada en la cama, con las sábanas enredadas entre las piernas, decidí que tenía que hacer algo al respecto. No podía dejar que esto quedara así. No podía permitir que Germán pensara ni por un segundo que iba ganando.

Me revolví un poco más y solté un bufido. Lo último que necesitaba ahora era otro hombre complicándome la vida.

El plan, la idea de venir al pueblo, era aislarme, no encontrarme con un exasperante semental rural con complejo de macho alfa.

Lo de propagar el rumor de que se había echado novia ya no tenía ningún sentido.

Intenté pensar en otra cosa mientras me levantaba, pero no funcionó.

Entonces fui consciente del extraño silencio de una casa sin abuela, que había escogido ese sábado precisamente para irse de excursión con las vecinas.

Durante toda la semana, me había acostumbrado al sonido de Remedios trajinando desde bien temprano, moviendo sillas, preparando café, hablando con sus plantas como si fueran sus amigas de toda la vida. Pero hoy, nada. Solo yo.

Y mi resaca emocional.

Porque seguía pensando en el maldito beso de Germán.

Y me jodía.

No porque hubiera sido un beso malo. Todo lo contrario. Sino porque de verdad que me venía fatal ahora un hombre. Mi objetivo al venir a este pueblo era esconderme del mundo, lamer mis heridas y reconstruir mi vida sin distracciones masculinas. No me había autoexiliado en Valdemesa para acabar enredada con un ganadero con complejo de Indiana Jones.

Así que, para despejarme, decidí que era buena idea salir al patio a desayunar. Me preparé un café y me llevé un trozo de bizcocho casero que aún quedaba en la cocina. Y entonces, me encontré con ellas.

Las gallinas.

Ya no me parecían los velocirraptores asesinos de la primera vez. Seguían mirándome con sus ojillos de pájaro con un aire de sospecha, pero al menos ya no temía que se lanzaran en un ataque coordinado contra mí. Hasta les di unos cuantos trocitos de bizcocho, porque todo el mundo sabe que los sobornos funcionan hasta con las criaturas más despiadadas.

Pero ni el café ni las gallinas lograron sacarme de mi espiral de pensamientos.

Porque quería volver a ver a Germán.

Y eso me cabreaba.

Tenía que devolverle la jugarreta.

Él había marcado territorio. Bien, pues yo también lo marcaría.

Seguí dando vueltas a varias ideas. Podría pintar algo en la tapia de su finca, como en mis tiempos rebeldes. O podría secuestrarle el perro. O el caballo. O cambiarle la rueda del tractor por una de bicicleta. O esconderle todas las herramientas.

Pero entonces lo vi claro.

Se me ocurrió una pequeña locura.

El espantapájaros de su finca.

Lo tenía todo: presencia, actitud y el espacio perfecto para una declaración de intenciones.

Sonreí con malicia.

Fui al armario y rebusqué entre mis cosas hasta dar con un par de prendas clave. Luego, pasé por la pila de ropa abandonada de mi abuela y encontré una chaqueta de cuero que no tenía ni idea de a quién pertenecía, pero que serviría.

La transformación comenzó.

En cuanto terminé de desayunar puse rumbo a la finca de almendras de ese engreído. Salté la valla con cuidado de no enredarme otra vez con uno de sus clavos asesinos y caminé hasta el espantapájaros.

Le puse una camiseta negra con un estampado de calavera, una de mis faldas viejas y una peluca rubia que encontré en un armario de la casa, supongo que de algún carnaval celebrado por la abuela. Para rematarlo, le coloqué unas gafas de sol de plástico y un sombrero de paja.

Pero faltaba el toque maestro.

Con un trozo de cartón y un rotulador negro, escribí bien grande:

"MARCANDO TERRITORIO"

Lo até a la espalda del espantapájaros y me separé para admirar mi obra.

Me crucé de brazos y asentí, satisfecha. Era perfecto.

Me imaginé la cara de Germán al verlo y casi me atraganté de la risa.

Me giré para volver a casa y entonces lo vi.

Germán estaba allí.

Apoyado en la valla, con los brazos cruzados y una ceja arqueada, observando mi trabajo con el rastro de una sonrisa.

—¿Quieres explicarme qué cojones haces? —preguntó, sin moverse.

Se me secó la boca. Mierda.

¿Acaso tenía un sensor que le chivaba cuando yo estaba pululando por sus tierras?

Me recompuse lo mejor que pude y me crucé de brazos, fingiendo total seguridad en mi obra maestra.

—¿Tienes algún problema con mi arte?

Germán se acercó con paso tranquilo, sin apartar la vista del espantapájaros. Ladeó la cabeza, evaluándolo, y dejó escapar una pequeña risa.

—Déjame adivinar —dijo—. Ah, creo que ya entiendo. ¿Esto es alguna especie de broma? No, espera. ¿Esta es tu gran venganza servida en plato frío?

—Eres más listo de lo que pareces, Germán. Felicidades.

Se volvió hacia mí con una sonrisa de suficiencia.

—¿Y qué significa exactamente? Porque si es una declaración de amor, Astrid, me temo que has elegido la peor forma posible.

Bufé, empezando otra vez a cabrearme.

—Por favor. Como si yo tuviera el más mínimo interés en ti.

—¿No? —arqueó una ceja, dando un paso más en mi dirección—. ¿Y entonces por qué estás tan obsesionada conmigo? ¿Por qué este esfuerzo, Madrid? A ver, ilumíname.

Me quedé mirándolo, fulminándolo con la mirada.

—¿Obsesionada?

—Vamos a ver. Llevas días dedicándome miradas asesinas, te pasas la vida inventándote formas de molestarme y ahora has vestido a un espantapájaros para que parezca yo.

—No parece tú.

—Astrid, le has puesto una chaqueta como la que llevaba anoche y un cartel que dice "marcando territorio".

Abrí la boca para responder, pero no supe qué decir. En parte, porque sí, la idea de "marcar territorio" venía directamente de su actitud en la plaza la noche anterior, y tampoco esperaba que lo

pillase. Y en parte, porque no podía soportar la expresión de autosuficiencia en su cara.

Así que hice lo único que me quedaba por hacer.

—Pues mira, si te molesta, quítalo tú —dije, encogiéndome de hombros.

Germán miró de nuevo al espantapájaros, se rascó la barbilla y luego me miró a mí con una sonrisa perezosa.

—No me molesta. Me parece hasta bonito que pienses tanto en mí.

—No pienso en ti.

—Claro que sí.

—No.

—Entonces, ¿por qué me besaste anoche?

Di un respingo.

—¿Que yo qué?

—Me besaste.

—¡Tú me besaste a mí!

Germán se encogió de hombros.

—No me apartaste muy rápido.

—¡Por el impacto del asco!

—Sí, claro —rió—. Seguro que era eso.

Lo miré con los ojos entrecerrados, sintiendo la sangre hervirme en las venas. No me gustaba esta dinámica. Era yo la que debía estar al mando de la situación, la que tenía la última palabra. Pero él, con su maldita calma, su actitud de tipo seguro de sí mismo y su jodida sonrisa torcida, me sacaba de quicio.

Inspiré hondo y solté el aire despacio.

—Eres insoportable —dije.

—Gracias, el sentimiento es mutuo.

Nos quedamos mirándonos un instante, midiendo fuerzas. Ninguno de los dos iba a ceder, eso estaba claro. Al final, Germán miró otra vez al espantapájaros y negó con la cabeza.

—No te voy a dar el gusto de quitarlo —dijo—. Se queda ahí.

Parpadeé.

—¿Qué?

—Si querías provocarme, te has pasado de lista. Ahora, todo el pueblo va a ver lo mucho que piensas en mí cada vez que pasen por aquí. Porque diré, obviamente, que lo has hecho tú a quien me pregunte.

Abrí la boca para replicar, pero él ya se estaba alejando, con esa maldita risa en los labios.

—Nos vemos luego, Madrid.

Me quedé allí, con las manos en las caderas y la rabia burbujeando en mi interior, mientras Germán se marchaba con aquella inesperada victoria en el bolsillo.

CAPÍTULO 15

Después de mi gloriosa hazaña con el espantapájaros, decidí que lo mejor era encerrarme en casa y estarme tranquilita el resto del día. No porque tuviera miedo a una posible represalia de Germán —qué va—, sino porque llevaba días sin hacer absolutamente nada de provecho y empezaba a sentir que el pueblo me estaba absorbiendo.

La idea inicial había sido venir aquí a refugiarme, a coger aire, a desconectar del desastre en el que se había convertido mi vida. Hasta ahí, bien. Pero en lugar de eso, me encontraba persiguiendo gallinas, discutiendo con un ganadero macizo y gastándole bromas absurdas que, para colmo, me divertían más de lo que deberían. No podía seguir así. Si no ponía remedio pronto, acabaría tirándole los trastos a Germán o, peor aún, liándome con él a lo grande. Y eso sí que no.

No le iba a dar ese gustazo.

Así que me senté de una vez por todas con el ordenador en la mesa del salón —nada de estar repanchigada en el sofá— y abrí mi currículum.

Lo repasé con ojos críticos. Periodista *freelance* con experiencia en redacción de contenido digital. Traducción de inglés y francés. Trabajo en equipo. Gran capacidad de adaptación. O lo que era lo mismo: disponibilidad absoluta para que cualquier empresa me explotara por cuatro duros.

Suspiré.

La abuela volvería de su escapada con las vecinas al día siguiente, el domingo por la noche. Eso significaba que tenía todo el fin de semana para mí sola. Y aunque mi intención era hacer algo productivo, la verdad era que lo que más me apetecía era una noche de película y palomitas.

Así que el sábado al anochecer, después de reconstruir mi pobre currículum, me instalé en el sofá con una manta, un bol de palomitas y mi portátil preparada para ver una buena peli de terror.

Estaba en mi salsa: en un caserón antiguo, con las luces tenues y la banda sonora y los gritos retumbando en la sala.

Hasta que lo vi.

Primero, una sombra en la ventana.

Mi corazón se detuvo un instante. Luego empezó a bombear como loco.

Me incorporé lentamente, entrecerrando los ojos. No podía ver bien, pero había alguien ahí fuera. En el patio, junto a la ventana del salón. Podía ver perfectamente una silueta inmóvil gracias a la farola de la calle.

Oí un ruido.

Mis piernas quisieron salir corriendo, pero mi orgullo me ancló al suelo. No iba a ser la típica protagonista idiota que se esconde debajo de la cama mientras el asesino la acuchilla.

Así que me levanté y cogí un garrote que la abuela guardaba detrás de la puerta—probablemente para ahuyentar a cualquier posible ladrón, o a mí en caso de que me pusiera pesada—y avancé con pasos cautelosos.

Inspiré hondo, abrí la puerta de golpe y levanté el palo, preparada para lo peor.

Y entonces grité.

No porque hubiera alguien acechando. Sino porque, justo ahí, en la ventana, se encontraba el maldito espantapájaros.

Pero no como lo había dejado yo.

No.

Le habían cambiado la postura, como si estuviera apoyado con una mano en la cadera. También tenía un bolso y le habían pintado unos labios rojos y unas pestañas. Y colgando de su cuello había un cartel con un mensaje claro y conciso:

GERMÁN 5 - ASTRID 1

Me quedé boquiabierta.

—¿¡Cómo que cinco a uno!?

Vale que devolverme la broma con el espantapájaros era una jugada sucia, pero ¿de dónde salía el cinco?

Retrocedí un paso, analizando la situación.

No me había dado cuenta de que la noche estaba tan cerrada. Las sombras de los árboles se proyectaban en el suelo como dedos huesudos, y una ráfaga de viento hizo crujir la madera de la puerta.

—Muy gracioso, Germán —murmuré, cruzándome de brazos.

Pero él no estaba allí. Miré de un lado a otro, buscando alguna señal de que estuviera espiándome entre los arbustos de la calle. Nada. Probablemente había soltado allí su cagadita y se había largado corriendo, con el rabo entre las piernas.

Me acerqué al espantapájaros y le di un empujón en el pecho. Se tambaleó, pero se mantuvo en pie con su aire desafiante.

—¿Cinco a uno? —repetí en voz baja, frunciendo el ceño.

Y entonces empecé a hacer memoria.

Vale. Lo del espantapájaros con el cartel de "MARCANDO TERRITORIO" había sido una.

Lo de colarse en mi casa sin avisar, también.

Lo del beso… bueno, eso no contaba, porque ahí la pringada había sido yo.

El bizcocho, verme en bragas mientras me cambiaba, reírse en mi cara mientras me estampaba de bruces en la valla que rodeaba su propiedad y me rajaba el vestido, el comentario de que no duraría ni un mes como ganadera…

—Me cago en la leche.

Sí, las cuentas salían.

Retrocedí, mirando de nuevo la silueta del espantapájaros, y no pude evitarlo.

Me eché a reír.

Era una risa mezcla de frustración, incredulidad y diversión.

Porque, maldita sea, el cabrón tenía estilo para devolver las jugarretas.

Y lo peor de todo es que no podía dejarlo así.

No podía permitir que Germán se creyera vencedor de esta guerra absurda.

Inspiré hondo, recomponiéndome.

—Vale, vaquero —susurré, señalando al espantapájaros como si él pudiera transmitírselo telepáticamente—. Esto no se ha terminado aquí.

Me giré sobre mis talones y volví a entrar en casa, ya sin rastro del miedo que había sentido minutos atrás.

Ahora solo tenía un objetivo: igualar el marcador.

Y, si podía, ganarle.

Y sabía exactamente cómo.

CAPÍTULO 16

Mi brillante idea se me ocurrió en plena película, justo cuando la protagonista se escondía en un armario mientras el asesino de turno afilaba un cuchillo.

—¡Pero sal de ahí, idiota! —grité a la pantalla.

Y entonces me vino. La inspiración.

Germán se había tomado demasiadas libertades con lo del marcador. Había creído que podía meterse conmigo y salirse con la suya. Pero si algo me caracterizaba era mi cabezonería (y mi mala leche). Así que, en lugar de seguir viendo la película y fingir que no me importaba, decidí que era el momento de equilibrar la balanza.

Apagué el portátil de golpe y subí a mi habitación.

Revolví mi maleta hasta encontrar un vestido corto de color negro que no había tenido ocasión de estrenar aún en el pueblo. No era precisamente práctico para la vida rural, pero servía perfectamente para lo que tenía en mente. Era uno de esos "vestidos de la venganza" que una mujer siempre tiene que tener en su fondo de armario.

Cuando terminé de arreglarme, me miré al espejo con una sonrisa satisfecha. Pelo suelto, maquillaje impecable, labios rojos. Perfecto.

Salí de casa con paso decidido, disfrutando de la ligera brisa nocturna. Mientras caminaba hacia la plaza del pueblo, me recreé en algo que me hizo sonreír aún más.

Germán me había dicho que el sábado habría otro concierto allí mismo, esta vez con un grupo distinto y, por supuesto, con el *food truck* de las hamburguesas pringosas y rezumantes.

Pero yo no tenía hambre.

Más bien tenía sed. De venganza.

Y aquella era la oportunidad perfecta.

Cuando llegué, la plaza ya estaba animada. Eran las once de la noche. La música sonaba, la gente charlaba con cervezas en la mano y las luces colgantes iluminaban el ambiente con una calidez agradable.

Pero yo tenía otro objetivo.

Mis ojos recorrieron el lugar hasta que lo encontré.

Sergio.

El chico con el que me lié a los dieciséis.

Sonreí con picardía y me acerqué a él con paso firme.

—¿Sergio?

Él tardó un par de segundos en reconocerme, pero en cuanto lo hizo, su expresión se iluminó.

—¡No me jodas! ¡Astrid! Otra vez por aquí…

Su abrazo me pilló por sorpresa, pero me dejé llevar.

—Sí, no hay mucho más que hacer —dije, echándole una mirada calculadora—. Oye, ayer no pudimos hablar mucho.

—Lo sé, y me fastidió. Sigues igual de guapa, ¿sabes?

Le lancé una sonrisa ladeada, disfrutando del halago. No es que me interesara realmente, pero necesitaba que pareciera que sí.

Así que me dediqué a tontear con él.

Reí a carcajadas cuando me contó alguna anécdota absurda del pueblo, jugueteé con mi pelo mientras hablábamos y, en más de una ocasión, me aseguré de tocarle el brazo con disimulo.

No tenía prisa.

La idea inicial era que algún cotilla del pueblo viera la escena y corriera a contárselo a Germán.

Pero no hizo falta.

Porque cuando menos lo esperaba, sentí una mirada clavada en mí.

Levanté la vista y ahí estaba.

El mismísimo Germán.

Apoyado contra un poste de madera, con los brazos cruzados y esa expresión entre cínica e irritada que parecía marca de la casa.

Y para mi sorpresa, no apartó la mirada ni un solo segundo.

Me recorrió de arriba abajo con esos ojos oscuros que parecían querer descifrar cada movimiento que hacía.

Sergio no se percató de su presencia.

—Oye, Astrid —susurró, poniendo una cerveza en mi mano e inclinándose hacia mí—. ¿Recuerdas aquel verano?

—Mmm… vagamente —mentí.

—Podríamos recordar viejos tiempos, ¿no?

Vi cómo se acercaba y supe que estaba a punto de besarme.

Esperaba que Germán reaccionara. Que hiciera algo. Que al menos pusiera cara de fastidio.

Pero lo que hizo fue otra cosa.

Dio unas cuantas zancadas, plantándose justo a mi lado y, sin darme tiempo a reaccionar, me agarró de la mano y me arrastró lejos de allí.

—¡Eh! —protesté, tratando de zafarme—. ¿Se puede saber qué haces?

Me quitó el vaso.

—Sacarte de una situación estúpida. Y por cierto, no se te ocurra beberte nada de lo que te dé ese cabrón —espetó, sin mirarme.

Me detuve en seco, obligándolo a soltarme.

—¿Ah, sí? —puse las manos en las caderas—. ¿Y desde cuándo decides tú en qué situaciones puedo o no meterme?

Germán bufó y se pasó una mano por el pelo, visiblemente frustrado. Seguimos andando a trompicones hasta abandonar la plaza.

—No tienes ni idea de quién es Sergio ahora.

—¿Y qué más da?

—Es un capullo, Astrid. Uno de esos que se meten en líos. Créeme, te he hecho un favor.

—¿Un favor? —solté una carcajada sarcástica—. Lo que has hecho ha sido actuar como un novio celoso.

Germán me miró fijamente, como si estuviera decidiendo si merecía la pena seguir discutiendo.

—Déjalo, no lo entenderías —dijo finalmente.

—¿No lo entendería? —exclamé—. Pues lo que sí entiendo es que tienes la cara más dura que el cemento. ¡Me has dejado el maldito espantapájaros en el patio! ¿Tú estás bien de la cabeza? Podría irme

al cuartel de la Guardia Civil ahora mismo y denunciarte por colarte en mi propiedad.

—¿Tu propiedad? Déjame que me ría. Y por cierto, tú te colaste en mis tierras primero.

—¡Eso no es lo mismo!

—Claro que sí.

—¡Que no!

Nos quedamos así, en un duelo silencioso, respirando agitadamente.

Fue entonces cuando fui consciente del cielo. Las estrellas habían desaparecido hacía un rato.

El primer trueno retumbó en la distancia y una gota de lluvia cayó sobre mi mejilla.

En cuestión de segundos, el cielo se rompió en un aguacero.

—Genial —murmuré, pero no me moví.

Germán tampoco.

La lluvia nos empapó en cuestión de segundos. El pelo se me pegó a la cara, el vestido se ciñó aún más a mi cuerpo, pero no me importó.

Porque en ese momento solo existía él y la rabia que nos consumía.

Y antes de poder frenarme, antes de poder pensar en las consecuencias, me impulsé sobre la punta de los pies y lo besé.

Lo besé con ganas, con rabia, con una mezcla de frustración y deseo que no supe de dónde venía.

Y él me correspondió.

Sus manos se aferraron a mi cintura y me atrajo más hacia él, como si no soportara la distancia entre nuestros cuerpos ni un segundo más.

No sé cuánto duró.

Solo sé que, cuando finalmente me separé, con la respiración entrecortada y el pulso acelerado, la realidad me golpeó de lleno.

Lo miré con los ojos abiertos de par en par, horrorizada.

—Mierda.

Germán sonrió.

—Vaya.

—No —negué con la cabeza, dando un paso atrás—. No, no, no.

Él no se movió.

—Astrid…

—Esto no ha pasado —solté, girándome sobre mis talones y echando a correr bajo la lluvia.

Pero, por mucho que quisiera negarlo, había pasado. Dos veces, de hecho.

Y me aterrorizaba lo mucho que me había gustado.

Otra vez.

CAPÍTULO 17

El sonido de la lluvia golpeando el tejado tenía algo hipnótico. Me había despertado temprano, con la sensación de haber dormido poco y mal, y después de dar un par de vueltas en la cama sin éxito, decidí que lo mejor era levantarme.

Era domingo y estaba en el patio, con una taza de café caliente entre las manos, viendo cómo las gotas resbalaban por las baldosas de piedra. Las gallinas se movían a mi alrededor, picoteando el suelo con absoluta indiferencia a la tormenta que caía. Les había abierto la jaula para que pasearan.

Ojalá pudiera ser como ellas.

Pero no.

Yo tenía un huracán en la cabeza.

Y todo por culpa de Germán.

Me pasé una mano por la cara, frustrada. Lo de anoche había sido una locura. Una maldita locura. No podía creer que lo hubiera besado. Que nos hubiéramos besado. Oficialmente.

Y lo peor no era eso.

Lo peor era que me había gustado.

Mucho.

Suspiré y apoyé los codos sobre la mesa de madera. Aquello era el día de la marmota. No podía sacarme de la cabeza la sensación de sus labios sobre los míos, la forma en que me había sujetado, el calor de su cuerpo bajo la lluvia…

Maldición.

Esto no tenía remedio.

Germán y yo chocábamos demasiado. Nos pasábamos el día discutiendo, picándonos, provocándonos… y al final, siempre terminábamos buscándonos de una forma u otra.

Y eso no podía acabar bien.

Porque la única dirección posible en la que esto iba era al desastre.

Las bromas habían escalado demasiado. Primero fue la valla, luego el espantapájaros, el marcador… Si seguíamos así, íbamos a terminar perdiendo el control por completo.

Y yo no estaba en condiciones de perder nada más.

Apreté la taza de café entre las manos y tomé una decisión.

Tenía que irme.

Una semanita en el pueblo había sido más que suficiente.

El plan inicial siempre había sido quedarme en Valdemesa el tiempo justo para respirar, para recomponerme después de la catástrofe en Madrid. Pero lo que estaba haciendo aquí no tenía nada que ver con eso.

Me había distraído con bromas estúpidas y juegos infantiles con un hombre que me sacaba de quicio.

Había sido un error.

Un error divertido, vale.

Pero un error, al fin y al cabo.

Así que se acabó.

Me iría del pueblo.

Aceptaría la oferta de mi madre, me instalaría en su casa hasta encontrar otro trabajo y pondría en orden mi vida.

Sería una adulta responsable. Una Astrid madura y centrada.

Sí. Ese era el plan.

La abuela regresaría de su excursión esa tarde, así que le comunicaría mi decisión en cuanto llegara.

Y en cuanto a Germán…

Bueno…

Lo mejor era irme antes de que todo se descontrolara aún más.

Pasé la tarde dando vueltas por la casa, incapaz de concentrarme en nada. Había intentado hacer la maleta, pero después de meter un par de cosas, me quedé mirando la ropa sin saber muy bien qué estaba haciendo. Luego me fui a la cocina, pero ni siquiera tenía hambre. El café de la mañana me seguía pesando en el estómago.

Cuando escuché el motor de un coche detenerse frente a la casa, supe que la abuela había llegado. Su amiga Marisa la traía de vuelta

a casa.

Suspiré y me asomé a la ventana. Allí estaba, bajando del coche con su maleta pequeña y una bolsa de plástico llena de lo que seguramente serían dulces o embutidos que alguna de sus amigas del viaje le había regalado.

Me froté la cara con las manos y me preparé para la conversación que estaba a punto de tener.

—¡Astrid! —llamó desde el patio, sacudiéndose unas gotas de agua de la chaqueta—. Menuda tarde más fea se ha quedado, ¿no?

—Ya ves —respondí, obligándome a sonreír mientras le ayudaba con la maletita—. ¿Qué tal la excursión?

—Bien, bien —dijo, entrando en la casa—. Mucha caminata y demasiado vino. Yo ya no estoy para estos trotes. Y Paquita casi se nos despeña por culpa de la sangría, pero nada grave.

Me reí, aunque sin demasiada energía.

—¿Y tú? —preguntó, colgando la chaqueta en el perchero y mirándome de arriba abajo—. Tienes una cara…

—Estoy bien —mentí, apoyándome en la mesa de la cocina.

La abuela entrecerró los ojos.

—Ajá.

Me sostuvo la mirada en silencio durante unos segundos antes de empezar a rebuscar en la bolsa de plástico.

—Te he traído tortas de anís —dijo, sacando un paquete y dejándolo sobre la mesa—. Como las que te gustaban de pequeña.

—Gracias.

—¿Seguro que estás bien?

Suspiré.

—En realidad… estaba pensando en marcharme esta semana. De vuelta a Madrid.

La abuela dejó la bolsa en la encimera y se cruzó de brazos.

—¿Ah, sí?

—Sí. Ya va siendo hora, ¿no? No puedo quedarme aquí para siempre. Tengo que buscar trabajo, ver qué hago con mi vida…

—Ajá —repitió, con el mismo tono escéptico de antes—. ¿Y esto… lo has decidido tú solita o tiene algo que ver con Germán?

Sentí un pinchazo de incomodidad en el estómago.

—¿Por qué iba a tener que ver con Germán?

La abuela alzó una ceja.

—Pues no sé, hija. Porque llevas días haciendo el tonto con él. Porque os traéis unas discusiones absurdas que no tienen ni pies ni cabeza. Porque te pasas el día refunfuñando sobre lo insoportable que es mientras vas y lo besas.

Me atraganté con mi propia saliva.

—¿Qué?

—¿Qué de qué?

—Que cómo… —me aclaré la garganta—. Yo no he besado a Germán.

—Ah, no.

—No.

—Vaya.

Su expresión me decía que no se tragaba ni una palabra.

—No sé de dónde sacas esas ideas —insistí, sin atreverme a mirarla directamente.

—Oh, no te preocupes, no hace falta que me lo cuentes. Te recuerdo que esto es un pueblo y las noticias vuelan. Y además, ya me ha quedado bastante claro con lo que me he encontrado en el patio.

La miré, confundida.

—¿Qué?

La abuela sonrió con cierta malicia.

—Hay un espantapájaros ahí fuera, Astrid.

—Oh.

—Un espantapájaros vestido como Germán y con un cartel en la espalda que dice "GERMAN 5 - ASTRID 1"… No sé, no soy detective, pero…

Me tapé la cara con las manos.

—Eso no significa nada.

—Claro que no.

—Solo era una broma ridícula.

—Ajá.

—No tiene nada que ver con nada.

—Seguro.

Resoplé, exasperada.

—Mira, da igual. Lo que quiero decir es que no quiero saber nada de los hombres por un tiempo. Me han complicado la vida suficiente.

La abuela me miró en silencio durante unos segundos. Luego suspiró.

—Haces bien.

Me sorprendió su respuesta.

—¿En serio? Hace un par de días querías casarme y ahora…

—Bah. En serio —asintió—. No hace falta que te metas en ningún lío si no te apetece. A veces lo mejor es quedarse tranquila con una misma.

Me quedé un momento en silencio, asimilando sus palabras. Vaya, vaya. Cómo volaban las noticias en el pueblo. ¿Quién nos habría visto? La abuela ya se había enterado de que había habido tema…¡y eso que ni siquiera estaba en el pueblo cuando pasó!

Quizá tenía razón.

Lo mejor que podía hacer era salir de Valdemesa antes de que todo esto con Germán se volviera aún más complicado.

CAPÍTULO 18

Lunes. Uf. Me desperté con la firme determinación de largarme del pueblo de una vez por todas. Ya había estirado más de la cuenta mi estancia en Valdemesa y estaba claro que no me estaba haciendo ningún bien.

Había venido aquí para esconderme, para recomponer mi vida… y lo único que había conseguido era enredarme en una guerra absurda con Germán y besarlo bajo la lluvia como si estuviera en una telenovela barata.

No. Era hora de irme.

Me levanté de la cama y, tras un café rápido, cogí el portátil para buscar horarios de autobuses. Ahí llegó el primer golpe del día. Me acordé de lo que me dijo el del tractor.

—Olvídate —dijo la abuela Remedios desde la mesa, hojeando el periódico como si no estuviera destruyendo mis planes—. Cambiaron la línea la semana pasada. Ahora solo pasa los miércoles y viernes.

—¿Qué? —solté, casi escupiendo el café.

—Lo que oyes.

—¿Y qué hago? ¿Quedarme hasta pasado mañana sentada en mi maleta como una idiota?

—O puedes buscar a alguien que te lleve al pueblo vecino. Desde allí puedes pillar el bus al siguiente pueblo, que ya tiene tren.

—¿Estás de coña? ¿Tengo que hacer trasbordo de pueblo en pueblo para salir de aquí?

—No hubieras venido —respondió Remedios con la tranquilidad de quien lo ve venir desde el minuto uno.

Resoplé y me dejé caer en la silla, frotándome la sien con los dedos. Estaba atrapada. Atrapada en un pueblo de menos de quinientos habitantes, con un espantapájaros con los morros rojos,

vestido de Germán en el patio y una tensión sexual que amenazaba con explotar en cualquier momento. Fantástico.

—Por cierto —continuó la abuela, sin levantar la vista del periódico—, he estado pensando en ese tal Sergio.

—¿Eh?

—El chico ese que te rondaba en aquel verano…Le he preguntado a Paquita por él.

Sentí un escalofrío al recordar a Germán arrastrándome fuera de la plaza, justo cuando Sergio iba a besarme.

—¿Y qué pasa con él?

La abuela dejó un momento la ropa que estaba doblando y me miró con seriedad.

—No quiero meterte mucho donde no me llaman, pero he oído cosas feas sobre él.

Me enderecé en la silla.

—¿Feas cómo?

—Que tuvo problemas judiciales hace unos años. Algo de alterar bebidas en bares para aprovecharse de chicas.

El café se me quedó atascado en la garganta.

—¿Qué? ¿Entonces eso es verdad?

—Nunca lo condenaron porque no hubo pruebas suficientes, pero en el pueblo la gente habla.

Me quedé en silencio, asimilando la información.

Sergio parecía un idiota inmaduro, pero nunca me imaginé que pudiera ser peligroso.

—Pues vaya —murmuré, revolviendo el café sin ganas.

—Tú verás lo que haces, pero si quieres mi consejo, mejor mantente lejos de él.

Me estremecí y aparté la taza. Como si la mañana no pudiera ir peor, ahora tenía que sumar a la lista de problemas el hecho de que casi me lío con un posible depredador.

Y entonces sonó mi móvil.

Lo cogí sin pensar y vi que tenía un mensaje de mi amiga Marina:

¿Astrid? ¿Bali?

Fruncí el ceño.

Justo después, otro mensaje con un enlace.

Hice clic en él y mi estómago se retorció. Era una publicación de Instagram de uno de los grupos que habían tocado en la plaza del pueblo el sábado. La foto mostraba al público… y allí, entre la multitud, se me veía a mí perfectamente.

La boca se me secó.

No. No. No.

—Mierda —susurré, sintiendo cómo un sudor frío me recorría la espalda.

No era una imagen comprometedora ni nada, pero el problema era el contexto. Desde que llegué aquí, me había asegurado de que nadie supiera dónde estaba. Mi historia oficial era que estaba en Bali, meditando, sanando y bebiendo zumos de coco o alguna chorrada por el estilo.

Pero ahora…

Ahora cualquiera que viera esa foto sabría que estaba en España. O al menos, que había estado el sábado en la plaza del pueblo de Valdemesa.

Cualquiera, incluyendo a mis amigas, mi ex y todo aquel que estuviera pendiente de las redes o de aquel ridículo grupo.

Sentí un nudo en el estómago.

—¿Algo malo? —preguntó Remedios.

—Todo —murmuré, tirando el móvil sobre el sofá.

—¿Te ha salido una nueva cana o qué?

—Más bien se me ha caído el tinte entero.

Suspiré y me pasé las manos por la cara.

—Marina me ha mandado una foto de Instagram —dije finalmente—. En la que salgo yo. En el concierto ese absurdo del sábado en la plaza.

Remedios frunció el ceño.

—¿Y qué?

—¿Cómo que "y qué"? ¡Todo el mundo cree que estoy en Bali!

Mi abuela me miró con la ceja arqueada.

—¿Y para qué dijiste semejante tontería?

—Para que me dejaran en paz.

—Pues mira qué bien te ha salido.

Puse los codos en la mesa y enterré la cara en las manos. Remedios dejó la labor a un lado y dio un sorbo a su café.

—A ver, niña, ¿de verdad crees que puedes huir de todo solo con una mentira, aunque sea inocente y ridícula?

Me removí en la silla, incómoda.

—No es solo una mentira…

—¿Ah, no?

La abuela Remedios apoyó los brazos en la mesa y me miró.

—Te fuiste de Madrid huyendo. ¿De qué exactamente?

Abrí la boca para responder, pero me di cuenta de que ni siquiera yo tenía una respuesta clara.

Huir de mi ex, huir de mi extrabajo, huir del incendio de mi expiso, huir de todo lo que me recordara que mi vida había hecho aguas.

—Es complicado —murmuré.

—Claro que lo es. Pero no por estar en un pueblo perdido los problemas desaparecen. Se quedan ahí acechándote, esperando tranquilamente a que vuelvas.

Me mordí el labio.

—Abuela… ¿Crees que he hecho mal viniendo aquí?

Mi abuela suspiró y se cruzó de brazos.

—No, hiciste lo que tenías que hacer en ese momento. Además, supongo que nos debíamos este tiempo juntas. Pero ahora estás en un punto en el que tienes que decidir. ¿Te quedas o te vas?

Miré por la ventana. Seguía lloviendo. El cielo gris cubría todo el pueblo y la lluvia golpeaba el patio empedrado con un ritmo constante.

No lo sabía. No sabía qué quería. Pero lo que sí tenía claro es que todo lo que había construido en los últimos años se había desmoronado. Y en mi supuesto refugio no me estaba yendo mucho mejor. ¡Ah! Y solo era lunes.

CAPÍTULO 19

—¡Madrid!

Escuché el grito alto y claro desde la cocina y casi se me cayó la tostada de la mano.

No podía ser *él* otra vez.

Pero, claro, ¿quién si no?

—Creo que te llaman —dijo la abuela sin apartar la vista de su costura.

Dejé mi taza sobre la encimera y me acerqué a la ventana que daba a la calle. Ahí estaba. Germán, apoyado contra su furgoneta, con la chaqueta abierta y ese aire de suficiencia tan suyo. Inmune al mal tiempo.

—¿Qué quiere ahora? —bufé.

—Espero que venga a por el espantapájaros —respondió la abuela, sin la más mínima emoción en la voz—. No lo va a dejar aquí para siempre.

—Pues se lo podía haber llevado anoche, cuando se coló en el patio.

—A lo mejor quería que lo vieras primero.

Suspiré largo y tendido. No sé si estaba preparada para ver a Germán. Lo que de verdad me apetecía era esconderme dentro de algún armario, pero si hacía eso la abuela sospecharía que algo había pasado…Era muy intuitiva.

—¿Y ahora qué hago?

—Salir —respondió la abuela sin levantar la vista—. Aunque si quieres, le digo que no estás.

—No, porque luego entrará con alguna excusa absurda.

Tomé aire y salí al patio. Ya estaba escampando.

—¿Qué pasa? —pregunté, cruzándome de brazos.

Germán me dedicó una media sonrisa.

—Vengo a por mi espantapájaros.

—Ah, ¿ahora es tuyo?

—Pues claro. Aunque después de tantos vaivenes, no sé si me servirá de algo.

—Lo convertí en una obra de arte, reconócelo —repliqué, alzando la barbilla.

—Claro, claro. Muy creativo lo de "marcando territorio" —respondió con sarcasmo—. ¿Esa fue idea tuya o de la gallina que te hace compañía?

Fruncí el ceño.

—¿Quieres el espantapájaros o no?

—Sí, pero no lo voy a meter solo ahí dentro.

—Ah, qué encima quieres que te ayude.

Germán resopló.

—Anda, échame una mano.

—Yo no cargo peso, Germán.

—Solo necesito que me abras la verja. Y además, que sepas que en el campo se ayuda.

—¿Y en el campo también se cuelan en patios ajenos?

Él se rió entre dientes y negó con la cabeza.

—Vale, Madrid. Si no quieres ayudarme ahora con el espantapájaros, entonces ponte las pilas, vístete y vente al campo conmigo.

Abrí la boca, atónita.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes. Vamos a plantar al espantapájaros y luego me echas una mano con unas tareas.

El descaro.

El atrevimiento.

—¿Quién ha dicho que yo quiero ir al campo contigo?

Germán ladeó la cabeza, con una media sonrisa.

—¿Te da miedo trabajar un poco?

Gruñí, enseñándole los dientes. ¿Estaría pensando, exactamente igual que yo, en lo que pasó entre nosotros el sábado por la noche?

—No me da miedo. Es solo que… ¿por qué demonios iba a hacer eso?

—Porque te lo estoy pidiendo.

—Esa no es razón suficiente.

La abuela carraspeó desde el umbral de la casa.

—Parece que Astrid nos deja y se nos vuelve a Madrid.

Germán parpadeó. La media sonrisa desapareció de golpe.

—¿Ah, sí?

—Sí —dije, sintiéndome extraña al verlo reaccionar así—. En cuanto consiga transporte. No es fácil salir de aquí, ¿sabes? Este pueblo es como el día de la marmota.

Me crucé de brazos, esperando alguna respuesta irónica o una de sus pullas. Pero en lugar de eso, Germán bajó la vista un momento, como si estuviera calculando algo, y luego me miró de nuevo con una expresión diferente. Algo parecido a… ¿decepción? No. Imposible.

—Entonces, con más razón. Venga, Madrid, que te queda poco tiempo para aprender algo útil.

Se me ocurrió algo. A lo mejor, si era un poco menos borde con él, considerando además mi pequeño desliz nocturno en el que me caí y me choqué con su boca, tal vez podría conseguir que Germán me llevase en aquella cochambrosa furgoneta a algún sitio civilizado con estación de tren.

Aún así, me quejé un poco más.

—De verdad, ¿qué te hace pensar que quiero irme contigo al campo?

—Que si no vienes, me veré obligado a dejar el espantapájaros aquí un par de días más.

—¡Eso es chantaje!

—Yo lo llamo motivación.

Resoplé.

—No tengo ropa de trabajo.

—Ponte lo que quieras.

—¿Y si no quiero?

—Pues nada, te quedas aquí a lamentarte de tus mentiras de Instagram.

Abrí la boca, ofendida.

Vale, ese había sido un golpe bajo.

Pero lo peor es que tenía razón. No había dejado de darle vueltas a la maldita foto en la que me habían pillado. Todo mi plan de escape perfecto se estaba desmoronando y yo no tenía ni idea de cómo contenerlo.

La abuela intervino antes de que pudiera soltar una réplica.

—Anda, niña, aire. Que estar todo el día encerrada no es bueno. Y además ya ha parado de llover. Y ponte unas botas si no quieres mancharte de barro esas zapatillas blancas.

—¡Abuela! ¡Que tú deberías defenderme!

—Te estoy haciendo un favor —respondió con calma, volviendo a su costura.

Volví a mirar a Germán. Su expresión era pura seguridad, como si supiera que iba a ganar todas nuestras batallas.

Lo odié un poquito en ese momento. Odié su chulería, su manera de hacerme sentir que tenía todo bajo control. Porque yo no tenía nada bajo control.

—No vas a parar hasta que acepte, ¿verdad?

—Ni lo sueñes.

—Eres insoportable.

—Y tú sigues aquí discutiendo en vez de ir a cambiarte.

Grité de pura frustración y subí las escaleras.

—Voy a necesitar terapia después de esto —murmuré, subiendo las escaleras.

—¡Asegúrate de que sea un terapeuta con mucha paciencia! —gritó Germán, ya desde el patio.

Diez minutos después, salí con unos vaqueros viejos, una sudadera y las botas que me había prestado la abuela.

Germán silbó con sorna.

—Vaya, te sienta bien la moda rural.

—Cállate y conduce.

Me subí en la furgoneta, cerré la puerta con un golpe y me abroché el cinturón con todo el dramatismo del que era capaz.

—Si me matas en el camino, que quede claro que fue un homicidio.

—Ja, ja. Dios, pero qué macabra eres, Madrid —respondió con una sonrisa, encendiendo el motor—. Aunque lo más probable es

que termines matándome tú de un disgusto.

Me crucé de brazos y miré por la ventanilla mientras él arrancaba.

Lo que más me fastidiaba de todo esto no era que Germán me sacara de quicio con su actitud ni que me obligase a hacer cosas que no tenía previstas.

Lo jodido era que, en el fondo, parte de mí quería subir a esa camioneta.

Quería ver hasta dónde podía llegar todo esto.

Y eso era lo que más me asustaba. ¿Y si él me convencía para que no me fuese? A lo mejor no era que eso me asustara. Tal vez solo era que…lo deseaba.

CAPÍTULO 20

Obviamente, ninguno de los dos hizo la más mínima referencia a nuestro beso lluvioso del sábado por la noche.

Ni una palabra. Ni una mirada significativa. Nada.

Era como si nunca hubiera ocurrido.

Excepto por el pequeño detalle de que, cada vez que me rozaba accidentalmente al ajustar el espantapájaros en medio de sus viñedos, se me erizaba la piel. O por el hecho de que, cuando nos cruzábamos la mirada, yo notaba un calor incómodo en el estómago, como si me hubiera tragado una copa entera de vino sin respirar.

Pero, más allá de eso, todo normal.

—Sujétalo ahí —ordenó Germán, sacudiendo el poste para asegurarse de que estaba bien clavado en la tierra.

—¿Sabes? Esto empieza a parecerse a una metáfora de nuestras interacciones —comenté, ajustando la camisa vieja y deshilachada que vestía el espantapájaros—. Tú insistes en que esté aquí, yo intento que no se caiga, pero al final, todo es un desastre.

Germán me dedicó una mirada de reojo.

—Si es una metáfora, es una bastante mala.

—Oh, perdón, olvidé que ahora eres crítico literario.

—No, pero soy bueno en lo que hago —respondió con una media sonrisa—. Y si un espantapájaros se cae, lo vuelvo a levantar.

Sus palabras, simples y directas, me hicieron tragar saliva.

¿Por qué tenía que decir cosas así, como si estuviera hablando de un muñeco de trapo y no de… mí?

Sacudí la cabeza y me concentré en sujetar la estructura de madera mientras él terminaba de fijarla. Cuando dio un par de golpes al suelo con la bota y se enderezó, se quedó observando su obra con los brazos cruzados.

—Ahí está —murmuró, satisfecho—. Otra vez en su sitio.

—Maravilloso. Ya puedo irme a casa con la conciencia tranquila.

—Eso si no cambias de opinión y al final decides quedarte en Valdemesa —dijo él con un tono ligero, pero sus palabras claramente escondían algo más.

Tragué saliva y me limpié las manos en los vaqueros.

—Te aseguro que eso no pasará.

Germán se giró lentamente para mirarme.

—¿Y por qué tanta prisa por largarte?

No me lo esperaba tan directo.

—Porque tengo que buscar trabajo.

—Eso podrías hacerlo desde aquí.

—Porque mi vida está en Madrid.

—¿Seguro?

Me quedé sin palabras un segundo.

—¿De qué otra forma podría ser?

—No sé, a veces parece que no tienes mucha prisa por volver.

—¡Claro que tengo prisa! Esto solo ha sido un paréntesis temporal. Una visita a mi abuela. Tengo que volver a la realidad, Germán.

—¿Ah, sí?

—¡Sí!

Él me sostuvo la mirada y todo apuntaba a que no pensaba apartarla.

—¿Entonces qué haces aquí ahora?

Abrí la boca, pero no supe qué responder. Porque la verdad era que no lo sabía. No entendía por qué, si tan claro tenía lo de irme, me había subido en su furgoneta sin rechistar.

Y menos aún por qué estaba disfrutando tanto de estar aquí.

Germán pareció captar mi desconcierto y sonrió de lado.

—Eso pensaba.

Gruñí y le di un empujón en el brazo.

—Eres insoportable.

—Y tú eres la que no sabe lo que quiere.

—¡Sí que lo sé!

—¿Ah, sí? Dímelo.

—Quiero… —cerré la boca en seco. Porque lo que estaba a punto de decir era: *Quiero besarte otra vez*.

Mierda.

Él arqueó una ceja, expectante.

—¿Quieres…?

—Nada —resoplé, dándome la vuelta—. Vámonos de aquí, ya hemos terminado.

—Aún no.

Me giré con exasperación.

—¿Qué más hay que hacer?

—Un par de cosas en el cobertizo. Necesito hacer un poco de inventario y saber exactamente cuánto fertilizante nos queda…

Le lancé una mirada desconfiada.

—Si esto es otra excusa para fastidiarme, te juro que…

—Nada de trampas esta vez, Madrid. Lo prometo.

Su voz era sincera. Pero lo que no me gustó fue la forma en la que su mirada descendió fugazmente hasta mis labios antes de darse la vuelta y caminar hacia el cobertizo.

No me gustó porque me hizo pensar en lo mismo.

Le seguí con pasos inseguros, sintiéndome como una mosca metiéndose de cabeza en la tela de una araña.

El cobertizo estaba oscuro y olía a madera vieja y a tierra mojada, pero por suerte estaba limpio y ordenado. Germán entró primero y encendió una luz amarillenta. Se inclinó sobre una mesa de trabajo llena de herramientas y empezó a revisar algunas cosas.

Yo, en cambio, me quedé en la puerta, sin atreverme a cruzar el umbral.

Porque sabía que, en cuanto lo hiciera, algo iba a pasar.

—¿Vas a quedarte ahí o piensas ayudarme? Cuanto antes terminemos, antes nos vamos —preguntó sin mirarme.

Respiré hondo y di un paso más hacia dentro.

—Dime qué hay que hacer.

—Pásame ese bote de allí.

Cogí el bote y se lo tendí. Cuando lo tomó, nuestras manos se rozaron apenas un segundo.

Pero fue suficiente.

Levanté la vista y me encontré con la suya.

Sus ojos oscuros eran puro fuego.

Mi corazón empezó a martillear con fuerza.

Ninguno de los dos se movió al principio.

Entonces él dejó el bote a un lado.

Y yo di un paso atrás.

Pero él avanzó.

—Astrid…

Su voz fue un susurro.

Un segundo después, me tenía atrapada contra la mesa de trabajo.

Mi respiración se aceleró.

—No… —murmuré, pero no me moví.

Él se apartó unos centímetros.

—¿No qué?

—No… esto…

—¿No quieres?

Era una pregunta trampa y lo sabíamos los dos.

Y en lugar de responder, lo besé.

Porque no había otra cosa que pudiera hacer en ese momento. Lo agarré de la camisa y lo estreché contra mi propio cuerpo.

Sus labios se encontraron con los míos con la misma urgencia con la que nos habíamos estado evitando. Sus manos atraparon mi cintura y yo me agarré a su camisa como si fuera lo único estable en este maldito pueblo.

Fue un beso desesperado, furioso.

Porque ambos nos odiábamos un poco por querer esto.

Pero lo queríamos igual.

CAPÍTULO 21

Nos movimos casi a tientas por aquel espacio mínimo y oscuro, con nuestras manos persiguiendo los pliegues de la ropa. Estaba esperando que Germán se deshiciese de mis pantalones pero en lugar de ello metió las manos por la cintura y buscó mi ropa interior.

Por supuesto, no dejó de besarme con todo el ansia del mundo.

Que yo correspondía al pie de la letra.

Noté sus dedos entre mis piernas. De repente era un poco subversivo el hecho de que un hombre que no era Hugo me tocase así, tan íntimamente, y sin embargo mi cuerpo reaccionaba generando un placer indescriptible. Me recordó un poco a mis aventuras universitarias. Solo que mucho más ardiente, claro.

Supongo que ese odio impostado y muy bien dirigido de los últimos días estaba implosionando con el inevitable choque de nuestros cuerpos.

Allí, en un cobertizo limpio y ordenado, pero húmedo y un poco sórdido. Y perfecto, para lo que los dos queríamos en ese momento. Quiero decir, ¿a quién no le gusta un polvo sucio y rápido de vez en cuando?

Mis vaqueros eran bastante estrechos y claramente Germán no tenía mucho margen de movimientos ahí abajo, pero eso no parecía molestarle. Me dio la vuelta e hizo que me refugiase en su pecho, mientras él maniobraba con su dedo pulgar, estimulando mi entrepierna.

El muy cabrón sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Y sabía hacerlo muy bien. Lo único es que no le iba a dar el gustazo de que oyese lo mucho que me estaba gustando lo que hacía.

Me revolví un poco entre sus brazos, pero en el fondo me moví lo justo para que él alcanzase mejor mi clítoris, que ya se sentía inflamado y sobreestimulado.

—Dios, estás tan húmeda…—dijo entonces—. Esto es…¿por mí?

Maldito presuntuoso.

Gruñí.

—No. Es…la situación.

Apretó un poco más. Ejerció la presión perfecta en el punto justo.

Levanté la vista para mirarlo a los ojos. Ese fue uno de los dos momentos en que Germán y yo compartimos una mirada directa y reveladora, y recé en silencio para que no entrase en una de sus estúpidas batallitas conmigo en ese momento, porque no era lo que yo deseaba.

Pero su mirada…esa mirada, era entre protectora, hambrienta y embelesada.

Como si yo de verdad le gustase.

Claro que a lo mejor me equivocaba. Lo más probable.

Se inclinó un poco más y usó la mano que le quedaba libre para acariciar mi cuello y hacer que lo girase. Me encontré de nuevo con su boca y nos besamos, al mismo tiempo que sus dedos seguían haciendo maravillas. En apenas unos instantes, pude sentir el clímax acercándose.

Y no hizo falta ni quitarnos la ropa.

Él debió notar cómo mi cuerpo se tensaba.

—¿Vas a correrte? —susurró junto a mi oído, y solo necesité esa pregunta para sentir que algo explotaba entre mis piernas y me llevaba al séptimo cielo. Levanté mis brazos y rodeé su cuello al tiempo que profería un contundente gemido. Supuse que Germán no necesitaría una respuesta más explícita.

Pero quería más, por supuesto que quería más.

Queríamos más.

Oí el inconfundible sonido de una cremallera a mi espalda, la de sus pantalones, y casi me desmayo allí mismo del gusto.

Germán me dio solo unos segundos para recomponerme mientras me quitaba del todo los pantalones. Me apoyé en lo que parecía una mesa de madera para arreglar cosas, y solo lo supuse porque estaba debajo de un panel de herramientas. Eché un rápido vistazo a

aquella superficie en la que iba a pasar…lo que tanto deseaba. Lo que llevaba días soñando, incapaz de confesarlo.

Y ya estaba. De repente estaba desnuda de cintura para abajo y él…él estaba delante de mí, completamente vestido, con todas y cada una de las piezas de ropa que traía, todavía colocadas.

Normalmente me sentiría un poco…expuesta en una situación así, pero capté enseguida esa especie de adoración cruda y casi animal que me procesaba solo con sus ojos. No, esa mirada no dejaba espacio para ninguna duda. En ese momento me di cuenta de lo emocionalmente abierto que estaba aquel hombre rudo del campo.

Y eso me ponía muchísimo.

—Quítate la ropa —le ordené.

Se rio.

—Si insistes…

Hizo exactamente lo que le había pedido. Primero la camisa y después las botas, los pantalones y los calzoncillos. Completamente desnudo ante mí, solo para mí. Dios mío, ¿qué íbamos a hacer?

Su sexo era enorme, o definitivamente más grande que otro que hubiese visto. Tendría todo el sentido ponerse nerviosa ante algo así; pero yo estaba tan excitada y tan segura de que allí dentro habíamos creado un micromundo sin consecuencias reales en el exterior, que lo único en lo que podía pensar era lo mucho que lo necesitaba dentro.

Ya. Cuanto antes.

—Por favor —susurré entre dientes—. Por favor, Germán.

Él se acercó y me agarró los glúteos, levantándome sin el más mínimo esfuerzo. Me colocó encima de su mesa y se acercó a mi entrada.

Ni siquiera me di cuenta del momento en el que me ensartó, porque los dos encajamos con la precisión de un reloj suizo. Me abracé a él y me recreé en lo bien que me llenaba. Era como si me completase.

Gemí en sus brazos y agradecí su silencio.

—Muévete —le pedí.

Lo rodeé con fuerza con mis piernas mientras contenía el aliento. Germán avanzó un poco más dentro de mi cuerpo. Noté como

soltaba el aire despacio, como a él también le gustaba demasiado aquello.

Salió un poco y volvió a entrar, y creo que le arañé la espalda. Cada vez que me embestía, cada vez que me inundaba un poco más, acariciaba un poco más la idea absolutamente descabellada de no moverme nunca más del lado de aquel hombre, de sus tierras, de su espantapájaros.

Lo notaba creciendo en mi interior y a pesar de toda mi lubricación natural, me estaba costando acomodarlo. Levanté un poco las caderas para ralentizar aquella deliciosa invasión.

—Joder, Astrid —susurró en voz baja, agarrándose a mis caderas con ambas manos—. Pedazo de mujer…

Me quedé quieta, porque no podía ser que sus palabras ardientes fuesen a desatar en mí otro orgasmo, pero es que así era. Me agarré a su cuello, respirando sobre su piel y ajustándome un poco más a su tamaño.

—¿Estás bien?

—Mmm, hmmm —fue todo lo que pude murmurar, moviendo mis caderas lo que pude, lo que aquella postura sentada me permitía. Se sentía tan bien tenerlo dentro, su polla rozaba una y otra vez mi punto G, lo estimulaba hasta hacerme ver las estrellas a plena luz del día.

—Eso es, nena. Mírate. Mira cómo disfrutas. Toda para ti, Astrid.

Entró de nuevo hacia el fondo y grité de puro éxtasis.

Y ahí Germán ya olvidó toda mesura. Empezó a follarme sin compasión, en su mesa de herramientas. Quería hablarle, de repente, quería decirle que estaba acertando con cada uno de sus movimientos, pero las palabras no me salían. Era imposible, estaba en trance. Todo lo que podía articular eran discretos y avergonzantes gemidos que evidenciaban lo mucho que estaba disfrutando con aquello.

Entonces él deslizó las palmas de sus manos por debajo de mi culo y lo levantó. Me cogió en peso de nuevo y dio unos pasos atrás. Se quedó de pie, dándome un placer indescriptible, levantándome y dejándome caer una y otra vez sobre su sexo. Era el ángulo perfecto.

—Oh. Por favor, Germán. Ahí, justo ahí. Lo…necesito…

No paró hasta que fue demasiado.

No pude controlarlo más y tuve otro orgasmo mientras él seguía entrando y saliendo. Y tampoco pude evitar trepar un poco por su cuerpo y seguir hasta el final yo misma, subiendo y bajando y desatando en él un clímax tan intenso como el mío.

Dejó escapar un gemido casi animal y fue entonces cuando me dio una última embestida. Podía sentirlo derramándose entre mis piernas. Esa fue la segunda vez dentro de aquel cobertizo en que nuestros ojos se anclaron y supe, al cien por cien, que él estaba sintiendo la misma felicidad indescriptible que yo.

CAPÍTULO 22

Cuando llegué a casa ya era de noche. La lluvia del día había dejado el aire fresco y el suelo húmedo, y el cielo sobre Valdemesa era un mar de estrellas titilantes de esas que no podían verse en Madrid. Era extraño cómo algo tan simple podía ser tan bonito. O quizás lo que realmente me parecía bonito era la sensación de bienestar que tenía en el cuerpo.

Y eso sí que era peligroso.

Empujé la puerta y entré en casa con pasos sigilosos, como si temiera que la abuela pudiera leerme la mente en cuanto me viera. Pero no hizo falta. En cuanto crucé el umbral, su mirada se levantó de su labor de punto y se clavó en mí con precisión quirúrgica.

—Qué tarde vienes, ¿no? —comentó con tranquilidad, sin dejar de tejer.

—No sabía que tuviera toque de queda —respondí, quitándome la chaqueta y dejándola sobre la silla.

—No lo tienes —dijo, ladeando la cabeza—. Pero tampoco recuerdo que hubieras dicho que ibas a pasar todo el día con Germán.

Hice una mueca.

—Es que no sabía que fuera a pasar todo el día con él.

La abuela dejó el ovillo de lana sobre la mesa y me miró con la expresión de quien ya se ha enterado de todo antes de que se lo cuenten. Aunque juraría que nadie nos había visto.

—¿Y qué tal ha ido?

Protesté un poco y me dejé caer en la silla frente a ella.

—Nada especial.

Ella arqueó una ceja.

—¿Nada especial?

—No.

—Ajá.

—No me mires así.

—¿Cómo te estoy mirando?

—Como si supieras algo que yo no sé.

La abuela suspiró, apartó las agujas a un lado y entrelazó las manos sobre la mesa.

—No necesito saber nada más de lo que ya veo. Has pasado el día entero con él, has vuelto con cara de niña satisfecha y ahora intentas convencerme de que "no ha sido nada especial".

—Pues no lo ha sido —insistí, cruzándome de brazos.

—¿De verdad?

Apreté los labios.

Porque claro que había sido especial.

Habíamos comido juntos en un restaurante pequeño del pueblo vecino, en un ambiente relajado y sin prisas. Me había sorprendido lo fácil que era hablar con él cuando no estábamos en guerra. Y después de comer, habíamos ido a su casa.

Ya la había visto antes a lo lejos, pero nunca la había visto con calma y claro, no por dentro. Era bonita. Una casa rústica, con una chimenea grande y muebles de madera maciza. Un sitio que encajaba con él a la perfección.

Habíamos hablado de todo y de nada. Sobre el pueblo, sobre la finca, sobre el perro de Germán, Floqui, que se había pasado la tarde durmiendo a mis pies como si me conociera de toda la vida.

Y en algún momento entre una anécdota y otra, me di cuenta de que él era alguien que valía la pena. Aunque aún no estuviese preparada para decirlo en voz alta.

No era solo el tío atractivo con el que había tenido un encontronazo en el campo. No era solo un capullo con el que me encantaba discutir. Era alguien con valores firmes, alguien que se preocupaba por su gente, por su trabajo, por su familia.

Y eso hacía que todo fuera aún más peligroso.

Porque si él fuera solo una distracción, sería fácil de manejar.

Pero si resultaba ser algo más que eso…

—¿Astrid?

La voz de la abuela me sacó de mis pensamientos.

Sacudí la cabeza y volví a la conversación.

—¿Qué?

—Te has quedado en la luna.

—Estaba pensando en… en lo que me dijiste esta mañana.

La abuela asintió despacio.

—¿Sobre Sergio?

Cambié de chip para disimular.

—Sí —bajé la mirada hacia mis manos—. No tenía ni idea de que… bueno, de que fuera ese tipo de persona.

—Las cosas cambian con los años —dijo ella—. Pero algunas personas no cambian para bien.

—Me alegro de que Germán me haya apartado de él —admití, aunque me costaba reconocerlo.

La abuela me miró con una sonrisa sutil.

—Eso significa que confías en su juicio.

No respondí.

Porque claro que confiaba en él.

Confiaba en que, si me decía que alguien no era de fiar, era porque tenía razones para decirlo.

Confiaba en que, si me miraba como me miró en el cobertizo, era porque sentía lo mismo que yo.

Confiaba en que, si me besaba como me había besado, era porque le resultaba igual de imposible evitarlo que a mí.

El problema era que no podía confiar en mí misma.

Porque si lo hacía, me quedaría.

Y yo no podía quedarme en el pueblo.

No porque no quisiera.

Sino porque quería demasiado.

—Voy a darme una ducha —anuncié, levantándome de la silla con rapidez—. Y a dormir.

La abuela me miró en silencio durante unos segundos antes de asentir.

—Sí, yo también voy a acostarme. Descansa, Astrid.

Subí las escaleras y entré en mi habitación con el corazón latiéndome fuerte en el pecho.

Me desnudé, dejé la ropa tirada en una silla y me metí bajo el agua caliente de la ducha, esperando que me aclarara las ideas.

Pero el agua no aclaró nada.

Porque en cuanto cerré los ojos, la imagen de Germán apareció en mi cabeza. Nosotros, en aquel cobertizo, entregándonos el uno al otro.

Y la única conclusión a la que llegué fue que, por mucho que intentara convencerme de lo contrario…

Quería repetir.

Quería volverlo a ver.

Pues claro que quería.

CAPÍTULO 23

Al día siguiente me desperté con una sensación extraña en el pecho. No era ansiedad. No era tristeza. Pero tampoco era exactamente felicidad.

Era esa sensación de saber que algo bueno estaba a punto de terminar antes de que siquiera tuviera la oportunidad de empezar.

Me removí en la cama y miré el móvil con los ojos entrecerrados.

Las 08:23.

Genial. Ni siquiera podía dormir hasta tarde en este pueblo. Había oído al gallo. ¿O había soñado que había oído al gallo?

Solté un gruñido, me giré y me tapé con la sábana hasta la cabeza.

Quizás, si me quedaba inmóvil lo suficiente, el universo decidiría por mí y yo no tendría que tomar ninguna decisión. Porque eso es algo agotador.

O quizás mi abuela entraría a la habitación, me arrancaría la manta y me mandaría a dar de comer a las gallinas.

Lo segundo parecía más probable.

Suspiré, me levanté y me fui directa a la cocina a prepararme un café. La abuela no estaba en casa. A lo mejor había ido a comprar pan. Mientras la cafetera borboteaba, abrí el portátil en la mesa del comedor, puse el USB con internet que me había prestado Germán y entré en mi correo.

Siete correos nuevos.

Todos eran de portales de empleo con asuntos deprimentes como *"¡No dejes que se te escapen estas oportunidades!"* o *"Más de 300 ofertas esperan para tu currículum"*.

Qué motivador.

Abrí uno de ellos y me puse a escanear las ofertas con desgana.

"Buscamos community manager con experiencia. Sueldo: 1200 euros."

Risa nerviosa. *Next.*

"Atención al cliente para *startup.* Se valora inglés. Sueldo: 1100 euros."

Maravilloso. Para eso, mejor me quedo aquí criando gallinas con mi abuela.

Pero no podía. No debía.

Si me quedaba, acabaría enamorada de un pueblerino y horneando mi propio pan.

O peor aún… de *ese* pueblerino.

Paré un momento. ¿Era eso tan catastrófico?

Mi reacción fue mover el ratón con más ímpetu. Di un sorbo de café y empecé a mandar solicitudes de trabajo a lo loco. Con suerte, alguien me rechazaría rápido y podría volver a plantearme ser pastora de ovejas.

Cuando me cansé de enviar candidaturas desganadas a ofertas de trabajo decidí averiguar cómo podía largarme de allí sin necesidad de pedirle a Germán que me llevara hasta el pueblo más cercano con estación de tren.

Después de diez minutos de búsqueda en páginas web del pleistoceno, averigüé los horarios del autobús que salía del pueblo vecino y me llevaba a una estación de tren desde donde podía ir directa a Madrid.

Perfecto.

Sin favores. Sin despedidas incómodas.

Sin tentaciones.

Justo cuando estaba a punto de cerrar el portátil, el móvil vibró sobre la mesa.

Nuevo mensaje.

Lo abrí sin pensar y…

Germán: *¿Qué tal las gallinas?*

Tecleé lo primero que se me pasó por la cabeza:

Yo: *Están bien. Ahora ponen huevos con chaqueta de cuero.*

Me reí ante mi propia tontería.
Tardó un minuto en responder:

Germán: *Mejor así. Menos frío pasan.*

Supongo que estaba sonriendo sin darme cuenta.
Otro mensaje entró justo después:

Germán: *Por cierto, hoy he pasado por la plaza y he visto que el camión de los churros ha vuelto. No sé si te interesa la información, pero me ha parecido de vital importancia compartirla.*

Abrí la boca, ofendida.

Yo: *¿Me estás llamando tragaldabas?*

Germán: *Yo no he dicho nada. Solo informo. Como servicio público.*

Negué con la cabeza.
Ese tío era un peligro para mi estabilidad mental y para mi figura.
Suspiré y dejé el móvil sobre la mesa, decidida a ignorarlo.
Pero antes de que pudiera siquiera fingir que tenía cosas más importantes en las que pensar, entró otro mensaje. Varios.
Esta vez, de mis amigas en Madrid:

Marina: *Tía, ya en serio, ¿dónde narices estás?*

Lucía: *Te has tragado el post sobre manifestar deseos y desaparecer de la vida real, ¿o qué?*

Andrea: *Dijiste que estabas en Bali, pero nos han mandado ESTA foto.*

Ahí estaba otra vez.
Era la dichosa foto del sábado en aquel absurdo concierto.
Apenas se me veía en un rincón, entre la multitud en la plaza, pero alguien con buen ojo (y mala leche) había señalado mi figura con un círculo rojo.

Lucía: *¿No será que en vez de en Bali estás en… un pueblo random con food trucks?*

Me mordí el labio.

Esto se me estaba yendo de las manos.

Yo: *No puedo confirmar ni desmentir.*

Clara: *O sea, Confirmado.*

Solté el móvil como si quemara.

Definitivamente, me largaba. Tenía que poner orden en todo aquello.

Pero antes…Retomar mi vida. Encontrar un trabajo soportable. Encontrar un nuevo sitio en el que vivir. Pasar un poco más de tiempo con mi madre, como había hecho con mi abuela.

Pero me di cuenta de que no podía largarme sin más. Antes tenía que despedirme de Germán.

No porque quisiera realmente decirle adiós. A pesar de todo, no nos debíamos nada.

Sólo por educación.

O al menos eso me repetí cien veces aquella misma tarde, después de una siesta plagada de pesadillas, mientras me ponía los vaqueros y una sudadera y salía de casa en dirección a la suya.

Llegué a su finca justo cuando el sol empezaba a esconderse tras las colinas. La puerta estaba entreabierta, así que me acerqué y llamé con los nudillos en el marco.

—¿Hola? Supongo que puedo entrar sin que me inviten, como hacéis aquí…

Desde el interior, la voz de Germán sonó con un tono jocoso.

—¿Quién es?

—La inspectora de Hacienda.

Escuché un bufido y luego pasos acercándose.

—Si vienes a cobrarme, traes mala suerte.

La puerta se abrió y allí estaba él, apoyado contra el marco, con una camiseta oscura y el cabello revuelto.

Demasiado atractivo para lo que era legalmente aceptable.

—¿A qué debo el honor? —preguntó, cruzándose de brazos.

—Sólo pasaba por aquí y…

—No me digas que al final te largas y venías a despedirte.

Cerré la boca.

—¿Cómo lo has sabido?

—Porque es la excusa más mala del mundo para venir a verme.

Resoplé y me crucé de brazos.

—Mira, sólo quería ser amable y…

—Astrid, si quisieras ser amable, no habrías disfrazado a mi espantapájaros.

Lo miré. Estaba de broma, claro. Me pregunté si aquello solo era uno de sus mecanismos de defensa.

—Tú empezaste.

—Porque tú entraste en mis tierras.

—Porque tú me miraste mal.

Germán rió.

—¿Me miraste mal? ¿En serio?

—Sí.

—¿Y eso fue motivo suficiente para que te colaras en mi propiedad?

—Sí.

—Eres increíble.

—Lo sé.

Nos quedamos en silencio unos segundos, mirándonos.

—¿Por qué estamos otra vez con esto? —pregunté.

—Ya, empieza a ser un poco absurdo.

Y entonces él ladeó la cabeza y me preguntó con una media sonrisa:

—¿Entonces? ¿Te vas seguro?

Sentí un nudo en el estómago, pero levanté la barbilla y dije:

—Sí.

Germán asintió despacio.

—Bueno, supongo que entonces habrá que darte una despedida en condiciones.

—¿En condiciones?

Antes de que pudiera preguntar a qué se refería, me agarró de la muñeca y me hizo entrar en la casa.

—Ven.

—¿A dónde?

—A cenar.

—¿Por qué?

—Porque si te vas, al menos tendrás un buen último recuerdo.

Me quedé quieta un instante.

Y luego, con el corazón latiéndome demasiado rápido, le seguí hacia el interior de la casa. Y sin creerme ni una de mis palabras, le dije:

—Germán, puedo quedarme a cenar encantada. Pero después tendré que irme…lo de ayer, en el cobertizo, estuvo muy bien. Qué coño, estuvo genial. Pero es mejor que no vuelva a pasar.

Se acercó y miró hacia abajo, buscando en mis ojos las respuestas que yo era incapaz de darle con palabras:

—¿Mejor para quién?

Abrí la boca para contestar que debía ser absolutamente egoísta con eso, que tenía que proteger mi corazón y mi cuerpo, y que si no nos íbamos a volver a ver era mejor no enredarnos más.

Pero una cosa es el sentido común y otra el deseo que nos gobierna, y la noche que pasé con Germán, esa noche entre sus brazos, en su cama…me acompañará para siempre. O al menos eso pensé al despertarme al día siguiente.

CAPÍTULO 24

La realidad era dura al amanecer y cuando abrí los ojos supe muy bien que tenía que irme. Salir de allí. *Ya, Astrid.* Ya está. Miré mi móvil. Eran las siete de la mañana. Junto a la almohada, una nota de Germán:

Bella durmiente: una de las yeguas de Fermín está de parto y voy a ir a echarle una mano. No sé cuánto tardaré. Y la verdad es que tampoco me gustan mucho las despedidas, así que voy a quedarme ahora con el mejor de los recuerdos y…de todas formas…estoy convencido de que nos veremos muy pronto.

Aquellas frases me desconcertaron. Mucho. Por un lado, me ahorraban una despedida que se me hacía una montaña. Por otro, la última frase me sonó a una certeza que no tenía ni idea de dónde sacaba. ¿Cómo podía estar tan convencido de que nos veríamos pronto? ¡Si precisamente me iba para que eso no pasara!

Suspiré y me senté en el borde de la cama, con la sábana enredada en la cintura. Miré alrededor. Aún flotaba en el aire el eco de la noche anterior, de sus manos, de su boca, de esa maldita forma de mirarme que hacía que se me olvidara todo.

Pues no. No más.

Recogí mis cosas rápido y me vestí a toda prisa. Al salir de su casa, la mañana aún estaba húmeda por la lluvia del día anterior. Caminé hacia casa de la abuela con las zapatillas hundiéndose un poco en el barro y la cabeza aturdida por los pensamientos revueltos.

Cuando empujé la puerta de la cocina, la abuela estaba sentada en la mesa con su café y el periódico.

—Mira quién ha decidido aparecer. ¿Noche movidita? —comentó sin levantar la vista.

Resoplé y dejé mis cosas sobre una silla.

—No empieces, que no estoy de humor.

—¿Yo? Pero si no he dicho nada.

Me serví un café sin añadirle leche. Lo necesitaba fuerte. Me senté frente a ella y di el primer sorbo.

—Así que… es definitivo —dijo al fin, doblando el periódico y mirándome por encima de las gafas—. ¿Te vas hoy?

Asentí.

—Sí. En un rato.

La abuela tamborileó los dedos en la mesa.

—No entiendo por qué ahora.

—Porque ha llegado el momento —dije, intentando sonar firme—. No puedo quedarme aquí eternamente.

—No eternamente, pero un poco más no te haría daño.

Me pasé una mano por el pelo y seguí bebiendo.

—No insistas, abuela.

Ella suspiró y se encogió de hombros.

—Bueno, tú verás. Pero yo creo que volverás pronto. No sé cuánto de pronto, pero volverás.

Me reí sin ganas.

—No creo.

—Ajá —dijo con un tonito que no me gustó nada.

Me levanté antes de que empezara a darme otro sermón.

—Voy a darme una ducha y a terminar de recoger mis cosas.

La abuela no insistió más, pero cuando salí de la cocina, me pareció escucharla murmurar algo sobre "jovencitas cabezotas".

A las once ya lo tenía todo listo. La maleta cerrada, la bolsa colgada del hombro y el móvil con el billete del autobús guardado en la aplicación. Me despedí de las gallinas (sí, lo hice, ¿qué pasa?) y esperé junto a la ventana a que llegara la hora de salir.

Llovía otra vez. No mucho, pero lo suficiente como para hacerme sentir todavía más melancólica.

La abuela me acompañó hasta la puerta.

—Bueno, pues nada. Que tengas buen viaje.

Asentí.

—Gracias.

Me miró con los ojos entrecerrados.

—Si necesitas cualquier cosa, ya sabes.

—Lo sé.

Ella resopló.

—No sé por qué tengo la sensación de que algo va a salir mal.

—No digas eso.

—Llámalo intuición.

La miré con escepticismo.

—Llámalo drama gratuito.

—Mocosa.

Sonreí y le di un abrazo rápido. Luego cogí mi maleta y un paraguas prestado y salí bajo la lluvia.

Caminé hasta la parada del autobús con un chubasquero bien ajustado y los zapatos chapoteando en los charcos. El pueblo estaba en esa calma de las mañanas de lluvia, con la gente refugiada en sus casas y el sonido de las gotas golpeando los tejados.

Esperé.

Esperé.

Esperé un poco más.

El autobús no llegaba.

Saqué el móvil y revisé el billete. El horario estaba bien. Miré a mi alrededor. No había ni un alma. Aunque tampoco es que esperase un gentío. Nadie parecía abandonar jamás Valdemesa. Era como en aquella película en la que unos ricachones eran incapaces de irse de una fiesta a pesar de que la puerta estaba abierta. No recuerdo el título. Soy fatal para los títulos.

Esperé diez minutos más y me empezó a rondar la mosca detrás de la oreja.

Llamé a la compañía de autobuses.

—Ah, sí —dijo la chica que me atendió—. Hoy ha habido una modificación en la ruta por las lluvias. El autobús que esperaba ha salido antes.

—¿Perdón?

—Sí, lo anunciamos en redes sociales esta mañana.

Me pasé la mano por la cara.

—¿Las redes sociales? ¿Es en serio? ¿Y cuándo sale el siguiente?

—Sí. Y también debería haber recibido un SMS. El próximo pasará mañana por Valdemesa.

Me quedé muda unos segundos.

—¿Mañana?

—Sí. Lo siento mucho.

Colgué sin despedirme.

Respiré hondo.

Bien.

Muy bien.

Increíblemente bien.

Cogí mi maleta y, con toda la dignidad de la que fui capaz, volví sobre mis pasos.

Cuando entré en casa, la abuela ni siquiera se molestó en disimular la sonrisa.

—Vaya, qué pronto.

Gruñí.

—No empieces.

—¿Problemas?

Dejé la maleta en el suelo y me dejé caer en la silla.

—He perdido el autobús.

—Ah.

Me miró con inocencia.

—No será una señal, ¿verdad?

—Abuela.

Se encogió de hombros y volvió a sus labores.

Yo crucé los brazos sobre la mesa y apoyé la cabeza en ellos.

Bueno, no me iba a rendir fácilmente. Solo era un día más.

Nada más.

Podría soportarlo, ¿no?.

Seguro.

Ni siquiera hacía falta que Germán se enterase de que no me había ido.

CAPÍTULO 25

La realidad era una broma de mal gusto. Hacía apenas unas horas tendría que haberme subido a ese maldito autobús fantasma, y a estas horas ya debería estar metida en un tren rumbo a Madrid. Un billete, un destino, una despedida sin dramatismos. Ese era el plan. Pero no. Estaba otra vez en la cocina de la abuela, troceando una cebolla y preguntándome si, tal y como ella vaticinaba, perder el autobús había sido una señal.

—No llores —dijo la abuela sin mirarme, removiendo la cazuela.

Me quejé.

—No lloro.

—Sí, sí. No es por la cebolla, ¿verdad?

—¿Qué más dará?

—Porque eso significaría que ya estás empezando a entender.

Dejé el cuchillo y la miré con el ceño fruncido.

—¿Entender qué?

La abuela se apoyó en la encimera y me miró por encima de sus gafas.

—Que igual no es tan malo quedarse. O que aún no es momento de que te vayas.

—Yo no he dicho que sea malo —repliqué, cruzándome de brazos —. Pero tampoco es bueno.

—Ajá.

Ese "ajá" lo dijo todo.

No discutí. No tenía ganas. Me limité a terminar de cortar la cebolla y pasé la tabla con las verduras a la abuela, que las echó a la olla con la tranquilidad de quien lleva toda la vida cocinando para una, para dos o para veinte, según la ocasión.

Si me hubiera ido hoy, a lo mejor ya estaría en la cafetería de Atocha, esperando un café malo en un vaso de cartón y echando un

vistazo a ofertas de trabajo.

Pero no.

En su lugar, estaba aquí.

Cortando cebollas y atendiendo a las gallinas.

Salí al patio con la cesta de grano y las vi revolotear alrededor de mis pies, ansiosas.

—Ya va, ya va —murmuré mientras esparcía la comida.

El gallo me miró con desprecio desde su rincón habitual.

—No te hagas el interesante —le dije—. Que bien que te gusta que te den de comer.

Una de las gallinas picoteó mis zapatillas.

—Tú tampoco ayudes.

Las observé un momento, distraída.

¿Y si era verdad que lo del autobús había sido una señal? La abuela era un poco esotérica, pero a veces acertaba con sus brujerías.

¿Y si realmente no tenía que irme aún?

No había recibido ni un solo mensaje de Germán. Ni una broma, ni una indirecta, nada.

Miré el móvil por quinta vez en la última media hora.

Cero notificaciones.

Aunque, claro, podía ser la cobertura.

Guardé el teléfono de nuevo en el bolsillo y miré hacia la casa. La abuela se asomó por la puerta.

—¿Te vas a quedar ahí plantada?

—No, ya voy.

¿Y si fuera yo la que le escribiera para decirle que había perdido el bus?

Sacudí la cabeza.

No. Ni de broma.

Pero entonces recordé el USB.

El dichoso USB con el internet portátil que me había dejado.

Podía devolvérselo. Eso no significaba nada, ¿verdad?

Claro que no.

O también podía dejárselo a la abuela para que se lo diera cuando lo viese.

O podía llevárselo yo.

Sí.

Después de comer, iría.

La comida fue tranquila. O más bien, la abuela decidió no seguir pinchándome sobre mi no-marcha.

Después de recoger la mesa, me desplomé en el sofá.

La tele estaba puesta con uno de esos culebrones eternos donde siempre hay alguien con amnesia, un hermano gemelo malvado o una herencia disputada.

—Este personaje no me da buena espina —comentó la abuela, sin apartar la vista de la pantalla.

—A mí tampoco —murmuré con los ojos cerrados.

El sueño me venció poco a poco.

Solo un momento…

En realidad no sé cuánto tiempo pasó, pero me desperté de golpe, con una voz grave llamándome desde la puerta.

—¡Madrid!

Me incorporé de golpe, aturdida.

Germán.

¿Estoy soñando?

Me froté los ojos y lo vi apoyado en el umbral de la puerta, con la ropa de trabajo y el pelo algo revuelto.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, intentando parecer más despierta de lo que estaba.

—Pasaba por aquí.

—Ajá —dije, repitiendo la entonación de la abuela.

Germán se giró hacia ella.

—¿Qué opina, Remedios? ¿La dejo descansar de su nieta un rato?

La abuela sonrió con esa expresión de "ya sabía yo que esto pasaría".

—Eso te lo tendrá que decir ella.

Él se volvió hacia mí.

—¿Vienes a ver al ternero de Fermín o qué?

Fruncí el ceño.

—¿Cómo sabes que al final no me he ido?

Germán me miró como si acabase de soltar una tontería.

—Astrid, en este pueblo se sabe todo.

Le mantuve la mirada, intentando encontrar algún indicio de que había estado preguntando por mí, pero su expresión era indescifrable.

—¿Y si digo que no?

Germán sonrió y se cruzó de brazos.

—No me lo creo.

—¿Ah, no?

—No. Si no quisieras venir, no estarías buscando excusas para hacerte la interesante. Vamos, levanta el culo del sofá.

Abrí la boca para protestar, pero me quedé sin argumentos.

La abuela soltó una risita desde su sillón.

—Me gusta este chico —comentó sin apartar la vista de la tele.

Solté alguna que otra protesta débil y al final me levanté.

—Vale.

Germán arqueó una ceja.

—¿Vale?

—Sí, vale. Voy a ver al ternero de Fermín.

Él sonrió.

—Pues venga, que no tenemos todo el día.

Cogí mi chaqueta y pasé junto a la abuela, que me miró con una sonrisita triunfal.

—No te preocupes, abuela, volveré antes de que el culebrón se ponga interesante.

—Demasiado tarde —dijo sin apartar la vista de la pantalla—. Ya se ha descubierto que la madre de Rodrigo es en realidad su prima.

Fruncí el ceño.

—Eso es imposible.

—En este pueblo de la tele también se sabe todo —respondió con una sonrisa pícara.

Me encogí de hombros y salí tras Germán, que me esperaba junto a la furgoneta.

El sol se filtraba entre las nubes, iluminando el camino de tierra que llevaba al campo. Vi su perfil y su sonrisa. Sintonizó Rock FM en

la radio de la furgoneta. Estaba en contexto y su buen humor se me contagió enseguida. En el momento en el que los dos entonamos a la vez el estribillo de *Stairway to Heaven* se inclinó y me besó.

Y, por primera vez en todo el día, tuve la sensación de que perder ese autobús había sido lo mejor que podía haberme pasado.

CAPÍTULO 26

La tarde transcurrió con una extraña ligereza, como si el tiempo se hubiera ralentizado solo para nosotros. Después del beso en la furgoneta, Germán sonreía con esa expresión suya de satisfacción silenciosa, y yo... bueno, yo intentaba no analizar demasiado lo que había pasado.

—¿A dónde vamos ahora, dices? —pregunté, abrazándome a mi chaqueta mientras el aire fresco se colaba por la ventanilla.

—A ver a Fermín. El ternero nació bien, pero hace un rato me ha dicho que la madre está un poco débil. Me ha pedido que le eche un ojo.

—Ajá —murmuré, mirando de reojo su perfil concentrado—. ¿Y seguro que yo puedo ir?

Se rio.

—Pues claro. Además, a ti ahora te gustan los animales.

Bueno. Eso no era del todo cierto. Las gallinas de la abuela ya me parecían monas, sí, pero no es que hubiera soñado nunca con una granja. Sin embargo, en ese momento, la idea de seguir con Germán, en lugar de regresar a casa de la abuela a darle vueltas a todo, me pareció el mejor plan posible.

Llegamos a la finca de Fermín y bajamos de la camioneta. Nos recibió un señor de unos sesenta años con una gorra descolorida y la piel curtida por el sol.

—Hombre, Germán. Ya era hora —gruñó, aunque por su tono se notaba que en realidad le alegraba vernos—. Y tú debes de ser la chica de Madrid.

—Astrid —dije, estrechándole la mano.

—Pues venga, venid. La cría está dentro.

El ternero era una bolita de pelo marrón que se apoyaba torpemente en sus patas. La madre, tumbada en la paja, respiraba con esfuerzo. Germán se agachó a su lado, hablándole en voz baja mientras le pasaba la mano por el lomo.

—¿Qué le pasa? —pregunté, con un atisbo de preocupación.

—Está cansada. El parto fue largo. Fermín, habrá que estar atentos para que coma y se recupere bien.

—Lo que me faltaba —bufó el hombre—. A estas alturas no tengo ni tiempo ni paciencia para hacer de comadrona.

—Pues ya te apañas —se rió Germán, dándole una palmada en el hombro.

Yo observaba la escena con una mezcla de fascinación y desconcierto. Nunca había imaginado un momento como ese en mi vida: en un establo, con un ganadero guapísimo y un ternero recién nacido.

—No te habías planteado esto cuando decidiste venirte al campo, ¿eh? —Germán me miró con curiosidad.

—Definitivamente, no —admití, pero no sonaba como algo malo.

Estuvimos un rato atendiendo al ternero, y cuando nos despedimos de Fermín y volvimos a la furgoneta, ya estaba atardeciendo.

—¿Nos tomamos algo antes de irnos? —propuso Germán, encendiendo el motor.

—Vale, pero nada de bares con viejos mirándome raro.

Él sonrió.

—Tengo un sitio mejor.

El sitio mejor resultó ser la pastelería de su madre, un local pequeño y acogedor con vitrinas repletas de bizcochos, magdalenas y tartas al que me encantó volver. Nada más entrar, un olor a canela y vainilla me envolvió.

—Hijo, menos mal que vienes —dijo la mujer desde detrás del mostrador—. Estoy hasta arriba y necesito un favor.

—¿Otro más? —bromeó él, aunque fue acercándose.

Fue entonces cuando vi que no estaba exagerando. La señora Isabel iba de un lado a otro con una velocidad pasmosa, decorando

pasteles, empaquetando pedidos y atendiendo a los clientes de la tarde.

—¿Dónde está Laura? —preguntó Germán.

—Ay, hijo, qué disgusto tengo. Hoy me lo ha comunicado. Se marcha la semana que viene. Se va con su novio a Cuenca. Y yo me quedo sola.

Germán me lanzó una mirada cómplice.

—Pues Astrid hace unos bizcochos estupendos.

Lo fulminé con los ojos. Obviamente, era la primera burrada que se le había ocurrido.

—¡Vaya! —exclamó su madre, analizándome de arriba abajo—. ¿Tienes experiencia?

—Eh… en realidad, no. Pero me gusta comerlos.

Ella sonrió.

—Mira, no es nada complicado. Solo necesito a alguien que me ayude unas semanas hasta que encuentre a otra chica. Podrías probar unos días y si no te gusta, sin compromiso.

Me quedé pasmada.

—Espera, espera…¿Trabajar aquí? ¿Estáis hablando en serio?

—Sí, ¿por qué no? —intervino Germán—. Seguro que serías un encanto con los clientes.

—No es por nada, pero mi paciencia con la gente no es mi mejor cualidad.

—Pues entonces puedes meterte en la cocina —se rió su madre —. Allí no tendrás que hablar con nadie.

Miré la pastelería. No era un trabajo glamuroso ni seguramente bien pagado, pero de repente me pareció una posibilidad real.

¿Y si…?

Podría quedarme un mes. Solo un mes. Ver qué pasaba.

—¿Te lo piensas? —preguntó la mujer.

—Sí… sí, lo pensaré. ¿Puedo decirte algo mañana?

La mujer suspiró.

—Pues claro.

Pero en realidad, ya había tomado una decisión.

Al día siguiente no cogería ese autobús.

Cuando salimos de la pastelería, me quedé en silencio mientras Germán conducía. Miraba por la ventanilla, viendo cómo el cielo se teñía de tonos anaranjados sobre los campos abiertos.

No había ruido de tráfico, ni edificios que taparan el horizonte, ni la sensación constante de ir con prisa a todas partes. Solo estábamos él y yo, avanzando por un camino de tierra de vuelta a casa, con la tranquilidad de quien no tiene ningún destino urgente.

Si aceptaba el trabajo en la pastelería, significaba que me quedaba. Unas semanas, un mes, quizá más.

¿Y qué pasaba con Germán? ¿Qué significaba esto para nosotros? Hasta ahora, lo había visto como un paréntesis, un pequeño salvavidas entretenido en medio de mi desastre. Pero si me quedaba, ya no sería una aventura de paso.

No podía engañarme a mí misma: cada vez me gustaba más. Su risa, su forma de mirarme como si siempre estuviera descubriendo algo nuevo en mí, esa confianza serena con la que se movía por el mundo. Por su mundo. Por muy pequeño que fuera.

Tal vez era una locura. Tal vez me arrepentiría. Pero por primera vez en mucho tiempo, la idea de quedarme en un lugar no me hacía sentir atrapada. Me hacía sentir… curiosidad. Y ganas de ver qué pasaba después.

CAPÍTULO 27

Trabajar en la pastelería de Isabel era una de las decisiones más extrañas e impulsivas que había tomado en mi vida… y, sorprendentemente, una de las mejores.

Nunca me había considerado especialmente mañosa en la cocina. Sabía hacer lo justo para sobrevivir sin depender de aplicaciones de comida a domicilio, pero la repostería siempre me había parecido un universo completamente distinto. Exacto, técnico, casi científico. Y, sin embargo, después de cuatro días, me descubrí disfrutando genuinamente del proceso.

Medir los ingredientes con precisión, ver cómo una masa pegajosa se transformaba en un bizcocho esponjoso dentro del horno, aprender a manejar la manga pastelera sin que pareciera que un niño de cinco años había decorado las tartas… Todo tenía algo hipnótico, casi terapéutico.

—Hoy has montado el merengue en su punto exacto —me elogió Isabel, mientras con movimientos ágiles cubría una tarta de limón con la espuma blanca y brillante—. La mayoría de la gente se queda corta o se pasa.

—¿En serio? —me sorprendí con un orgullo inesperado.

—Ya te lo dije, tienes buena mano para esto —contestó con una sonrisa breve, centrada en su trabajo.

Ese era otro detalle que me gustaba de ella: no era cotilla, ni se metía en lo que no le importaba. Con la cantidad de tiempo que pasábamos juntas, lo fácil habría sido que me interrogara sobre lo que había entre Germán y yo, sobre mi vida en Madrid, sobre qué demonios hacía una chica como yo en un pueblo como este. Pero no. Isabel estaba demasiado ocupada amasando, horneando y atendiendo clientes como para perder el tiempo en rumores.

Aunque, por supuesto, la gente del pueblo ya tenía sus teorías. Y algunas clientas, especialmente las más mayores, me miraban con la sospecha de quien cree haber descubierto una historia de amor en ciernes.

—Cariño, ¿y tú te quedas aquí mucho tiempo? —me preguntó una señora mientras pagaba su pan de centeno.

—Depende de cómo se me dé esto —respondí con una sonrisa de compromiso.

—Ay, seguro que se te da muy bien… pero dime una cosa, ¿esto de trabajar aquí es más por vocación o porque Germán pasa mucho por la pastelería?

—Bueno, él es un cliente fiel, eso es cierto —bromeé, desviando el tema.

La mujer se fue con una risita cómplice, convencida de que había algo entre nosotros. Y aunque Isabel podría haber aprovechado el momento para sacarme información, se limitó a cambiar de tema.

—Cuando termines con esas galletas, ayúdame con la masa de hojaldre —me indicó sin más.

Me gustaba que fuera así. Que nadie me presionara a definir lo que había entre Germán y yo. Él seguía pasando por allí a verme, tratándome con naturalidad, sin hacer preguntas incómodas sobre si me quedaría más tiempo o si aquello significaba algo. Y, aunque no lo admitiera en voz alta, me gustaba también la sensación de que siempre encontraba una excusa para pasarse por allí.

Cuando salí un momento al callejón de atrás de la pastelería para tomar el aire, después de seis horas de trabajo entre harina, azúcar y bandejas de horno, mi móvil vibró con un mensaje de WhatsApp.

Marina: "¿Has llegado ya a Madrid? Hace días que no sé nada de ti."

Me quedé mirando la pantalla un segundo. Después de la pequeña fantasía de Bali, mentirle otra vez me pareció absurdo, así que, en un arranque de sinceridad, escribí:

"Pues… en realidad no. Me he quedado un poco más. He empezado a trabajar en la pastelería de Valdemesa."

El doble *check* azul apareció casi de inmediato y, a los pocos segundos, la pantalla se llenó de mayúsculas.

Marina: "¿CÓMO QUE TE HAS QUEDADO? ¿PERO TÚ ESTÁS LOCA?"

Inspiré hondo. Sabía que iba a reaccionar así.

Yo: "Fue una carambola. Perdí el autobús, me ofrecieron trabajo y… bueno, me apeteció probar."

Marina: "¿PROBAR? ¿Tú? ¡Pero si lo tuyo es la ciudad! No me digas que te estás planteando quedarte ahí, Astrid. Que en ese pueblo no hay Zara. Ni Starbucks."

Cerré los ojos con resignación. No me apetecía dar demasiadas explicaciones y sin embargo allí estaba, tratando de justificarme.

Yo: "No es para siempre. Solo un mes o así. Es divertido."

Marina: "Esto es inaudito. Te secuestraron, ¿verdad? ¿Es una especie de secta de panaderos? ¿Tienes que escapar?"

Sonreí.

Yo: "No, pesada. Solo me apetece quedarme un poco más."

Marina: "No sé qué me desconcierta más, si que estés haciendo bollos o que de verdad parezcas estar pasándolo bien."

Yo: "Las dos cosas."

Marina: "Esto es una crisis existencial de manual. Creo que voy a alquilar un coche y voy a ir buscarte. En cuanto termine de currar esta semana, voy a por ti. ¿Qué te parece?"

Yo: "No hace falta."

Marina: "Sí hace falta."

Suspiré. No quería seguir discutiendo. Sobre todo porque, en ese momento, mientras yo volvía al interior del local, la puerta de la pastelería se abrió y apareció una figura familiar: Germán, con su chaqueta de cuero y su media sonrisa de siempre

—¿Lista para que te lleve a casa? —preguntó, con la seguridad de quien sabe que la respuesta es "sí".

Guardé el móvil sin responder a Julia y me recogí el delantal con un gesto mecánico

—Dame dos minutos —dije.

Cuando me despedí de Isabel y salí a la calle, la tarde ya se había oscurecido. Germán estaba apoyado en su furgoneta, esperándome con paciencia.

—¿Día duro? —preguntó cuando me acerqué.

—Más intenso de lo que esperaba —dije, pensando tanto en el trabajo como en los mensajes de mi amiga.

—¿Has hecho algo de lo que me pueda beneficiar?

—Hemos probado una receta nueva de *croissants* rellenos de crema de almendra. Puede que lleve uno en la bolsa.

—Y puede que me lo acabes de vender.

Me reí y subí a la furgoneta.

Cuando Germán arrancó el motor y tomamos el camino de regreso, en dirección a su casa, me di cuenta de que no tenía ninguna intención de contarle lo de Marina y su plan de venir a buscarme. Bah. A lo mejor no lo decía en serio. Ni tampoco iba a decirle que, aunque todavía no lo había aceptado en voz alta… ya había tomado la decisión de quedarme un poco más. Al menos hasta que Isabel encontrase a la persona adecuada.

CAPÍTULO 28

Germán se movía con soltura por la cocina, con la confianza de alguien que había preparado aquella receta mil veces. De vez en cuando, giraba la cabeza para mirarme con una sonrisa cómplice mientras removía la salsa en la cazuela.

—No me digas que nunca has probado una buena pasta fresca con ragú casero —dijo, dándome la espalda mientras sacaba una tabla de madera con masa estirada.

—Si lo he hecho, no lo recuerdo —admití, observando con curiosidad cómo pasaba la masa por la máquina de hacer pasta—. Pero no me extrañaría. En mi casa, la pasta venía en cajas y la salsa en bote.

—Una auténtica herejía culinaria —murmuró, fingiendo escandalizarse—. No sé si puedo permitir que te sientes a mi mesa con semejantes antecedentes.

—No seas esnob.

—No lo soy, pero hay límites.

—Ya, claro. ¿Y el queso en polvo del súper? ¿También te parece una aberración?

Germán me miró con seriedad exagerada.

—Eso no es queso. Es polvo de decepción.

Me eché a reír mientras él sacaba la pasta recién cortada y la dejaba reposar un momento antes de ponerla a cocer. En un rincón del salón, el tocadiscos sonaba con una melodía suave, envolviendo la cocina en un ambiente cálido y acogedor.

—¿Tienes siempre este nivel de puesta en escena? —pregunté, señalando con un gesto la música, el vino y la cena casera—. Porque si es así, sospecho que me estás intentando impresionar.

Germán sonrió con tranquilidad.

—¿Lo estoy consiguiendo?

—Mmm... Puede.

Él rió entre dientes y me sirvió otra copa de vino.

—¿Quieres elegir la siguiente canción? —dijo, señalando la estantería donde tenía una colección de vinilos.

Me acerqué, pasando los dedos por las carátulas hasta encontrar uno que me llamara la atención.

—¿Bill Withers?

—Buena elección.

—Me alegra que me des tu aprobación.

—Todavía no —replicó, con una sonrisa pícara—. Tendrás que demostrar que sabes poner el vinilo sin rallarlo.

—Vaya presión.

Saqué el disco con cuidado y lo coloqué en el tocadiscos. Enseguida, la aguja rozó la superficie y comenzó a sonar *Ain't No Sunshine*.

—Aprobada —dijo Germán, acercándose a la mesa con dos platos de pasta humeante—. Ya puedes cenar con tranquilidad.

Nos sentamos frente a frente, con la música de fondo y el aroma de la salsa flotando entre nosotros.

—Esto huele increíble —dije antes de probar un bocado.

—Esperaba que lo dijeras.

Le lancé una mirada de fingida desconfianza.

—¿Y si no me gustaba?

—Entonces te habría convencido con mi encanto natural.

—Modesto eres un rato.

—Solo en las ocasiones especiales.

Nos miramos por un instante, sonriendo sin decir nada más. Y por alguna razón, ese momento me pareció casi irreal. Tan fácil. Tan... bien.

Tomé un sorbo de vino y jugueteé con el borde de la copa antes de atreverme a preguntar:

—¿Tú nunca has pensado en irte de aquí?

Germán levantó la vista de su plato, pensativo.

—¿De Valdemesa? No.

—¿Nunca?

—Nunca.

Fruncí el ceño, sorprendida.

—¿Ni siquiera cuando eras más joven?

—No. Siempre he tenido claro que este es mi sitio.

No supe qué responder. En mi mundo, en mi círculo, todos hablaban de viajar, de irse fuera, de buscar experiencias. Pero Germán no parecía sentir esa necesidad.

—¿Y no sientes que te has perdido algo?

—Puede que sí. Pero también he ganado muchas otras cosas.

—¿Cómo qué?

—Paz. Libertad. Tiempo para hacer lo que quiero. Para cocinar. Para rebuscar vinilos en internet…

Me lo quedé mirando, intrigada.

—¿Y qué quieres hacer?

—Cosas sencillas. Leer, aprender, cuidar lo que es mío, estar con la gente a la que quiero.

—Eso suena a anuncio de vida bucólica.

Germán se rió.

—Puede ser. Pero no me importa. La vida en el campo es simple, pero no aburrida. Y, además, si alguna vez quiero viajar, lo haré. Es solo que no tengo prisa. Pero lo que sí tengo claro es que las ciudades no son lo mío.

Lo dijo con tal seguridad que me dejó sin argumentos. Yo había pasado años pensando que lo único que podía hacer para ser feliz era avanzar, cambiar de escenario, buscar siempre algo nuevo. Y él, en cambio, parecía haber encontrado la felicidad quedándose quieto.

Y yo…

Yo estaba aquí, con él.

Y no me sentía atrapada. Ni siquiera me sentía perdida.

Me sentía bien.

Demasiado bien.

Cuando nos terminamos la pasta, Germán se levantó para recoger los platos, y yo me quedé con la copa entre las manos, observándolo. ¿Cuándo había empezado a convertirse en algo más que una distracción?

—Deja, ya friego yo —dije, levantándome.

—No, tú relájate. La invitada especial no trabaja.

—Pero entonces no será una cena igualitaria.

—Puedo compensarlo con un postre.

—¿Qué postre?

—Sorpresa.

—O sea, que no tienes nada preparado.

Germán fingió una expresión de indignación.

—¿Me estás acusando de improvisar?

—Totalmente.

Él se acercó, apoyándose en la encimera junto a mí.

—Vale, puede que no haya postre. Pero tengo algo mejor.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Su mano rozó la mía y sus labios se curvaron en una sonrisa lenta antes de besarme. Fue un beso tranquilo, pausado, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Y yo me dejé llevar, olvidándome de todo lo demás.

Cuando nos separamos, todavía con el sabor del vino en los labios, sonreí sin poder evitarlo.

—Así que este era el "algo mejor".

—¿Te ha convencido?

—No sé... Quizás necesite otra prueba.

Germán se rió y volvió a besarme, esta vez con más intención, con más urgencia. Y en ese instante, con la música suave de fondo, la noche cálida y su abrazo envolviéndome, supe que la decisión estaba tomada.

Me iba a quedar.

Estaba decidida.

Al menos un poco más.

Porque aquella felicidad silenciosa, aquella calma dulce que sentía entre sus brazos, era algo que no estaba dispuesta a dejar escapar… todavía.

CAPÍTULO 29

Dimos unos pasos torpes hacia su dormitorio y desde el momento en que cruzamos la puerta, Germán ya me había cogido en peso y me había llevado hasta la pared que teníamos más a mano.

Podía sentir su dureza en toda su magnitud, y eso me dejó sin aliento…más aún de lo que ya estaba.

Volcó su cuerpo contra el mío y me cubrió de besos.

—Me gustaría hacer esto despacio…pero no sé si voy a poder —dijo.

—Toda tuya —susurré junto a su oído, y comprobable como la piel de los brazos que me sujetaban con fuerza se erizaba.

Germán gimió y retomó su beso. Su lengua reclamaba toda mi atención. Traté de tomar aire y él lo aprovechó de inmediato, explorando mi boca un poco más si cabe. Una de sus manos se perdió en mi pelo mientras la otra me acariciaba el cuello. Era un poco agresivo y tierno al mismo tiempo y no sabía exactamente cómo sentirme.

Yo siempre sintiéndome obligada a tomar decisiones, incluso sobre lo que no puedo controlar.

Me obligué a mí misma a apagar el cerebro y simplemente dejar que las sensaciones me desbordasen.

Germán encajó su muslo entre mis piernas. La verdad es que es mucho más fácil concentrarse en esas sensaciones cuando yo misma tengo la oportunidad de moverme contra su cuerpo, de sentir toda su inmensidad, los músculos endurecidos de su muslo directamente sobre mi clítoris.

Él se dio cuenta.

Se dio cuenta de esas *sensaciones*.

—Eso es, Astrid. Búscalo…persíguelo tú misma.

Y yo no es que necesitase que me lo dijeran dos veces.

Separé un poco más los muslos y busqué un contacto aún más intenso contra su cuerpo. Germán capturó mi boca con otro beso y en apenas unos segundos, un violento orgasmo me estaba recorriendo. Mi voz se desgarró, dejando en evidencia lo que acababa de pasar.

Él sonrió, triunfal.

—Es tan fácil hacer que grites…Quiero hacer que grites una y otra vez, Astrid. Aquí, en mitad del campo nadie nos oye. ¿Quieres ir a la cama?

Sí. Más que nada en el mundo. Volví a poner los pies en el suelo y tomé su mano. Nos dirigimos hacia el colchón.

—Supongo que no hace falta que cierre la puerta, ¿no?

—Sabes que vivo solo…

Me reí.

—Lo digo por si alguien puede venir de improviso y entrar sin llamar…

—Te aseguro que no vendrá nadie.

—Bien.

—Y eso significa que puedo hacer esto.

Me envolvió con sus brazos y alcanzó los botones de mi blusa, deshaciéndolos uno a uno. Después me la retiró de los hombros y dejó que se cayera sobre el suelo de madera, alrededor de mis tobillos. Sus hábiles dedos enseguida encontraron el broche de mi sujetador, liberando mis pechos en un suspiro. Dejó que se cayera al suelo junto con la blusa y justo después dio un pequeño paso atrás para recrearse con la vista. Era evidente que sus ojos ardían en deseo.

—Mírate, eres increíble. Un sueño de mujer. Nunca he deseado tanto a nadie.

Realmente del odio al deseo puede haber solo un pequeño paso. Si es que Germán me había odiado un solo minuto desde que llegué al pueblo.

Ni siquiera confiaba en mi voz, así que pasé una mano por su pelo, confiando en que él adivinase que yo estaba de acuerdo.

—Vamos a quitarte también esto.

Me tumbé en la cama. Se deshizo del resto de la ropa que me cubría. Levanté una pierna, y cuando se lo iba a facilitar con la otra, Germán atrapó mi rodilla. Deslizó las braguitas del todo y colocó una de mis piernas por encima de su hombro.

—La cena no ha estado mal, pero mientras comíamos solo podía pensar en comer…otra cosa —me dijo.

Se inclinó y empezó a pasear la lengua por cada uno de mis húmedos pliegues, alrededor del clítoris. Grité. No esperaba aquel estremecimiento tan intenso que me sobrevino. Germán se concentró en mi clítoris, tentándolo, besándolo y lamiéndolo hasta el punto en que mis rodillas temblaban. Me sentí muy débil.

Me agarró con sus fuertes brazos y me apretó aún más contra su boca, como si quisiese devorarme.

—Oh, dios, Germán, no pares. Voy a…

Un nuevo orgasmo estalló entre mis piernas y supongo que directamente en su boca. Me retorcí.

—Más. Por favor.

—¿Estás preparada para mí?

Lo estaba, vaya si lo estaba.

Germán se incorporó un momento para terminar de desnudarse. ¿El motivo por el que aún le quedaba ropa puesta? No tenía ni la menor idea. Hice todo lo posible para no fijarme en su tremendo miembro, que ya estaba ondeando entre mis piernas .

—Estás muy…

Me acarició con sus dedos para calibrar mi humedad. Pues claro que lo estaba. Mucho.

—Te necesito, Germán.

Solo entonces, cuando captó la súplica en mi tono, se lo tomó más en serio. Se deslizó en mi interior con un gesto impetuoso y certero. Estaba más que preparada para sus enormes dimensiones, así que apenas sentí una deliciosa presión a la que podría acostumbrarme muy rápido. Y un placer indescriptible, claro.

Noté como alcanzaba mi punto G y grité como una posesa, rodeándolo con mis piernas, ansiosa y egoísta.

—Justo ahí, ¿verdad? —preguntó él —. A ver si lo encuentro otra vez…

Mis caderas prácticamente convulsionaron cuando lo alcanzó otra vez, con una facilidad pasmosa.

—Más. Más rápido.

Él me escuchaba. Vaya si lo hacía. Se aceleró al instante, sin desplazarse ni un milímetro de mi núcleo del placer.

Se perdió dentro de mí. Entrando y saliendo a su antojo.

Poseyéndome.

—No sé si puedo aguantar mucho más…eres demasiado… irresistible.

—Yo también estoy muy cerca —le dije—. Otra vez…

Germán no apartó sus ojos de los míos mientras bajaba el ritmo al tiempo que entraba mucho más profundo. Antes de que me diese cuenta, un orgasmo intenso y silencioso me partía en mil pedazos. Había perdido la cuenta de cuántos había tenido ya.

—Eso es. Córrete mientras aún estoy dentro.

Sus movimientos entonces se volvieron un poco erráticos y sentí como no podía contenerse más. Se salió de mí al instante y se descargó en el pliegue entre mis piernas. Cayó junto a mi lado, exhausto, sobre el colchón, pero sin dejar de abrazarme.

Nos quedamos así unos instantes, mirándonos el uno al otro mientras recuperábamos el aliento.

—Ha sido…el polvo del siglo.

Sonreí.

—Oh. ¿Quieres decirme que no haces esto con todas las incautas que llegan de la ciudad a pasar unos días en el pueblo?

Se acercó y me besó la nariz.

—No. Solo con la más especial de todas. Y ahora que la he encontrado, no tengo intención de dejar que se vaya.

CAPÍTULO 30

Pasaron los días. A veces me sorprendía sonriendo sola, mientras limpiaba una bandeja de magdalenas recién salidas del horno o cuando Germán me pasaba el brazo por encima del hombro como si lleváramos toda la vida juntos.

Me ocurría también mientras me colocaba el delantal de lunares que Isabel guardaba solo para mí o cuando los niños del pueblo me saludaban por mi nombre y me pedían un bizcocho de chocolate "como el de la otra vez".

Y me daba miedo.

Porque estaba bien. Así, tal cual. Bien de verdad. Sin necesidad de fingir. Sin tener que dar explicaciones, sin correr detrás de algo que no entendía. Y ese "estar bien" me parecía tan ajeno a lo que había vivido en los últimos años que me costaba procesarlo. Como si me hubiese despertado en otra vida, una vida que me quedaba bien. Una talla exacta, sin apretar ni holgar. Pero claro, eso no podía ser. No podía ser tan fácil.

Una semana. Eso era lo que llevaba instalada en esa especie de burbuja dulce que combinaba el olor a masa madre con las manos grandes de Germán y los comentarios espontáneos de Isabel mientras horneábamos.

Una semana desde que decidí no subirme a aquel autobús.

Y no había vuelto a mirar horarios.

Y aún así, había algo que me pinchaba por dentro. Una vocecilla que decía: "Astrid, esto no eres tú". O peor: "Astrid, esto no puede durar. Lo estás alargando artificialmente. No puedes vivir en un pueblo perdido en mitad de la nada".

Ese miércoles, tras cerrar la pastelería al mediodía, volví a casa de la abuela casi arrastrando los pies. Me apetecía tumbarme un

rato y dejar la mente en blanco. Pero nada más entrar, la abuela Remedios salió de la cocina con el teléfono en la mano. Últimamente había adquirido la costumbre de dejarlo en casa y no llevármelo. Tal era mi nivel de desconexión con el mundo exterior.

—Es tu madre, creo que te ha llamado un par de veces —dijo, y ese "tu madre" iba cargado de todo el dramatismo que una madre preocupada podía arrastrar desde Madrid hasta Valdemesa.

Cogí el teléfono y busqué la última llamada. Se la devolví en ese mismo instante.

—¿Mamá?

—¿Astrid? Por fin. Estás viva, entonces.

Suspiré.

—Claro que estoy viva.

—¿Y se puede saber por qué demonios no contestas a tus amigas? Marina me ha llamado. Dice que no hay manera de hablar contigo. Que no respondes, que no das señales... ¿Qué está pasando? ¿Remedios te retiene ahí? ¿Estás bien?

—¿Qué? Mamá, por favor —me dejé caer en una silla—. ¿Quién te ha dicho que la abuela me retiene?

—¿Entonces qué haces ahí todavía? Dijiste que era una escapada de unos días y han pasado ya... ¿cuánto? ¿Tres semanas?

—Un mes, casi —dije bajito.

—¿Un mes? Astrid, por el amor de Dios.

Escuché ruidos al fondo. Mi madre parecía estar en su salón. Imaginé la escena: ella en bata, con una infusión de jengibre en una mano y el móvil en la otra, mirando el ventanal con cara de tragedia griega.

—Estoy bien, mamá. Te lo prometo.

—¿Bien cómo? ¿Qué significa "bien"? ¿Remedios te ha lavado el cerebro? Esa es una de las grandes especialidades de mi ex suegra. Marina me ha dicho que te has puesto a trabajar en una pastelería.

—Sí. Con la madre de Germán.

—Ah. Germán. ¿Y quién es Germán?

Ahí la había liado. Cerré los ojos.

—Un chico del pueblo.

—¿Qué clase de chico?

—Uno... simpático.

—Astrid, ¿te estás liando con un pueblerino?

Me froté la frente.

—Mamá, no es eso. Bueno, sí, pero... no es lo importante.

—Claro que es importante. Eres mi hija y llevas un mes desaparecida en un pueblo donde el último censo debe de tener más ovejas que personas.

—Eres muy exagerada.

—No, Astrid. Lo que es exagerado es que tú, que odias madrugar, el silencio y la gente que se saluda por la calle, me digas que estás contenta en un lugar como ese. No me cuadra. ¿Es que no te das cuenta?

Me reí sin querer.

—Solo estoy probando algo distinto.

—¿Y tus entrevistas? ¿Y tus contactos? ¿Y tu carrera?

—Mamá…

—¿Vas a tirar por la borda todo por... por una pastelería de pueblo y un tipo que no conoces?

—No estoy tirando nada. Solo me estoy... dando un respiro. Un tiempo para pensar.

—Nena, te conozco mejor de lo que tú piensas. Ese "respiro" lo vas a convertir en una vida entera antes de que te des cuenta. A tu edad el tiempo ya empieza a pasar mucho más deprisa. Y luego te despertarás un día preguntándote qué ha pasado con tu vida.

No supe qué contestar. ¿Y si tenía razón? ¿Y si estaba huyendo en lugar de vivir algo nuevo?

—Solo quiero que seas feliz, cariño —dijo ella con voz más suave —. Pero que lo seas con los ojos abiertos, no cegada por un momento bonito. ¿Me entiendes?

—Sí, mamá. Te prometo que estoy bien. Que estoy... feliz.

—Pues solo espero que eso no cambie. Porque si te hacen daño, ya sabes quién va a tener que ir a recogerte.

—Tú, supongo.

—Y Remedios. No se va a librar tan fácilmente.

Me despedí de ella y le devolví el teléfono a mi abuela para que lo custodiara, que estaba sentada en su sillón con unos patrones de

ganchillo en las manos.

—¿Qué? ¿Ha habido bronca? —me preguntó sin apartar la vista del patrón de una falda.

—Mi madre piensa que me tienes secuestrada.

—¿Yo? Pero si apenas si te veo, niña —masculló—. Lo único que secuestró fue tu corazón ese muchacho.

La miré de reojo.

—¿Tú crees?

—Yo no creo, yo lo sé. Pero tú haz lo que te dé la gana. Ya sabes que aquí siempre tendrás sitio.

Me quedé pensativa, con los ojos fijos en una motita de polvo en el suelo. Germán me había regalado la noche anterior una pequeña planta aromática para la ventana de mi cuarto. "Para que la cuides, como a mí", había dicho con una sonrisa.

Estaba bien. Todo estaba bien. Pero ¿duraría?

Ese día, por la tarde, Germán vino a buscarme como de costumbre. Se había convertido en una especie de ritual: me recogía al salir de la pastelería, dábamos un paseo o nos íbamos a su casa, cenábamos algo y hablábamos durante horas. No siempre acabábamos enredados en sus sábanas, pero siempre terminábamos enredados de alguna manera.

—¿Todo bien? —me preguntó al subir al coche.

—Mi madre ha llamado. Está convencida de que algo aquí me tiene secuestrada.

—¿Y si lo estuvieras? —sonrió.

—Eso no ayudaría a tranquilizarla.

Nos reímos y él me pasó una galleta envuelta en papel de horno.

—Es de parte de Isabel. Dice que has trabajado como una campeona hoy.

—La quiero mucho —respondí—. Es como una segunda madre. Una madre que no tiene tiempo para sermones.

—Esa sería mi madre, sí.

—¿Y tú? ¿Has tenido un buen día?

—He estado con Fermín, ayudando con las vallas. Y luego he estado pensando.

—¿En qué?

—En ti.

Lo miré.

—¿Y qué has pensado?

—Que si alguna vez decides marcharte, te voy a echar de menos como no te haces una idea.

No supe qué decir. Solo le apreté la mano. Germán no insistió. Ya me conocía lo suficiente como para saber cuándo callar. Y eso, en realidad, era lo que más me gustaba de él.

Esa noche, al tumbarme en la cama, me quedé mirando la planta de la ventana. Sus hojas estaban verdes, frescas. Pensé que, al final, quizá no necesitaba tanto para florecer. Solo algo de luz. Un poco de cuidado. Y alguien que creyera que podía hacerlo.

Germán era todo eso.

CAPÍTULO 31

El viernes amaneció tibio y silencioso, con una luz dorada filtrándose por los visillos de la cocina. Tenía la mañana libre, así que me tomé el desayuno en el patio sin prisas, todavía en pijama, con una rebeca encima y las zapatillas de andar por casa.

Me gustaba ese ratito de tranquilidad con las gallinas, aunque seguían sin fiarse del todo de mí. Cada vez que me acercaba con las sobras, me miraban con desconfianza, como si fueran a levantar acta de mis movimientos. Aun así, ya había una que me picoteaba los cordones con descaro. Me gustaba pensar que era un buen augurio.

Había dormido bien, lo cual ya era todo un logro en mi historial reciente. Me sentía tranquila, pero también un poco asustada por esa calma repentina. No estaba acostumbrada.

Germán me había escrito a primera hora, como siempre: un mensaje breve, cariñoso, con una foto del ternero de Fermín revolcándose en el barro. Me hizo sonreír. Todo me hacía sonreír últimamente. Y eso era justo lo que me daba miedo.

Porque seguía dándole vueltas a lo mismo, ¿y si estaba equivocándome? ¿Y si me estaba dejando llevar por una felicidad rural y temporal que, en el fondo, no era la mía? ¿Y si ese entusiasmo era como un disfraz de fiesta, bonito por fuera pero incómodo a largo plazo?

Empezaba a plantearme si no sería más sensato cortar por lo sano. Sin drama. Como arrancarse una tirita. Volver a Madrid, retomar mi vida, enfrentarme a lo que fuera que tuviera que reconstruir. Lo de Germán… bueno, ya veríamos.

Entonces lo oí.

Un motor. No la furgoneta de Germán, no el ruido oxidado del camión de reparto de la panadería. Un coche. Moderno. Asfáltico.

Me asomé por la verja de la abuela, persiguiendo mi propia curiosidad.

Era un coche de alquiler.

Bajo el sol de la mañana, relucía como un pez forastero en una pecera. Y cuando vi quién se bajaba del asiento del conductor, tuve que reírme.

—¿Pero tú estás loca? —dije, saliendo al camino sin pensar siquiera en cambiarme de ropa.

Marina se quitó las gafas de sol como si fuera la prota de una película francesa.

—Lo sospechaba, pero ahora ya tengo la confirmación —respondió, mirándome de arriba a abajo—. Estás fatal. ¿Qué haces aquí en bata y rodeada de gallinas?

Nos abrazamos con fuerza. Me alegré tanto de verla. Y eso que no soy alguien a quien le gusten especialmente las visitas sorpresa.

—Pero…¿cómo has llegado hasta aquí? —le pregunté, cuando por fin la solté.

—Gracias a tu madre, la pobre. Me lo contó todo. O bueno, me contó lo que yo ya sabía. Que te niegas a volver, que llevas semanas sin apenas dar señales de vida… Así que me tomé un día libre que me debían y decidí venir a ver con mis propios ojos si te han abducido los ovnis manchegos.

—Qué exagerada eres —me reí.

—¿Lo soy?

La invité a pasar y le ofrecí un café. Marina aceptó con desconfianza el asiento de madera del patio, como si temiera que se le pegara algo en el pantalón.

—Vale, a ver —empezó, mientras removía el café con una cucharilla que tintineaba—. ¿Qué demonios está pasando? ¿Quién eres tú y qué has hecho con Astrid?

Suspiré. Me apoyé en la mesa, mirando al horizonte, como si en los campos pudiera encontrar una respuesta sensata.

—No lo sé, Marina. Me he liado. O me he encontrado. Depende de cómo lo mires.

—¿Esto tiene nombre y apellidos?

Tardé un poco en contestar.

—Se llama Germán.

Marina levantó las cejas como si acabara de ganar un debate.

—Ajá. Así que hay un hombre.

—No es *un* hombre. Es… distinto.

—Ya. Es lo que decimos siempre al principio.

La abuela salió entonces por la puerta trasera con su delantal y su moño algo deshecho. Miró a Marina con curiosidad, pero sin sobreactuar.

—¿Tú eres la amiga de Madrid?

—La misma. Marina.

—Pues bienvenida a Valdemesa. Aquí no tenemos sushi, pero el bizcocho es excelente. ¿Te quedas a comer?

Marina parpadeó. Luego me miró.

—¿Y yo qué voy a decirle a esto?

—Que sí, obviamente —dije.

La abuela sonrió satisfecha.

—Se me ocurre algo mejor. Te vas a quedar el fin de semana. No se aceptan negativas. Voy a sacar la ropa de cama del altillo.

Y sin esperar réplica, se metió dentro de nuevo.

Marina se recostó en la silla, con una mano sobre el pecho.

—¿Pero tú te das cuenta? Apenas he cruzado dos palabras con ella y esta señora me adopta… y el paso siguiente es que me pone a pelar patatas y yo no vuelvo a Madrid en mi vida.

Me reí.

—Te advierto que es un riesgo real.

—Ahora en serio, Astrid… ¿vas a quedarte aquí? ¿Entonces es cierto? Por cierto, que sepas que tu madre estuvo a punto de venirse conmigo, pero me dijo que no creía que a Remedios le hiciese mucha gracia

Me quedé callada. Un pájaro trinó cerca del naranjo.

—¿Quedarme? No lo sé —confesé—. Cada vez me lo planteo más. Es como si todo encajara. La pastelería, la casa, Germán…

Se llevó las manos a la cabeza.

—Pero tú no eres esta persona. Eres de ciudad. Eres de *brunchs* y museos, de fiestas en terrazas y cotilleos de oficina.

—¿Y si ya no?

—¿Qué quieres decir?

—¿Y si he cambiado? ¿Y si esto que me parecía impensable es justo lo que necesitaba?

Marina no contestó enseguida. Bebió un sorbo de café. Me miró largo rato.

—Bueno… al menos parece que eres feliz —dijo por fin—. Aunque no entiendo nada.

—Ni yo.

—¿Y este Germán qué? ¿Está bueno?

Me reí.

—Demasiado.

—Eso ayuda.

—Mucho.

—¿Me lo vas a presentar?

—Por supuesto. Pero primero vas a tener que probar su ragú.

Marina entrecerró los ojos.

—¿Este tío cocina?

—Y hace pasta fresca.

—A ver, esto ya roza lo indecente.

Pasamos el resto de la mañana charlando. Marina me contó cosas de Madrid, del trabajo, de sus líos y sus no-líos. Yo le hablé de la pastelería, de Isabel, de las masas, de cómo cada día me salían mejor las palmeritas. De lo mucho que disfrutaba del ritmo pausado del pueblo, de la sensación de hacer algo con las manos.

Al mediodía, ayudé a la abuela a poner la mesa y Marina se ofreció a hacer la ensalada, aunque su creación incluyó un accidente con el aceite que nos hizo reír durante cinco minutos seguidos.

Después de comer, nos tumbamos en el sofá. Marina hojeaba una revista local como si fuera un tratado arqueológico. Seguía alucinando.

—No te reconozco, tía —dijo—. Pero te juro que me gusta lo que veo. Si esto te hace feliz… igual eres tú la que tenía razón.

—No estoy segura de tenerla. Solo sé que ahora mismo no quiero irme.

En ese instante, oímos el sonido familiar del motor de la camioneta de Germán.

—¿Ese es él? —preguntó Marina, incorporándose como un resorte.

—Ese es él.

Me levanté, sonriendo sin querer.

Germán bajó del vehículo con su media sonrisa de siempre y me saludó con la mano. Luego, al ver a Marina, alzó las cejas.

—¿Tenemos visita?

—Sí. Es la auditora oficial de mi vida madrileña —bromeé—. Ha venido a inspeccionar.

—¿Y qué tal el informe preliminar?

Marina lo miró de arriba a abajo y luego me miró a mí.

—Podría ser peor.

Germán se echó a reír y se acercó a darme un beso en la mejilla, muy natural.

—Oye, querría hablar contigo, Astrid. ¿Vamos a dar una vuelta? —me dijo.

Creo que alguna alarma en mí se encendió.

—Claro.

Miré a Marina, que levantó el pulgar como una madre comprensiva.

—Id vosotros. Yo iré a cotillear las recetas con Remedios. No te preocupes por mí.

Salí con Germán al camino, dejando atrás a mi amiga y la casa. El sol empezaba a bajar, tiñendo el cielo de ese naranja de postal que parecía exclusivo de Valdemesa.

—No esperaba que tuvieras visitas.¿Ha sido muy raro? —me preguntó.

—Un poco. Pero también… muy bien. Marina ha venido de improviso.

Me miró de reojo.

—¿Y tú cómo estás?

No supe cómo responder. Así que solo sonreí.

CAPÍTULO 32

Condujo en silencio.

Germán no soltó palabra durante todo el trayecto. Sus manos sujetaban el volante con firmeza, con los nudillos blancos. De repente tenía una horrible sensación, era evidente que algo no estaba bien. Yo no sabía si decir algo o quedarme quieta como una piedra. Era como si flotara una tormenta invisible dentro de la furgoneta.

Me fijé en el perfil de su rostro, en cómo fruncía levemente el ceño. Empezaba a conocerlo lo bastante ya como para saber que estaba nervioso. Lo conocía… ¿lo conocía? ¿En serio, Astrid?

—¿Todo bien? —me animé a preguntar, como quien tantea el hielo antes de pisarlo.

Tardó unos segundos en responder.

—Sí. Bueno. No. No sé.

Me giré hacia él, apoyando la mejilla en el respaldo.

—¿Ha pasado algo?

—No —dijo—. Solo quería hablar contigo. Tranquilos.

Suspiré.

—Pues tranquilísimos estamos.

Él esbozó una sonrisa leve, pero no llegó a sus ojos.

—Me cuesta decir las cosas cuando estás tan cerca —confesó—. Y en casa de tu abuela, con tu amiga delante, no me parecía el momento.

—¿Decirme qué?

No contestó. En lugar de eso, desvió la furgoneta por un camino de tierra que llevaba a un pequeño olivar que ya conocía. Aparcó junto a uno de los árboles y apagó el motor. Se quedó con las manos apoyadas en el volante unos segundos, en silencio.

—Me gusta este sitio —dije, por decir algo. Sentía cómo la ansiedad crecía en mi pecho como una enredadera—. Está lleno de bichos, pero tiene su encanto.

Él sonrió de lado.

—A ti también te está empezando a gustar el campo, ¿eh?

—Más de lo que me atrevo a admitir.

Asintió lentamente. Luego me miró de lleno, con una seriedad renovada en la cara.

—Astrid… —empezó, y ya supe que no iba a gustarme lo que venía—. He estado dándole vueltas a muchas cosas esta semana.

—Espera, espera…¿esto es porque ha venido Marina? —pregunté, con la garganta seca.

—Por todo. Marina es solo un síntoma. Una consecuencia. Pero es sobre todo por tus silencios. Tus dudas. Las cosas que no dices, aunque se te vean en los ojos. Y ahora llego a buscarte y veo que tu amiga ha venido…para sacarte de aquí, supongo.

—No estoy tan segura de lo que se me ve en los ojos.

Ignoré deliberadamente las intenciones de Marina.

—Yo sí.

Desvié la mirada, incómoda. Él continuó, con la voz baja.

—No quiero que malinterpretes esto. Lo que ha pasado entre nosotros ha sido real. Muy real. Pero creo… creo que quizá no somos el mejor encaje.

El corazón se me encogió. Me incorporé un poco en el asiento.

—¿Por qué dices eso? ¿A qué viene esto ahora?

—Pues, Astrid, es evidente. Porque tú tienes otra vida. Un mundo distinto al mío. Aunque ahora te guste estar aquí, aunque te hayas adaptado, no puedo evitar pensar que te estoy frenando. Que soy un ancla. Y eso no es justo para ti. Eres una mujer de ciudad. No he pegado ojo en toda la noche. Porque siento que has decidido quedarte aquí…en parte por mí. Lo de que empezases a trabajar con mi madre…uf. Creo que ha sido un error. Un error muy egoísta por mi parte.

—¿Y no crees que ya soy mayorcita para decidir si quiero quedarme o no?

—Claro que lo eres. Pero yo no puedo quedarme tranquilo sabiendo que a lo mejor estás renunciando a cosas importantes en parte por mí. Si dentro de un año, cuando fuésemos una pareja real, te das cuenta de que echas de menos todo lo que eras antes.

Cuando fuésemos una pareja real…

¿Es que en el presente no lo éramos?

—¿Y si no? ¿Y si no lo echo de menos? ¿Y si resulta que esto también soy yo?

Él se calló. Y esa fue la peor respuesta que podía darme.

—¿Es que ya no te gusto? —pregunté, en voz baja.

—Sí —la palabra salió sin dudar—. Sí, Astrid, claro que me gustas. Gustarme es quedarse corto. Por eso me duele. Porque siento demasiado. Porque si esto sigue, y luego te vas, me va a doler mucho más.

—¿Y si no me voy?

—Entonces vivirás aquí pensando que te quedaste por mí. Y no quiero eso.

—No me estás dando ni la oportunidad de elegir.

—Sí te la estoy dando. Pero quiero que la tomes sin que yo sea parte de la ecuación.

Lo miré largo rato. Sus ojos decían más que sus palabras.

Esto estaba pasando.

Me estaba dejando no porque no me quisiera, sino porque me quería demasiado. Era absurdo. Y aun así… dolía como si me arrancaran algo de dentro.

—¿Y ya está? —pregunté al cabo de un rato—. ¿Se supone que debo dar las gracias por tu nobleza y marcharme?

—No. No tienes que agradecerme nada. Solo… quiero que seas libre. Y si en algún momento, decides que tu libertad te trae de vuelta, aquí estaré.

Me mordí el labio para no decir nada estúpido, para no rogarle que no hiciera esto.

—¿Y la pastelería?

—No hace falta que sigas yendo, si no quieres. Mi madre lo entenderá. Pero si quieres pasarte a despedirte, puedes, faltaría más. Le has caído muy bien.

—Sí, ya… qué maravilla.

La rabia y la tristeza me venían en oleadas. Me bajé de la furgoneta sin decir nada más, sin mirarle siquiera.

—Espera, ¿quieres que te acerque de vuelta? —preguntó desde el asiento.

—No —contesté—. Prefiero caminar.

Eché a andar por el camino de tierra, escuchando el sonido de mis propias pisadas. Después de recorrer a pie el kilómetro y medio de vuelta a casa, con el sol dándome en la nuca como si me estuviera friendo las ideas, llegué a la verja de la abuela convertida en la sombra de la mujer que se había ido.

Marina y la abuela estaban en el patio, cuchicheando entre las gallinas, y al verme aparecer en silencio, dejaron de hablar al instante. No estoy segura cuánto tiempo estuve caminando hasta que llegué a la casa.

—Ya era hora —dijo la abuela, sentada en su silla de mimbre, con el bastón apoyado entre las piernas—. Iba a mandarte un dron de rescate.

Mi amiga se levantó al verme, pero le lancé una mirada asesina y negué con la cabeza. Me fui directa a mi cuarto.

Cerré la puerta con suavidad y me dejé caer sobre la cama. Solo entonces, cuando ya nadie me miraba, cuando no había que fingir entereza, grité de pura frustración.

No entendía nada.

O quizás lo entendía todo, y eso era aún peor.

CAPÍTULO 33

Pasó un buen rato. No sé cuanto exactamente, pero no había llorado. Ni una sola lágrima. Y eso, viniendo de mí, era altamente sospechoso. Llamaron a la puerta con suavidad.

—Astrid…—dijo Marina desde el otro lado—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está el ganadero sexy?

Me levanté y abrí la puerta. Pasé delante de ella sin decir nada y bajé de nuevo al patio, donde la abuela me miraba con los ojos como platos.

—Se acabó —anuncié simplemente, y me dejé caer en la otra silla libre como si me hubiera disuelto por dentro—. Ya está. Fin. Se terminó.

Silencio.

Una gallina cacareó, ajena al drama humano.

—¿Cómo que se acabó? —Marina abrió los ojos como platos—. ¿Pero cómo? Si os he visto hace apenas un rato y parecíais sacados de un anuncio de perfume rural.

—Pues sí —resoplé—. Y ahora somos el anuncio de "una nueva vida empieza sin ti".

La abuela Remedios levantó una ceja. También estaba alucinando.

—¿El chico de Isabel te ha dejado? ¿Después de lo bien que os iba?

—Ha dicho que cree que no somos el mejor "encaje". Que mi sitio no está aquí y no quiere retenerme. Que es mejor cortar antes de hacernos más daño. Y que me despida de su madre si quiero, pero que ya no hace falta que vuelva a la pastelería. Así que me he quedado sin chico y sin curro. Por segunda vez en menos de un mes. Ahora solo espero que esta casa no arda…

—¿Y tú qué le has dicho? —preguntó Marina.

—Nada. Es que no me podía creer lo que estaba oyendo. Me he quedado muda. Lo he mirado como una lechuga en *shock* y he salido del coche. Me he vuelto sola caminando. No me salía ni un insulto, imagínate.

—Madre mía... —Marina se giró hacia mi abuela—. No siempre ha sido así de comedida para las rupturas…

—Qué va —dijo Remedios—. En el instituto, a un chico le puso "vete a cagar" con pintalabios en la mochila. Y no en la parte de fuera.

—¡Abuela!

—Pues que sepa la amiga esta tuya que estás domesticada.

—No estoy domesticada. Estoy... devastada. En modo pantalla azul.

Marina se levantó y desapareció dentro de la casa. Volvió dos minutos después con una botella de vino blanco fresquito y tres copas.

—Vale. Menos mal que he traído vino porque sospeché que lo íbamos a necesitar. No vamos a permitir que caigas en la autocompasión sin un poco de alcohol. Vamos a rajar de hombres, de relaciones, del amor romántico y de los *match* que no *matchean*, como Dios manda.

—Amén —dijo Remedios.

—¿Y tú bebes vino blanco, abuela?

—¿Tú has visto lo que tengo que aguantar? Claro que bebo.

Abrimos la botella y brindamos con amargura. El vino sabía a vacaciones mentales.

—Vale —dijo Marina, sentándose sobre una de las mesas del patio como si fuera una terapeuta de revista—. Repasemos. ¿Tú crees que Germán te quiere?

—Sí —respondí sin pensarlo. Y me dolió solo decirlo—. Y creo que por eso me ha dejado. Cree que me está reteniendo. Que lo suyo es pastar con ovejas y lo mío es volver a los atascos de Madrid.

—¿Y tú quieres volver?

—Ahora mismo no. Pero claro, con esto... ¿qué hago? ¿Me quedo? ¿Me voy? ¿Me encierro en la pastelería de su madre y me como todos los bollos como represalia?

—A ver —dijo Remedios—. Yo voy a decir una burrada, así que preparaos.

Marina y yo nos miramos.

—Siempre lista para una burrada, abuela.

—¿Y si lo mandas a la mierda tú?

—¿Perdón?

—Que se vaya él. Que se monte su drama existencial de ganadero solitario. Tú te quedas aquí, haces bizcochos o lo que te dé la gana, y si se le ocurre volver, que venga con flores, con anillo y con una carta de disculpa escrita a mano.

—Oye, no está mal —dijo Marina—. Yo añadiría que venga sin camiseta.

—Por supuesto —dijo Remedios—. Qué desperdicio de torso, la verdad.

—¡Abuela! Me parece que últimamente has visto demasiadas novelas turcas de sobremesa.

—¿Qué? ¿No puedo opinar?

—Sí, sí —murmuré—. Opina lo que quieras, total, estamos en el club de las abandonadas por amor.

—Yo no he sido abandonada —replicó Marina—. Yo me autodeclaro emocionalmente independiente.

—Claro, por eso viniste a buscarme al pueblo.

—Porque soy tu amiga, idiota y además soy la única que nunca se tragó esa pantomima del retiro en Bali. No porque me falte un romance campestre.

Nos reímos. Un poco. De esa forma amarga que a veces es más medicina que un abrazo.

—¿Sabéis lo peor? —dije tras un trago largo—. Que me estaba empezando a imaginar en serio aquí. No para siempre, pero un tiempo largo. Estaba... tranquila. Feliz, incluso. ¿Qué clase de chiste cósmico es ese?

—El tipo de chiste que se escribe a lápiz —dijo Marina—. Puedes borrarlo. O reescribirlo.

—¿Y si él no vuelve?

—Entonces nos lo tatuamos en la nalga y seguimos adelante —dijo mi abuela, muy seria.

—¿El qué, su nombre?

—No, su cara. Para practicar dardos.

Marina escupió el vino de la risa, que empezaba a hacer efecto. Yo solté una carcajada que casi parecía sana.

—Lo que quiero decir —continuó la abuela Remedios, ya un poco colorada— es que no te equivoques. Él ha tomado una decisión pensando en lo que cree que es mejor para ti. Pero tú tienes que pensar en lo que es mejor para ti de verdad. Y si eso es quedarte, aunque sea un mes más, quédate. Y si es volver a Madrid, vuelve. Pero no tomes decisiones en caliente. Ni con el corazón hecho migas.

—Y sobre todo —añadió Marina— no hagas nada sin pensarlo con vino.

—Eso, por supuesto —asentí.

Pasamos la tarde allí, en el patio, mientras el sol bajaba poco a poco y las gallinas se subían a dormir a su rincón favorito.

Hablamos de todo y de nada. De lo ridículas que éramos a veces por amor. De los tíos que nos rompieron el corazón y de las veces que lo rompimos nosotras. Marina imitó a Germán con voz de galán trágico ("*Astrid... tú eres el mar y yo... un tractor*") y la abuela estuvo a punto de atragantarse de la risa.

Y la verdad es que solo durante ese rato, no me dolió tanto.

A lo mejor no tenía sentido lo que acababa de pasar. Tal vez lo entendería más adelante. O no. Pero estaba allí. Con mi gente. Con dos mujeres que no me dejaban venirme abajo. Y eso, en ese momento, eso era suficiente.

CAPÍTULO 34

Se hizo el silencio de verdad cuando cerré la puerta del patio. Marina ya se había metido en la habitación de invitados con una copa vacía en la mano y la promesa de despertarse tarde. La abuela, que se había reído con nosotras (o de nosotras) hasta quedarse sin voz, me lanzó un beso desde el marco de la cocina y me dijo, sin decirlo, que me dejaba sola a propósito. A veces sabía leerme demasiado bien.

Recogí los platos con restos de queso curado y pan mordisqueado, apilé las copas como si cada una fuera un gesto de despedida y empecé a barrer las migas del suelo, aunque nadie me lo hubiera pedido. Era eso o quedarme sentada sin hacer nada, con el corazón convertido en piedra pómez.

Las gallinas ya dormían. Amontonadas en su rincón favorito, parecían una manta viva. Respiraban juntas, ajenas a mis problemas del primer mundo. Qué envidia. Dormir como si nada importara. Como si no hubieran conocido nunca a un ganadero con una barba bonita y unas manos que sabían exactamente dónde y cómo tocarte el alma.

Respiré hondo. El aire nocturno del pueblo tenía un peso distinto. Olía a tierra, a silencio, a cosas que no se dicen. Me apoyé en el quicio de la puerta y miré hacia arriba.

La Vía Láctea era un brochazo perfecto de estrellas. No había contaminación lumínica que estropeara la vista. Desde allí podía ver Orión, la Osa Mayor, y esa constelación que Marina siempre decía que parecía una sartén. Nunca recordaba su nombre.

Allí estaba todo. En el cielo. En la oscuridad. En la certeza absoluta de que había cosas que brillaban incluso cuando todo parecía perdido.

Y aun así, dolía.

Habían pasado solo unas horas desde que Germán me había dicho que lo nuestro no podía seguir siendo. Que no éramos el mejor encaje. Y por más vueltas que le daba, no encontraba una forma lógica de encajarlo.

Me había querido un poquito en todos esos días. Lo sabía. Y yo también a él. ¿Cómo se rompía algo que iba tan bien? Algo tan prometedor. ¿Cómo era posible que alguien decidiera apartarse solo porque pensaba que estaba frenando al otro?

"Es por tu bien", me había dicho, sin decirlo. Y ahí estaba yo. En medio del campo. Mirando a las estrellas. Con el alma recién empaquetada en cajas que no sabía dónde guardar.

El domingo me iría.

Esa era la decisión que había tomado mientras barría. Mientras cerraba la verja del corral. Mientras apagaba la última lucecita del patio como quien enciende una vela para no sentir el miedo.

Marina y yo volveríamos a Madrid. A casa de mi madre, a los atascos, a la rutina de siempre. Y esta vez no mentiría. Esta vez, cuando me preguntaran si estaba bien, respondería con algo parecido a la verdad.

Lo que más me jodía era haber encontrado algo bonito. Haber sentido que podía tener una vida nueva. Una más tranquila. Menos ruidosa. Lo que más me jodía era haber encajado. Con la gente del pueblo. Con el trabajo. Con su madre. Con él.

Recordé sus manos mientras cocinaba. Su voz baja cuando me hablaba de los libros que leía en invierno, junto a la chimenea. La forma en que me miraba cuando creía que yo no me daba cuenta. Esa especie de asombro cotidiano, como si yo fuera algo que no terminaba de creerse.

Me había hecho feliz a pesar de nuestros tortuosos comienzos. De esa manera sencilla que es tan difícil de encontrar. No a carcajadas ni con fuegos artificiales. Feliz en silencio. En su cama. En la pastelería. Caminando por el campo. Sentada en el sofá de su salón sin hablar. Había sentido que me estaba construyendo desde dentro.

Y ahora... ahora solo quedaba esta noche. Este cielo. Esta certeza hueca.

No sabía si ya lo echaba de menos o si lo odiaba un poco. Supongo que eran ambas cosas. Y ninguna.

Me abracé a mí misma. Me senté en la silla de mimbre que todavía estaba tibia por el cuerpo de mi abuela y dejé caer la cabeza hacia atrás. El respaldo crujió, como si se quejara por tener que sostenerme. No le culpaba.

"Te estás poniendo palos en las ruedas", dijo mi madre.

"Esto es solo una fase", había dicho Marina.

"Mira que si acabas con uno de esos que se levanta a las cinco para ordeñar vacas", se había burlado la abuela un día, medio en broma, medio en serio.

Y yo me había reído con ellas, quitándoles toda la importancia. Porque eso hacía. Me reía. Me envolvía de ligereza. Pero dentro... dentro había estado creciendo algo. Algo que ahora se me rompía como si hubiera echado raíces donde no debía.

Me pregunté si esto era lo que significaba querer de verdad. No la parte bonita. No los besos, ni las caricias, ni las miradas que te calientan la piel.

Esto.

El vacío.

La noche sin consuelo.

La decisión de seguir adelante aunque no supieras muy bien hacia dónde.

Quizá me había equivocado. Quizá nunca debí quedarme tanto tiempo. O a lo mejor Germán se había equivocado. Quizá todo lo que creía que hacía por mi bien, solo lo había hecho por miedo. Miedo a no ser suficiente. Miedo a no darme todo lo que pensaba que yo necesitaba.

Te vas a aburrir conmigo, me había dicho una noche mientras preparábamos la cena. Como si su mundo fuera demasiado pequeño para alguien como yo.

Pero la verdad era que en ningún momento me había aburrido con él. Nunca.

Sonreí con amargura. Esa era mi tragedia. No me había dejado porque no funcionara. Lo había dejado porque funcionaba demasiado bien.

Y eso era aterrador.

Me levanté, sin saber muy bien para qué, porque aún no tenía sueño. Rodeé el patio en silencio, acariciando con los dedos el borde de las sillas, las macetas, la verja. Cada rincón me sabía a casa. Cada objeto me hablaba de una vida que había empezado a querer. Pero no podía quedarme por inercia.

No podía mendigar amor.

No podía esperar que él viniera a buscarme con una disculpa perfecta.

Si quería volver, que lo hiciera. Pero mientras tanto, yo tenía que recordar quién era antes de él. Y seguir adelante.

Así que estaba decidido. Ya sí. El domingo me iría. Haría las maletas, abrazaría a mi abuela y me subiría al coche con Marina. Volvería a un mundo que ya no se parecía a mí, pero al menos sabría que no me había quedado atrapada por miedo. Y eso era algo.

—Buenas noches, gallinas —murmuré.

Y me fui a dormir, con el corazón hecho un ovillo, pero preparada para sobrevivir.

CAPÍTULO 35

El sábado me desperté antes que el gallo. No sé si fue la claridad, el fresco mañanero entrando por la rendija de la ventana o la sensación —esa mezcla extraña de resolución y vacío— que me quedó después de la noche anterior. El caso es que abrí los ojos y me convencí de nuevo de lo que iba a hacer.

No había sido un espejismo. Me iba. Sin drama, sin medias tintas. Me iría con Marina al día siguiente. Volvería a Madrid.

Ya está.

Y, curiosamente, me sentía... bien.

Me vestí sin hacer ruido y bajé a la cocina. Puse la cafetera, saqué tres tazas y me senté en la mesa de madera con el sol colándose en rayas doradas por los visillos. Cuando Marina apareció en pijama y con cara de haber pasado una guerra nuclear, ya tenía el café listo. La abuela apareció justo después, en bata y zapatillas, como si lleváramos años las tres repitiendo ese ritual.

—Buenos días —dije, y ambas me miraron raro.

—¿Estás bien o te has unido a una secta de autoayuda rural? —bostezó Marina.

—Estoy bien —respondí con calma, y no era una mentira. Al menos no del todo—. He decidido que mañana me voy contigo.

Mi abuela pareció despertarse de golpe, y Marina la imitó. Parecían dos estatuas de jardín esculpidas por el mismo artista.

—¿Estás segura? Porque ya he oído eso antes —preguntó la abuela, con una voz más suave que de costumbre.

—Sí. Lo he pensado bien. No es por cobardía ni por despecho. Simplemente... es momento de volver. Esta etapa ya ha dado de sí todo lo que tenía que dar. Y lo agradezco, de verdad. Pero quiero irme con la cabeza alta.

No añadí "antes de empezar a mendigar migajas emocionales", aunque estuvo en mi mente.

—Bueno... —suspiró Marina—. Yo no quiero presionarte. Pero si lo has decidido tú, yo encantada de llevarte. Eso sí: antes de irnos, tienes que enseñarme un poco el pueblo. No me pienso ir sin un *selfie* con una oveja.

—Hecho —dije, alzando mi taza—. Hoy es nuestro día de despedida. Vamos a hacerlo bonito.

—Yo me apunto —dijo la abuela, invitándose.

A media mañana ya estábamos las tres callejeando por Valdemesa como si fuéramos un grupo de turistas con guía local. Marina sacaba fotos a todo: una fuente medio seca, una puerta azul desconchada, un burro que asomaba la cabeza desde un corral.

—Esto en Instagram da para una trilogía —dijo, acercándose al burro con cautela—. ¿Muerden?

—Depende de si les caes mal —respondí.

La abuela Remedios iba a nuestro lado, con su bastón y su bolso de piel. Disfrutaba viendo a Marina maravillarse por cosas que para ella eran tan normales como el pan del día. Pero yo sabía que, en el fondo, le gustaba el revuelo.

—Vamos a evitar la parte del camino que da a las tierras de Germán, ¿vale? —dije, sin rodeos.

—Por mí perfecto —asintió Marina, sin necesidad de explicaciones.

Pasamos la mañana así: entre tiendas pequeñas, saludos de vecinos y risas.

A la hora de comer, cogimos el coche de alquiler de Marina y fuimos al pueblo vecino, donde había un restaurante del que Remedios siempre hablaba.

Nos sentamos en la terraza, con vistas al campo, y pedimos vino, caldereta y una tabla de quesos que casi nos hace llorar de lo buena que estaba.

—¿Sabes lo que más voy a echar de menos? —dije, alzando mi copa—. Esto. Comer sin prisa. Que el pan sea de verdad. Que el camarero te llame "reina" y no lo diga con condescendencia.

—Puedes venir de visita —respondió mi abuela, sin mirar—. Aunque sea solo para comer queso.

—Volveré —prometí—. No sé cuándo. Pero volveré.

Por la tarde, cuando empezaba a bajar el sol, Marina propuso una merienda antes de regresar. Y yo supe que tenía que hacerlo. Que no podía irme sin pasar por la pastelería de Isabel para despedirme de ella.

—¿Te acompaño? —preguntó Remedios.

—Mejor no —le sonreí—. Esto lo quiero hacer sola.

La pastelería estaba abierta, como casi siempre. Isabel era de esas personas que, aunque el local cerrara oficialmente a las seis, seguía dentro hasta las siete preparando masa madre o probando nuevas recetas. La encontré en la trastienda, con las mangas subidas y el delantal lleno de harina.

—Anda... —dijo, al verme—. No esperaba verte....

—Isabel, quería venir a despedirme. No iba a irme así sin más.

La palabra "despedirme" flotó en el aire como una mosca lenta y ruidosa. Isabel dejó el rodillo en la mesa y se quitó los guantes. Me miró con ese gesto que usaba solo cuando algo le sorprendía de verdad.

—¿Te vas?

—Sí, mañana. A Madrid. Con mi amiga Marina, que ha venido a buscarme.

—Pero... ¿por qué? Oye, si es por Germán…no sé muy bien qué ha pasado entre vosotros. Mi hijo es muy hermético con sus cosas. Pero si se ha enfadado por algo, te aseguro que se le pasará. A él los enfados no le duran nada…

No supe qué contestar. Me encogí de hombros. A veces no hacía falta dar explicaciones. Isabel lo entendió. Lo vi en sus ojos. Ese brillo triste de quien ve marcharse algo que quería conservar sin saber muy bien cómo.

—Pues vaya —murmuró—. Y yo que pensaba proponerte que te quedaras a trabajar conmigo. Estaba a punto de ofrecerte el puesto fijo.

Sentí que el corazón me daba un vuelco.

—¿En serio?

—Claro. Eres buena, Astrid. Te lo tomas en serio. Has aprendido rápido, y no solo las recetas. Te has ganado a los clientes. Hasta a los más pesados.

Me reí, con un nudo en la garganta.

—Gracias. De verdad. Por todo.

Se acercó y me cogió de las manos.

—Dime, lo de tu marcha…¿tiene algo que ver con mi hijo?

No podía mentirle. No quería.

—Un poco. Pero no solo por él.

Isabel asintió, como si entendiera sin necesidad de que le explicara más. Me acercó un bizcocho recién hecho.

—Toma. Llévatelo. Es de tus favoritos. Y si alguna vez te cansas de Madrid, ya sabes dónde está mi horno.

La abracé. Y por primera vez en todo el día, sentí que las lágrimas querían asomar. Pero las contuve. Ya tendría tiempo de llorar en el coche, en la ducha, en el metro, rodeada de gente en Callao. Pero allí no. Allí solo quería quedarme con ese aroma a vainilla, con ese calor de horno y esa sensación de haber pertenecido a aquella familia, aunque fuera por un ratito.

Salí a la calle con la bandeja del bizcocho en la mano y la certeza en el pecho.

Me había ido antes de que me echaran.

Me marchaba con la cabeza alta. Como una auténtica señora. Y eso, para mí, ya era una contundente victoria.

CAPÍTULO 36

Mientras yo hablaba con Isabel en su pastelería, Marina se había quedado mirando uno de los carteles de la fiesta del *food truck.* Yo pensaba que era antiguo, pero no. Lo habían puesto hacía muy poco. Ese sábado por la noche, los conciertos casposos volvían a la plaza mayor del pueblo.

—Este es el evento de tu foto, ¿no? —me preguntó en cuanto aparecí a su lado.

—El mismo. Con ese escenario de madera que cruje cuando alguien da dos pasos encima.

—Pues vamos, ¿no? —dijo, sacando su móvil como si ya estuviera haciendo la crónica—. Tengo una reputación que mantener y la etiqueta "experiencias rurales intensas" necesita contenido.

—¿Tú estás segura de que quieres cerrar tu viaje así? ¿En un concierto cutre en la plaza del pueblo? —pregunté, medio en broma, medio rogando que dijera que no.

—Estoy segurísima. Quiero cerveza en vaso de plástico, hombres con camisetas de Fito y los Fitipaldis y una versión desafinada de "Yo solo lo hago en mi moto". No acepto un no por respuesta.

Y así, sin más, esa noche nos acercamos a la plaza del pueblo.

La abuela se quedó en casa viendo un programa de crímenes reales que la tenía enganchada desde hacía semanas. "Vosotras id, pero si terminái detenidas, yo no muevo un dedo", nos dijo, sin levantar la vista del televisor.

La plaza estaba abarrotada. Habían montado un pequeño escenario justo delante del ayuntamiento, con luces de colores y un equipo de sonido sorprendentemente decente. A un lado, los *food trucks* humeaban con olor a gofre, hamburguesas y empanadillas. En el otro, había una barra con cerveza, tinto de verano y mojitos.

La banda ya estaba tocando y sí: era todo lo que Marina había deseado. Y más.

—¿Esos de ahí son los *Zombies 80s*? —preguntó ella, señalando al grupo—. Me encantan. Nadie destroza a *The Police* como ellos.

—Esta va a ser una noche larga —murmuré, resignada, pero con una sonrisa.

Nos pedimos dos cervezas y empezamos a recorrer los puestos. Marina compró un gorrito brillante con una estrella y lo usó toda la noche. Yo hice fotos del escenario, de la gente bailando, de una señora que no soltaba una maraca verde fosforito ni para comerse su hamburguesa.

Estábamos bien. Extrañamente bien. Y fue entonces cuando, claro, el universo decidió lanzar su propio giro de guión.

—No mires ahora —dijo Marina, acercándose a mi oído—, pero creo que ese de ahí nos está mirando.

—¿Qué? —me giré de golpe.

Y ahí estaba. Sergio. Con esa misma cazadora de cuero que debía oler a tabaco rancio y a ego masculino desbordado. Estaba apoyado en la barra, con una cerveza de litro en la mano y una sonrisa de medio lado. Me vio. Nos vio. Y se acercó.

—¿Astrid? —dijo, como si le sorprendiera verme, como si no me hubiera buscado con la mirada los últimos cinco minutos—. Qué sorpresa. ¿Otra vez por aquí? Y esta vez mucho mejor acompañada, veo.

—Estoy de visita —respondí, seca.

—Y yo que pensaba que no te gustaba el campo —añadió, sin disimular que me estaba escaneando de arriba a abajo—. Aunque reconozco que te sienta bien.

No tuve tiempo de contestar porque ya había girado la vista hacia Marina.

—¿Y tú eres...? —preguntó, con ese tonito suyo de encantador de serpientes.

—Marina —dijo ella, mirándolo como quien observa a un gato callejero acercarse a su plato.

Mierda. No me había dado tiempo a advertirla.

—Encantado. Sergio —y le tendió la mano en plan caballero del siglo XV.

—Qué nombre tan... genérico —dijo Marina, estrechándosela con una sonrisa falsa. A mí casi se me escapa la carcajada.

Pero él no se dio por aludido. Todo lo contrario. Se quedó con ella, charlando, mientras yo me alejaba un poco para contestar un mensaje de la abuela.

No tardé más de tres minutos. Cuando volví, vi que Sergio había comprado dos bebidas y se las ofrecía con ese aire de galán de medio pelo que siempre me había resultado repulsivo en cualquier hombre y, por alguna razón misteriosa, una vez me pareció seductor en él. Misterios del cerebro humano.

—¿Qué es eso? —preguntó Marina, mirando el vaso.

—Un mojito. Te va a encantar —dijo Sergio.

—Mejor no —me adelanté, cogiendo el vaso de Marina—. Está caliente. Voy a por una cerveza para nosotras.

Sergio sonrió, como si no se hubiera dado cuenta de nada. Como si no acabara de intentar meter algo en la bebida de mi amiga. Pero sus ojos dijeron otra cosa. Algo frío. Algo oscuro.

—¿Sigues igual de paranoica, Astrid? —dijo.

Y ahí fue cuando se oyó el golpe.

¡Pum!

Un puñetazo seco. Directo a la mandíbula. Sergio cayó de lado, tropezando con un cubo de basura, mientras Germán lo miraba con los ojos encendidos.

—¿Estás loco? —grité, corriendo hacia ellos.

—Te he visto, imbécil. ¿Qué le has echado al vaso? —espetó Germán, aún con la mano tensa.

Sergio se levantó tambaleándose y se abalanzó sobre él. La pelea estalló en cuestión de segundos. Empujones, golpes, vasos volando, una señora gritando "¡Ay, mi empanada!". Todo era un caos.

—¡Eh, eh, eh! ¡Parad ya, coño! —gritó uno de los camareros.

Pero no paraban.

Marina y yo observábamos el lamentable espectáculo sin saber cómo detenerlo.

Y por si fuera poco, apenas unos minutos después, apareció un coche de la Guardia Civil. De él salieron dos agentes con cara de llevar toda la noche deseando una excusa para actuar. Se metieron en medio y separaron a empujones a los dos hombres, esposándolos sin miramientos.

—¡Pero si él ha empezado! —gritó Marina, indignada.

—¡Le ha echado algo a su vaso! —añadí yo.

—Se aclarará en el cuartel —dijo uno de los agentes, ya metiendo a Sergio en el coche.

Germán, con el labio partido y una ceja abierta, me miró justo antes de que lo metieran también en el coche patrulla.

—Tenemos que hablar —me dijo, con voz ronca—. Mi madre me ha dicho que te vas mañana. No puede ser así, Astrid. No puede acabar así.

Y entonces la puerta se cerró de golpe. Y el coche arrancó. Y me quedé ahí, en medio de la plaza, salpicada de restos de mojito adulterado, luces parpadeantes y canciones ochenteras. Ni siquiera nos habíamos dado cuenta de que los *zombies* habían dejado de tocar momentáneamente. La música arrancó de nuevo.

—Bueno —dijo Marina, arreglándose la falda—. Esto de la burundanga sí que no lo vi venir.

—Yo sí —susurré.

—¿Pero has visto cómo lo ha dejado? —añadió, con cierta admiración—. Le ha metido un directo de película. ¿Por casualidad Germán tiene un saco de boxeo en la cuadra?

—No es momento para eso, Marina.

—Tienes razón. Pero si esto no era una declaración de amor a puñetazo limpio, yo ya no entiendo nada.

Miré hacia el coche que desaparecía al fondo de la calle principal.

No entendía nada. Pero lo sentía todo.

Y eso era, tal vez, peor. Al día siguiente nos íbamos y esa había sido, a todas luces, nuestra memorable despedida.

CAPÍTULO 37

—¿Seguro que no te dejas nada? —preguntó la abuela Remedios desde la puerta, viendo cómo cargábamos el maletero como si fuésemos a cruzar el desierto del Gobi.

—Solo mi dignidad, pero esa ya no quiere venir conmigo a ningún sitio —respondí, cerrando la puerta del coche con un golpe seco.

Marina soltó una carcajada y se metió en el asiento del conductor con una bolsa de magdalenas que Remedios nos había preparado "por si el hambre nos sorprendía".

—¿Tú te crees que esto va a durar más que el camino hasta Madrid? —me dijo, mirando la bolsa como si fuera una bomba de carbohidratos.

—No subestimes el poder de una buena magdalena del pueblo. Nos puede salvar de una conversación incómoda.

—¿Tú crees que hablaremos? —preguntó, bajando un poco la voz.

—Yo creo que hoy solo quiero poner música y mirar por la ventana —dije, sin pensar demasiado. Después de todo, eso era exactamente lo que necesitaba: aire.

Nos giramos al oír el golpe de una silla arrastrándose por el patio. La abuela se había sentado a la sombra de la parra, con una taza de café en la mano y su bata de flores bien atada.

—¿Y entonces qué pasó después del mojito adulterado? —preguntó tan tranquila, como si habláramos de una receta de croquetas.

—Guardia Civil, esposas, gritos, drama. Lo típico de una noche de pueblo —resumió Marina, sentándose a su lado.

—Y tú sin grabarlo —respondió Remedios, negando con la cabeza —. Las cosas importantes siempre pasan cuando una tiene el móvil en el bolso.

—Te juro que me arrepiento —dijo Marina.

—¿Y Germán qué? —preguntó la abuela, mirándome directamente—. Porque si corrió detrás del cretino ese, no fue solo por caballerosidad.

Me encogí de hombros.

—No lo sé, abuela. No lo sé. Pero yo me voy. Y él está desaparecido desde que se lo llevaron. Tampoco me buscó esta mañana.

—Quizá porque está detenido, querida —añadió Marina, con la sensibilidad de un tenedor dentro del microondas.

Remedios se levantó despacio y me dio un abrazo largo, de esos que te desarman. Olía a café, a jabón y a ropa recién tendida.

—Sabes que esta siempre será tu casa, ¿verdad? Aunque vengas sin avisar, despeinada y con cara de haber discutido con el mundo.

—Lo sé —susurré, tragándome el nudo que ya se me estaba formando en la garganta.

—Y vuelve pronto. Pero sola no. Me traes a esta —añadió, señalando a Marina—. Que tiene más chispa que la feria de abril.

—¡Hecho! —respondió ella, soltando una risita.

Nos despedimos con más besos, más abrazos y más bolsas de lo que era estrictamente necesario. Conservas, pan, queso. Si no la frenamos, la abuela mete en el coche un jamón entero.

—Tenéis que pasar a por pan en el pueblo de al lado, que el de aquí hoy no abre —nos gritó desde la puerta, mientras ya arrancábamos.

—¡Vale! ¡Gracias por todo, abuela! —grité yo desde la ventanilla.

El coche avanzaba por la calle principal de Valdemesa, ese lugar que hacía un mes me parecía el fin del mundo y que ahora me resultaba incómodamente entrañable. Pasamos por la plaza, por la iglesia, por la tienda de comestibles donde me había peleado con una señora por los últimos yogures de coco.

—¿Te arrepientes? —preguntó Marina, bajando el volumen de la música.

—¿De qué?

—De irte.

—Un poco. Pero más me arrepentiría si me quedara y luego descubriese que solo estaba esperando que todo se arreglara solo.

—¿Y si él quería arreglarlo?

—Entonces me habría buscado esta mañana.

—Quizá estaba avergonzado por lo de anoche.

—Quizá yo también.

Seguimos en silencio durante unos segundos. Entonces, al tomar la curva de salida del pueblo, Marina miró por el retrovisor y soltó:

—¿Estoy loca o ese es Germán corriendo?

Me giré tan rápido que casi me tuerzo el cuello.

Y sí. Era él. Germán. Con la camiseta manchada de sudor, el pelo revuelto y una expresión en la cara que me partió el alma. Corría por la carretera como si aún tuviera tiempo de decir algo.

—¡Está corriendo! —repitió Marina—. ¿Quieres que pare?

Lo dudé. Por un segundo, por un momento eterno, pensé en decirle que sí. Que por supuesto que parase, que teníamos que hablar, que necesitaba oír lo que él tenía que decir. Pero en su cara, mientras corría, no vi certeza. Vi duda. Vi arrepentimiento. Vi miedo. Y yo ya no podía sostener los miedos de nadie más.

—No —dije, cerrando los ojos—. No pares.

—¿Estás segura?

—No. Pero hazlo igual. Es hora de salir de aquí.

Marina asintió y apretó el acelerador suavemente. En el retrovisor, Germán se fue haciendo más pequeño, más borroso, hasta desaparecer entre los árboles que bordeaban la carretera.

No dije nada. Marina tampoco.

Y entonces, mientras miraba los campos por la ventanilla, se me escapó una lágrima. Y otra. Y otra más. Pero no hice ruido. No sollozaba. Solo lloraba en silencio aprovechando que Marina mantenía la vista fija en la carretera, sintiendo cómo se cerraba una puerta que no estaba preparada para cerrar.

—Vamos a poner música —dijo Marina, con esa voz dulce que solo usaba cuando me veía rota—. Pero música buena. Nada de esas baladas de llorar.

—Pon a Taylor —dije—. "Cruel summer".

—Temazo —respondió ella, y subió el volumen.

Y ahí estábamos, dos mujeres en un coche, cruzando campos dorados, con la radio a tope, una bolsa de magdalenas en el asiento trasero y el corazón a medio romper.

Yo me iba de Valdemesa.

Pero algo de mí se quedaba en el pueblo.

Y no sabía si algún día tendría el valor de volver a buscarlo.

CAPÍTULO 38

Dos semanas en Madrid y yo ya estaba para que me encerraran en una cabaña en el bosque con una manta, una infusión y la prohibición legal de volver a abrir LinkedIn.

Salí de la entrevista número tres desde mi regreso triunfal a la capital —"triunfal" siendo una palabra muy generosa para definir mi reaparición como desempleada emocionalmente inestable— y me bajé la bufanda solo para suspirar con ganas.

Aquel despacho de paredes color *beige* y aroma a humedad institucional había sido el escenario perfecto para que un señor llamado Bosco me preguntara si sabía hacer cafés. Cafés. Con dos carreras, un máster y una guerra rural a mis espaldas.

—Claro, Bosco —murmuré en voz baja mientras bajaba por Gran Vía—. Sé hacer cafés. También sé cavar zanjas y enterrar ilusiones. ¿Quieres comprobarlo?

El móvil vibró justo cuando pasaba frente a un escaparate de ropa absurda que costaba lo mismo que el alquiler de una buhardilla en Chamberí.

Marina: *Esta noche hay presentación de libro en el Café Berlín. El autor está bastante bueno, por si necesitas motivación cultural o genital. Vente.*

Sonreí, pero no tenía cuerpo ni para motivaciones intelectuales ni genitales.

Yo: *Hoy no, tía. Estoy en modo espárrago cocido.*

Marina: *Te vas a arrugar como ese mismo espárrago. Pero bueno. Tú misma.*

Metí el móvil en el bolso mientras esquivaba a un adolescente que caminaba mirando el móvil con la misma fe que si estuviera leyendo el Antiguo Testamento. Tropecé con una señora que se había detenido en seco en mitad de la acera para revisar un *ticket* de compra. Luego un tipo con pinta de actor frustrado, como todos los que proliferan por la capital, me dio con su mochila en todo el hombro sin ni siquiera pedir perdón.

La vida en la ciudad: esa sinfonía constante de empujones, bocinazos y microagresiones.

Esperé a que cambiara el semáforo. Un autobús se detuvo a mi lado con un resoplido y me escupió una bocanada de humo que me llenó la nariz, los ojos y los recuerdos.

Porque en Valdemesa no había autobuses. Solo un autocar destartalado que pasaba los lunes y miércoles si el conductor no tenía gastroenteritis. Y sin embargo, nunca olía así. Allí olía a tierra húmeda, a pan recién hecho, a flores del campo.

A él.

Cerré los ojos un segundo.

Me negué a pensarlo.

Pero la verdad era esa. Lo echaba de menos.

Y no solo a Germán. Echaba de menos todo. El silencio por las noches. El sonido de las gallinas por la mañana. Las charlas con la abuela Remedios mientras cocinábamos. Incluso a Marina en modo rural. Y también echaba de menos a Isabel y sus galletas con forma de pez, por absurdas que fueran.

Y sin embargo, no se lo había confesado a nadie.

Ni siquiera a mi madre, con quien vivía temporalmente, entre tazas de té, frases como "ya te dije que ese chico no era para ti" y preguntas sobre las patéticas entrevistas de trabajo.

No quería decirlo en voz alta. Porque decirlo sería reconocer que me había equivocado. Que no estaba mejor. Que Valdemesa, aquel pueblo que tanto había odiado en mi adolescencia, se había convertido en algo parecido a casa.

Pero yo era Astrid. La que salía en las fotos con filtros y pies descalzos. La que tenía planes, ambiciones, una vida urbana. No podía simplemente volver porque sí.

Intenté respirar hondo, buscando el oxígeno limpio.

Metí las manos en los bolsillos del abrigo y caminé sin rumbo fijo. Me detuve frente a un kiosco y hojeé una revista sin ver nada. De fondo, un músico callejero desafinaba una versión de Sabina con tanta pasión que casi me convence de que el amor no es otra cosa que una forma poética de fastidiarte la vida.

Volví a caminar.

Pasé frente a una tienda de flores y pensé en la abuela Remedios. En su forma de mirar, de advertirme, de quererme sin decirlo mucho. Me acordé de aquellas dos tardes con Marina en el patio, descorchando vino y criticando a los hombres con la precisión de dos cirujanas hartas de todo.

Y pensé en Germán.

En cómo me miraba cuando creía que no me daba cuenta. En cómo se reía con ese sonido ronco que aún se me clavaba en el pecho. En su silencio incómodo, en sus palabras torpes, en la forma absurda en la que me dejó sin dejarme del todo. En como corría detrás de nuestro coche.

Yo me había ido porque tenía que hacerlo.

Porque pensaba que así dolería menos.

Pero no dolía menos.

Todo lo contrario. Dolía más.

Llegué a casa con esa sensación de haber corrido una maratón emocional sin haber movido apenas los pies. Dejé las llaves en la bandeja del recibidor, me quité los zapatos y me tiré en el sofá como si fuera una isla desierta.

Encendí la tele. Apagué la tele.

Encendí el móvil. Apagué el móvil.

No quería hablar con nadie.

No quería oír el eco de mi propia indecisión.

Quería que se me pasara. Que se me pasara la rabia, la tristeza, las ganas de coger un tren y siete autocares y volver sin excusas. Que se me pasaran las ganas de volver a ver a Germán. A abrazarlo. A decirle que lo que teníamos no se había acabado del todo.

Pero no se me pasaba.

Me envolví en una manta, me hice una infusión de esas que prometen calma y no curan nada, y me senté frente a la ventana.

Las luces de la ciudad parpadeaban como si todo el mundo estuviera vivo, excepto yo.

Y entonces lo dije en voz baja. Por primera vez. Como quien se arranca una astilla del alma.

—Echo de menos Valdemesa.

Lo dije sin filtros. Sin dramas. Sin maquillaje.

Y no me sentí mejor. Pero al menos me sentí un poco más honesta conmigo misma.

Me bebí la infusión a sorbitos lentos. Afuera, sonaba la bocina de un coche. Alguien gritó. Otro autobús escupió humo en una esquina.

Y yo solo pensaba en una cosa.

Al día siguiente sería sábado.

Y aún no tenía ni idea de qué hacer con mi vida.

Pero por primera vez en semanas, supe con certeza lo que quería.

Y eso, aunque doliera, ya era un comienzo.

CAPÍTULO 39

Era sábado por la mañana y yo ya estaba derrotada antes de levantarme. Me había despertado con esa sensación pegajosa de haber soñado cosas que no recordaba, pero que seguro tenían a Germán de protagonista. Llevaba días arrastrando una tristeza silenciosa, como si cada célula de mi cuerpo se negara a reconciliarse con la decisión de estar en Madrid. O a lo mejor estaba deprimida. No sé.

El grupo de WhatsApp de mis amigas hervía de planes. Había mil opciones: almuerzo con vermut en Malasaña, tardeo en un bar con DJ en vivo, *brunch* con copas, alguna exposición absurda de arte conceptual. Todo me sonaba a ruido de fondo. A relleno sin alma. A la nada.

Arrastré los pies hasta la cocina, todavía en pijama. Mi madre ya estaba allí, impecable como si fuera a presentar un informativo en lugar de desayunar.

—Buenos días, mamá —murmuré, dejándome caer en la silla como un saco de melancolía con bata.

—Menos mal que has salido de la cueva —dijo ella sin levantar la vista de su *tablet.* Pero luego me miró de reojo y bajó las gafas—. Estás más pálida que un yogur de avena. ¿No ibas a salir con Marina hoy?

—No me apetece nada. Me pesan hasta los párpados.

—Eso no es pereza. Eso es tristeza, cariño —afirmó, dejando la *tablet* a un lado—. ¿Quieres hablar?

La miré con la taza de café entre las manos. Llevaba días esquivando esa conversación. Fingiendo estar muy ocupada con entrevistas, currículums y planes futuros que no existían. Pero en ese momento no tenía ganas de fingir más.

—No estoy bien, mamá.

Ella no dijo nada. Solo se levantó, vino a sentarse frente a mí y me acarició la mano con esos dedos que siempre olían a crema de rosas.

—Lo sé, Astrid. Hace días que lo sé. No hace falta que me digas nada. Solo… cuéntame cómo te sientes.

—Vacía. Como si todo esto ya no fuera mi sitio. Como si estuviera en una fiesta a la que llegué demasiado tarde. La ciudad me gusta, pero no… no me llena. Y cada día me levanto preguntándome si no he metido la pata dejando Valdemesa.

Mi madre me observó con esos ojos suyos que siempre parecían saber más de lo que decían.

—Tú nunca has sido buena para la resignación, eso lo heredaste de mí. Pero lo de escaparte cuando te duele algo... eso es de tu padre.

—Gracias —dije, medio riendo—. Una combinación ganadora.

—¿Es por el chico? —preguntó, con la naturalidad de quien ya lo tenía todo claro—. ¿Lo echas de menos?

—Mucho. Pero no sé si es él, o lo que sentí allí. El silencio. La calma. El espacio para ser otra versión de mí. Y sí, vale, también él, su cara, su cuerpo, su risa, su manera de mirarme como si me entendiera sin que dijera nada.

—Eso se llama amor, hija.

Me removí en la silla.

—Pero es que no sé si me ama. Me dejó.

—Los hombres a veces hacen estupideces cuando creen que están haciendo lo correcto.

—¿Y si me presento allí y resulta que no quiere saber nada de mí?

—¿Y si se presenta él aquí y te pilla con esos pelos? Al menos péinate, Astrid.

Solté una carcajada.

—Gracias, mamá.

—De nada. Yo no sé mucho sobre el amor moderno, con vuestros mensajes y vuestras crisis existenciales. Pero sé una cosa: si algo te hace bien, lucha por ello. Aunque tengas miedo. Aunque duela.

Porque lo que de verdad merece la pena nunca llega sin esfuerzo. Y si te tienes que ir un tiempo al pueblo, pues mira, me aguantaré.

Me mordí el labio y bajé la mirada a mi taza, como si en el poso del café pudiera leer la respuesta que llevaba días buscando.

—¿Y si ya es tarde?

Mi madre iba a contestar, pero en ese momento sonó el timbre.

Nos miramos las dos.

—¿Esperas a alguien? —preguntó.

—No.

—¿Un repartidor?

—No he pedido nada.

Se levantó con paso ágil y fue hacia la puerta mientras murmuraba:

—Como sea otra promoción de fibra óptica, te juro que les lanzo la cafetera.

Yo me quedé en la cocina, estirándome la bata, distraída.

Hasta que escuché el grito.

—¡¿Pero qué demonios es esto?!

Me levanté de un salto y corrí por el pasillo.

La puerta estaba abierta.

Y allí, plantado en el umbral del edificio, en pleno barrio de Argüelles, estaba el espantapájaros de Germán.

Su espantapájaros.

El mismito, con sombrero ladeado, camisa de cuadros y un cartel colgando del cuello que decía: *"He venido a por ti, Madrid. Vístete, anda"*

Mi madre se había quedado paralizada en el umbral, con cara de haber visto a la Virgen en pantuflas.

Y detrás del espantapájaros, por supuesto… estaba él.

Germán.

Con su camisa remangada, la barba un poco más larga, la expresión torpe y valiente al mismo tiempo. Tenía los ojos brillantes. Como si no hubiera dormido en días.

Y yo…

Yo me eché a reír.

Reí tanto que me doblé. Reí con la barriga, con los pulmones, con el alma. Me agarré al marco de la puerta mientras las lágrimas me rodaban por las mejillas, no de tristeza, sino de pura, absoluta incredulidad.

—¿Estás loco? —logré decir entre risas—. ¿Has traído un espantapájaros a Madrid?

—Sí —dijo él, con esa voz grave que me hacía querer pegarle y abrazarlo al mismo tiempo—. Y pesa más de lo que parece. Tendrás que ayudarme a moverlo.

Me lancé a sus brazos.

Con fuerza. Con ansia. Como si necesitara comprobar que era real.

Nos abrazamos en mitad del rellano, ante la mirada atónita de mi madre, que no sabía si llamar a la policía, a un terapeuta o a un cura.

Y luego lo besé.

Lo besé como si no importara que hubiera vecinos mirando desde la escalera. Como si ese beso pudiera devolverme todo lo que había perdido.

Cuando por fin nos separamos, él me miró como si no existiera nada más en el mundo.

—¿Cómo me has encontrado?

—Remedios me dio la dirección, después de mucho insistirle. ¿Puedo pasar?

Asentí, aún entre risas.

—Claro. Pero te aviso que vas a tener que explicar esto. A fondo.

—Lo tengo todo ensayado —dijo él, y luego miró a mi madre con un gesto educado—. Buenas, señora. Soy Germán. Traigo disculpas, amor y un espantapájaros.

Mi madre parpadeó. Y luego, para mi sorpresa, sonrió.

—Pasa, Germán. Pero te advierto que la última vez que un hombre apareció así, lo mandé de vuelta con una cazuela en la cabeza.

Germán asintió con solemnidad.

—Merecido, seguro.

Y así, con el espantapájaros aparcado junto a la puerta, el chico que me había roto el corazón y había vuelto para coserlo entró en mi vida por segunda vez.

Esta vez, para quedarse en ella.

EPÍLOGO

Un año después

—Vale, ¿puedes explicarme por qué demonios hay una cabra suelta en la plaza? —preguntó Marina, subida a unos tacones imposibles que claramente estaban en guerra con los adoquines.

—Porque es sábado —respondí, como si fuera lo más lógico del mundo—. Y los sábados, Luciana saca a pasear a Margarita. Es parte del encanto rural.

—Encanto rural, mis ovarios. Esta cabra me ha olido el bolso como si fuera a tragárselo.

—Lo mismo huele a tofu. Aquí los animales son muy escépticos con la comida moderna.

Marina levantó los brazos, incrédula, aunque en el fondo sabía que estaba disfrutando. Lo noté por la forma en que se reía por lo bajo cuando la cabra le lanzó un balido pasivo-agresivo.

Mi madre, sentada junto a la abuela Remedios en una de las mesas del café, observaba la escena con una media sonrisa. En el último año habían pasado de ignorarse cordialmente a cuchichear juntas como adolescentes en un internado.

—Tu madre y tu abuela están compinchadas, ¿lo sabes, no? —dijo Marina, sentándose a mi lado y bebiendo su menta poleo con un gesto digno de una condesa aburrida.

—Sí. Ya me han regañado las dos por llevar el pelo con mechas y por no pelar bien las alcachofas. Estoy atrapada entre dos generaciones de mujeres que creen que el aceite de oliva lo cura todo, desde la gripe hasta las decepciones amorosas.

—¿Y tú? —me preguntó, mirándome con esa mezcla de ternura y sarcasmo que solo ella maneja—. ¿Feliz?

—Como una perdiz. Pero una perdiz con un horno profesional, tres moldes nuevos y una agenda de pedidos que da miedo.

Porque sí, ahora lo podía decir en voz alta: era feliz.

Vivir en Valdemesa había dejado de ser una huida para convertirse en una elección en toda regla. En los últimos doce meses, entre las paredes encaladas del pueblo, había encontrado una versión de mí que ni sabía que existía. Una que no necesitaba que todo fuera perfecto para estar bien. Una que no corría para escapar, sino para alcanzar algo.

O, en mi caso, para sacar del horno una hornada de *croissants* antes de que se quemaran.

—¿Sabes que todavía me parece surrealista todo esto? —dijo Marina, estirando las piernas—. Tú, la chica más de ciudad que conocía, viviendo entre gallinas y tractores. Y feliz.

—Es que lo tenía mal diagnosticado —respondí—. No era de ciudad. Era de pastelería.

Ella se echó a reír justo cuando Germán apareció con una bandeja de pastas y su habitual expresión de "sí, voy a casarme con una loca, pero me gusta".

—Hola, chicas. Os traigo azúcar. La glucosa como herramienta diplomática.

—¡Eres un santo! —dijo Marina, cogiéndose una rosquilla.

—Me lo dicen mucho —respondió él, sentándose a mi lado y dándome un beso rápido en la mejilla—. Especialmente cuando ven cómo sobrellevo a esta fiera.

—Doy fe —intervino mi madre desde la mesa de al lado—. Esta criatura mía nunca fue fácil.

—Ni falta que hace —replicó Remedios—. Las mujeres fáciles se aburren antes.

—¿Estáis hablando de mí como si no estuviera aquí? —protesté, ofendida pero fascinada por el dúo dinámico que se habían montado esas dos.

—Por supuesto —dijo mi madre.

—Siempre —confirmó la abuela.

Germán me pasó una pasta y me guiñó un ojo.

—No te preocupes. A mí me pasa igual en la cooperativa. Hay días en los que siento que soy solo el novio de la pastelera moderna.

—La pastelera moderna... eso va para el Instagram del negocio.

Porque sí. El negocio. El punto de inflexión. El motivo por el cual todo había terminado de encajar.

Todo había empezado con una conversación inocente, hacía unos meses, cuando Isabel me dijo que quería remodelar la pastelería.

—Estoy cansada, Astrid. Y tú la haces brillar como no brillaba desde los tiempos de la mili de mi difunto marido.

Así que nos pusimos manos a la obra.

Pintamos las paredes de blanco mate, conservamos los muebles antiguos, pusimos plantas, abrimos un perfil en redes sociales (¡sí, redes en Valdemesa! El WiFi había mejorado bastante) y mantuvimos la receta original de las palmeritas, porque hay tradiciones que no se tocan ni con guantes.

Y, al parecer, al pueblo le encantó el nuevo *look.* Y al pueblo vecino. Y a los turistas despistados que venían buscando silencio y salían con una caja de nuestros pasteles.

—Por cierto —dijo Germán, sacando una cajita del bolsillo de su camisa—. Isabel ha dicho que esto te lo tenía que dar yo. Que era "más teatral".

Abrí la cajita, sin entender.

Había una llave.

Y una nota.

"Cuando quieras, la pastelería es tuya."

Me quedé en silencio unos segundos.

—¿Esto es real? —susurré.

—Es real —dijo Germán, con una sonrisa tranquila—. Mi madre quiere jubilarse del todo. Y tú eres la única en quien confía. Dice que tienes el don de hacer que los bollos se vendan como si fueran oro, pero sin perder la receta de su abuela.

—Dios mío —murmuré.

Marina chilló.

—¡Eres oficialmente empresaria rural! ¡Esto es como 'Sexo en Nueva York' pero con harina y sin Manolos!

—A ver si alguien le cambia el nombre al pueblo —dije—. Valdemesa no queda tan bien en las tazas como Nueva York, pero lo intentaremos.

Mi madre se levantó y me abrazó por detrás, como hacía cuando era niña.

—Estoy orgullosa de ti. Y también un poco sorprendida. Pero muy, muy orgullosa.

—Gracias, mamá.

La abuela Remedios, desde su silla, no dijo nada. Solo me miró con esa expresión que no necesitaba palabras.

—¿Entonces esta vez te quedas? —preguntó Marina, sin dramatismos.

La miré y me reí. A mi amiga de toda la vida. La que me recogió en mil pedazos cuando pensaba que no volvería a sonreír. La que había venido cada vez que la había necesitado con la decoración de la pastelería, aunque para ella fuera "el fin del mundo".

—Me quedo. Pero aquí tienes habitación siempre. Y desayuno. Y si te portas bien, hasta un bizcocho gratis.

—He criado un monstruo —murmuró Marina con fingido fastidio —. Un monstruo adorable que hace bizcochos de chocolate.

Miré a mi alrededor.

La plaza llena de gente. Mis amigas, mi madre, mi abuela, Germán.

Y sentí algo tan sencillo como la paz.

Después de tanto ruido, por fin me había quedado con lo que importaba.

Germán me cogió la mano bajo la mesa.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de ti, Madrid?

—¿Mi dominio del sarcasmo?

—No. Que aunque seas un caos, siempre sabes dónde está tu centro.

—Qué bonito te ha quedado eso. ¿Lo has ensayado?

—Un poco.

Nos reímos. Nos besamos. Y nos quedamos allí, en nuestra plaza, entre cabras, pasteles y familia, celebrando que a veces, las historias que empiezan mal pueden acabar deliciosamente bien.

Y que, con un poco de mantequilla y otra pizca de suerte, la vida puede ser una receta perfecta.

***

¡Gracias por escoger esta historia! Si te ha gustado, te agradecería mucho que dejases una valoración o reseña en Amazon.
Eso siempre nos ayuda enormemente a las autoras independientes ;)

También puedes apuntarte a mi lista de correo aquí.
Te enviaré e-mails de forma esporádica, cuando haya una nueva historia disponible.

Haz clic en **"SEGUIR"** en mi página de autora de Amazon para recibir notificaciones de la plataforma sobre mis nuevas novelas.

¡Hasta la próxima!
X
Lana Levy

Contacto:
lanalevyautora@yahoo.com

TAMBIÉN DISPONIBLE

TU MIRADA NO MIENTE



El amor prohibido es peligroso, pero un amor silenciado durante años es devastador.

Nadia ha construido su vida en base a unas reglas muy claras: la familia va primero, su trabajo como periodista después y, por último, el amor… si es que alguna vez llega sin causar estragos.

Pero todo cambia cuando su nuevo compañero en la redacción resulta ser Isaac, el hombre que estuvo a punto de convertirse en su cuñado.

El mismo Isaac que hace cinco años dejó plantada a su hermana Sofía justo antes de la boda.

El mismo por el que Nadia sintió lo que nunca debió sentir.

Ahora, con el pasado llamando a la puerta y el deseo amenazando con derribar todas sus barreras, ¿podrá seguir ignorando lo que siente o, esta vez, arriesgará todo por lo que realmente desea?

TAMBIÉN DISPONIBLE

LO QUE PASÓ EN PARÍS



Él era su jefe. Ella, su mayor distracción.

Esther nunca ha sido de las que mezclan negocios y placer, pero cuando su jefe, el atractivo CEO Reid O'Malley, entra en la ecuación, las reglas dejan de importar.

Lo que empezó como una tensión mal disimulada en un viaje de trabajo a París se convierte en algo mucho más intenso.

Él es brillante, magnético y se le da muy bien esconder todo lo referente a su vida personal.

Esther sabe que debería mantenerse al margen, pero la química entre ellos no deja de arrastrarla. Y cuando los secretos comienzan a salir a la luz, descubre que resistirse a Reid no era la batalla más difícil… Lo complicado es mantenerse a salvo de todo lo que lo rodea.

TAMBIÉN DISPONIBLE

HAZ TU MAGIA



Reencontrarte con tu primer amor es mágico… ¡hasta que recuerdas que también fue tu mayor pesadilla!

Lidia tiene una vida tranquila en la ciudad, un trabajo en una agencia de publicidad que no la llena del todo y dos amigas inseparables con las que comparte risas… y mucho salseo.

Su mundo da un vuelco al reencontrarse con Román, un mago medio famoso… y también el niño que le hacía la vida imposible en el colegio.

Solo que ahora es un tipo carismático y muy sexy.

Y entre espectáculos de magia, secretos familiares y un fuego que se niega a apagarse, Lidia pronto descubrirá que el amor… puede ser el truco más inesperado.